



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Aibuerne, Ardanaz, Arias Arrieta, Balaguer, Barzanalana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrezo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canlejas, Cabeto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorla, Cervino, Ucheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillén, Estrada, Echevarría, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabi, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molins (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Girón, Gómez Marín, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Inceaga, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Jaurer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Matza (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Maroto, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Posa, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Riecro, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarniña, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selis, Tamayo, Trunba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sendos illos línea.—Reclamamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Setiembre de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por don Manuel Becerra.—Deben reunirse las Cortes, por D. Bernardo Portuondo.—Fisiología de la democracia, por D. Eusebio Asquerino.—El materialismo moderno, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Reformas en Filipinas, por don Francisco Cañamaque.—Hernán Pérez del Pulgar, historia que parece cuento, por D. Manuel Fernández y González.—Rarezas naturales, por don Manuel Prieto y Prieto.—La esclavitud de los negros, por D. Justo Ziragoza.—Gallana, (tradición toledana), por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—La guerra del Pacífico.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Ni la cuestión de Oriente, ni la disidencia entre el gobierno radical y la Cámara de los Lores en Inglaterra, ni la agitación extraordinaria de Irlanda, ni la toma de la cartera de Comercio por el canciller de Alemania, ni el proyecto de alianza entre Austria, Prusia é Italia, ni la aspiración de Rumanía, Bulgaria y Servia á convertirse en monarquías, ni la hermandad albanesa en armas, ni Dulcigno en litigio, ni el imperio turco en trance de muerte y en convulsiones de última agonía, embargan el ánimo de Europa como lo embarga esa cuestión religiosa de Francia, la cual ha dado, según nuestras previsiones y nuestros presentimientos, sus amargos frutos en la irreconciliable división de las dos fracciones fundamentales del partido republicano, en mal hora provocada y en peor hora sostenida, porque puede ceder, no ya en quebrantamiento y debilidad, en pérdida y ruina de toda la República.

Los decretos de Ferry contra el derecho de enseñanza en las corporaciones religiosas, decreto dictado en parte por la intolerancia protestante y en parte por el fanatismo positivista, fueron rechazados, como debían serlo, por la altura de miras y por la prudencia de conducta que distinguen al Senado en Francia y que lo elevan todavía como el asilo último y el refugio supremo de todas nuestras esperanzas. Para contestar á la negativa del Senado y dejándose llevar de un sentimiento de venganza, que no cuadra en verdad á los hombres públicos, el Gobierno sacó del museo arqueológico de la legislación francesa disposiciones enmohecidas y olvidadas, imperiales unas, monárquicas otras, jacobinas las ménos, reaccionarias las más, en desuso todas; y las asestó fuertemente á la cabeza y al pecho de la orden monástica más repulsiva que hay en el mundo, de la orden de los jesu-

tas, conjurada eternamente contra el progreso y decidida con decisión secular á impedir toda inteligencia entre la democracia y la Iglesia.

Los jesuitas salieron expulsados, ni más ni ménos que si estuviéramos en el siglo último; y al salir expulsados, si no se conciliaron ningún voto de la opinión, porque el disentimiento entre la antigua orden y la nueva Europa resulta cada día mayor, hicieron ver, por nuestro mal, dañándonos más á nosotros de lo que nosotros podíamos dárselos á ellos, cómo la República francesa, que habíamos creído conservadora, liberal, tolerante, moderna, resultaba una República jacobina, cesarista y revolucionaria. Pasó la expulsión de los jesuitas, y quedaron las demás órdenes monásticas bajo la amenaza de una expulsión también, si no se conformaban con pedir, para su existencia y conservación, al Estado las autorizaciones indispensables. Tal parte del desquite, rencoroso y antipolítico, aparecía mucho más difícil de cumplir. Esas órdenes no tienen ni pueden tener contra sí la enemiga que la orden de los jesuitas. Méenos políticas, más cristianas, consagradas en su mayor parte á la devoción y á la enseñanza, recuerdos vivos de hombres como San Francisco de Asís, á quienes la misma cultura moderna ofrece tributos de agradecimiento en los altares de la historia, no podían excitar las pasiones suscitadas siempre por la funesta orden autora del Syllabus y de la infalibilidad.

A esto se unia naturalmente el espíritu conciliador de que tantas muestras ha dado el Papa Leon XIII en su Pontificado; espíritu de conciliación, que se levanta, como un valladar insuperable, contra las inoportunas violencias y las tristes exageraciones del radicalismo francés. Y el presidente del Consejo de ministros, Mr. de Freycinet, hombre de Estado ántes que hombre de escuela, tolerantísimo, á pesar de protestante, ageno á las teorías positivistas, hoy en voga entre los republicanos avanzados, trató, é hizo perfectamente, en convenir con Roma una fórmula de sumisión, la cual permitiera, con sus sábias declaraciones, á las órdenes monásticas permanecer en Francia sin desdoro, y al Gobierno francés conservarlas sin debilidad y sin rebajamientos. Y se encontró la fórmula, dictada en términos prudentes y llena de un cuerdo espíritu de conciliación. Y las órdenes monásticas protestaron de su alejamiento de toda mira política, de su respeto á las instituciones republicanas, de su repugnancia á pedir autorizaciones innecesarias, cuando vivían por el imperio de las costumbres, despues de largo tiempo, y no maquinaban cosa alguna en verdad ni contra los gobiernos ni contra las leyes.

Verdaderos hombres de Estado, diéronse por satisfechos, y áun por contentos, con arreglo de esta suerte sábio y prudente. Pero el radicalismo francés se indignó de lo mismo que debiera complacerle, y su indignación ha derribado el poder al ilustre estadista M. de Freycinet, última sombra de las ideas conservadoras en el Gobierno de la república francesa. M. Ferry acaba de sustituirle para cumplir sin piedad los decretos y expulsar sin consideraciones á las órdenes monásticas. El jacobinismo imperante se dá sin freno á todas esas violencias; pero olvida que si la violencia es buena para la guerra, es dañosa para la política, donde sólo prevalecen y perduran las ideas de conciliación y los procedimientos de sensatez y de prudencia.

Lo más terrible del caso está en que la crisis nueva demuestra ya en sus accidentes de una irrefragable suerte, la influencia completamente inconstitucional de M. Gambetta en los negocios de la República. Metido en su palacio de Borbon; alzado á un generalato político que le permite dirigir todos los Gobiernos y no entrar en ninguno; circuido de corte radical, positivista, jacobina que quiere á toda costa su dictadura, con sólo templa-la por apariencias de respeto á la voluntad pública, la cual no puede por mucho tiempo permanecer en este cautiverio, precipita la renuncia de Mac-Mahon, cuando su presidencia hasta Noviembre del año corriente lo salvara todo; derriba Gobiernos como el Gobierno de Simon el 16 de Mayo, por medio de imposiciones tiránicas, y el Gobierno de Dufaure por medio de emboscadas parlamentarias; molesta á Wadingthon hasta obligarle á una renuncia indispensable en su posición humillante, y concluye con el resto último de conciliación, y con la última sombra de esperanza concluye con M. de Freycinet, su amigo del alma, porque ha sido osado á tener opinión frente á su opinión, y porque ha rechazado un vasallaje, al cual no puede resignarse, y ménos en las alturas del Estado, nadie que tenga propia conciencia; y despues de destruir á todos los estadistas, disolver á todos los Gobiernos, imposibilitar todos los presidentes, no quiere sustituirlos en persona, quedándose allá arriba en la más singular posición que han visto los tiempos, en la posición de quien tiene todo el poder y no quiere tener su responsabilidad. Pues no ha de durar mucho tiempo esto, ni es posible que dure en nación de vista tan penetrante, de ingenio tan agudo, de despertamientos tan fáciles y de resoluciones tan súbitas como la nación francesa.

Los males que de tal estado de cosas brotan, saltan al entendimiento ménos perspicaz en cuan-

to entra en una reflexion relativa. Primero: la presidencia queda en una posicion tan desairada, que el primer magistrado de Francia no es ni el primer motor, ni el primer representante de la política en su patria, como lo han sido y lo son todos los presidentes en todas las verdaderas Repúblicas. Segundo: el poder cae en manos de hombres de segundo orden, á quienes el oropel de la inmerecida posicion quita la vista interior é íntima necesaria para penetrar todo lo triste de la autoridad que ejercen y todo lo vano de la aparente dignidad que ocupan. Tercero: la contradiccion entre el partido conservador y el partido radical, ambos republicanos, se agrava cada dia, y puede llegar á un disentiendo irreparable y por todo extremo funestísimo á la consolidacion de la República. Cuarto: la exageracion de las medidas del Gobierno aviva las esperanzas demagógicas y trae reueltos y agitados á los hombres de soluciones extremas, los cuales engendrarián por fuerza las antiguas divisiones entre las clases medias y las clases populares, de cuyas resultas vendria una reaccion monárquica ó imperial como en el año cincuenta. Quinto: el concepto de la nacion francesa decae mucho en el mundo, porque todos dicen que sucumben las situaciones, que se suceden los Gobiernos, que se mudan los partidos, que vienen unos hombres de Estado tras otros hombres de Estado, y siempre queda en el fondo la supremacia de una autoridad absorbente, la violencia de unas leyes reaccionarias, el cesarismo jacobino y el jacobinismo cesarista y al fin y al cabo, lo que más entristece los ánimos, un Gobierno personal hasta en el seno de una avanzada República.

Nosotros creemos que la reaccion contra la política gambetista vendrá pronto, y que el partido conservador republicano volverá al Gobierno para continuar las tradiciones de M. Thiers y combatir el dogmatismo positivista que trae á estas horas tan conturbada la política y tan alarmados los ánimos. Todo depende de que M. Grevy se despierte de su letargo por un acto de energía, si no quiere despertarse por una renuncia suicida; de que el Senado mantenga su política prudente y sus creencias republicanas á un mismo tiempo; de que M. Dufaure y M. Simon recobren el uno su actividad juvenil nunca agotada, y el otro su influencia antigua en el partido republicano; de que se vaya á unas elecciones, no de combate como las del Ministerio Broglie, sino de consulta, con un Gobierno republicano y conservador, que prometa defender las instituciones democráticas, el sufragio universal, la libertad en todos sus aspectos sin tendencias jacobinas, sin supersticiones positivistas, para que salga el país de esta agitacion de diez años y éntre en un período de relativa calma. Y entonces M. Gambetta quizás adquiera en la oposicion y en la minoría á que debe quedar reducido, la experiencia que necesita, y pueda ser en lo porvenir un Presidente radical de verdadera utilidad para los futuros desenvolvimientos de la República francesa. En el dia de hoy no se puede humanamente salir de las tradiciones de M. Thiers, tan desmentidas por sus infelices sucesores. Que la República vuelva á ser conservadora en sus actos, y todo se habrá salvado en Francia.

EMILIO CASTELAR.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

En la breve reseña hecha en los artículos precedentes, nos hemos detenido más de lo propuesto por varias razones, entre otras, por la consideracion sencillísima de que rara vez se hace justicia al caído, llegando hasta el caso de que escritores concienzudos y hombres de Estado, cuyo nombre era una autoridad por su propio valer y por la importancia de las naciones á que pertenecian, han sostenido que si fuera posible separar lo que España había aportado á la civilizacion moderna, esta nada perdería, ó en todo caso, quedaría disminuida en una insignificante cantidad; y deber nuestro es volver por los fueros de la verdad y dejar á cada uno en el lugar que le corresponda, poniendo de manifiesto el error de tales afirmaciones; y para conseguirlo no hemos de falsear, en poco ni en mucho, la verdad histórica.

Por grande que sea el interés que nuestro patriotismo nos inspire, entendemos que está aún antes que él el imprescindible deber de ser exactos é imparciales, y esto explica por qué, más de una vez hemos sido y tendremos que ser severos con nuestros antecesores y nuestros contemporáneos. Además, en nuestro leal sentir, se sirve mejor á su patria poniendo de manifiesto sus errores, sus extravíos y sus defectos propios, que haciendo constantemente idilios sobre sus pasadas grandezas y sueños fantásticos sobre el modo de conseguir sus ideales, ocultando ó dejando por lo ménos relegado al fondo del cuadro las úlceras cancerosas que la han corroido, hasta el punto de que un dia llegará á ser su vitalidad dudosa, y qué léjos de estar cicatrizadas por completo, siguen aún corroyéndola de tal suerte, que si no tiene la virilidad y energía suficientes para curarlas, aunque sea por medio del cauterio, es seguro que la distancia que por nuestra desgracia nos separa de naciones más adelantadas, irá aumentándose de dia en dia hasta llegar el caso de quedar rezagados de tal manera, que sólo respiremos la atmósfera de los cuerpos que han dejado de ser y se descomponen.

Pero cumplido con este deber imparcial y se-

reno, justo es que hayamos dejado consignado, y consignemos siempre que la ocasion se presente, lo que á los pueblos ibéricos debe la civilizacion moderna; y por consiguiente, el error gravísimo en que ha caído M. Gizot al hacer la afirmacion antedicha.

Otro de los motivos que nos obligaron á detenernos más de lo que pensábamos, con todo aquello que á nuestras antiguas y aun maravillosas conquistas se refiere, es que obedecíamos á la imprescindible necesidad de dejar sentados los datos, antecedentes, observaciones, análisis y reflexiones que más tarde, y al entrar de lleno como vamos á hacerlo en el exámen de las razones que han motivado un rápido y vertiginoso descenso desde aquellas alturas á las profundidades á que hemos llegado, y de las cuales no hemos salido por completo, nos habian de ser de todo punto indispensables, si hemos de juzgar con acierto lo pasado y deducir algo provechoso para el porvenir. Para salir airoso en nuestro empeño y dar cima á la marcha de nuestra regeneracion comenzada, necesario es luchar con prudencia y con sentido práctico, pero con la resolucion y constancia que necesita un pueblo que tiene confianza en su porvenir y la creencia de que no es un miembro gangrenado de la moderna cultura al que le están reservadas aun misiones dignas de su antigua historia, y altamente provechosas para el progreso en general. Por fortuna para España, hechos, que pudiéramos llamar recientes, demuestran que la virtualidad de este pueblo no se ha consumido, y que, si ha llegado á lo más profundo del precipicio, sus esfuerzos, emprendidos desde hace próximamente un siglo, demuestran que tiene vida más que suficiente para combatir el estado de anemia á que había llegado, y que hay en su organismo las condiciones necesarias para salvar el estado de convalecencia por que viene atravesando.

Convencido de esta su vitalidad, ha emprendido el siempre penoso trabajo de subir la montaña, desde cuya cúspide se había precipitado, y que, cualquiera que sean los obstáculos con que ha luchado y tiene que luchar, y los tropiezos sufridos en su marcha, tiene también la conciencia y la resolucion necesarias, si no para alcanzar aquella cumbre á donde le elevaran sus mayores, por lo ménos para ocupar dignamente un puesto en la llanura ó meseta por donde marchan las naciones que forman á la cabeza de la civilizacion y del progreso.

Es de toda evidencia que los caminos y procedimientos que á la ruina nos han conducido, no son los que deben seguirse, para remediar, en la parte que ser pueda, los males que antiguas equivocaciones nos han acarreado, y por lo tanto, podemos exclamar con entera confianza, sin precipitaciones insensatas, pero sin debilidades femeniles, como aquel general francés que en la notabilísima campaña de Egipto decía á sus soldados: ¡adelante, que el porvenir y la victoria pertenecen al que sabe conquistarlos! Hemos llegado, no al fin de estos modestos trabajos, sino al punto culminante de ellos, desde el cual, y siguiendo el curso de los acontecimientos, tendremos, no que alterar nuestra marcha, pero sí entrar en nuevas y distintas reflexiones y análisis de cuestiones por su naturaleza asaz delicadas, y que no por tal carácter dejan de ser altamente necesarias sus soluciones. Si nuestros medios son insuficientes para tratarlas con la lucidez y acierto que el caso exige, no ha de faltarnos, en cambio, el deseo y la firmeza necesarios para buscar la verdad tal como la entendemos, ó dicho de otro modo, para cumplir con nuestro deber, que nadie está obligado á más que á hacer aquello que su conciencia le dicte y sus medios permitan.

A inmensa altura se elevó España en los siglos xv y xvi; pero así como al individuo no le es dado respirar en las capas superiores de la atmósfera, así España, desvanecida por el orgullo, sintió los mareos que preludian el atondramiento y pérdida de razon, y separándose por completo del camino hasta entonces seguido, emprendió el de la locura, el de la sinrazon, el del despotismo, el de la intolerancia, el del desconocimiento del derecho y de su propia dignidad, y precipitose con desdichada y vertiginosa carrera en los precipicios de la loca ambicion de sus caudillos; hízose instrumento, consciente ó inconscientemente, de las pretenciosas rivalidades entre las casas de los Hapsburgos y de los Capetos y el brazo de la corte romana en sus conflictos y disidencias con los partidarios de la reforma.

Descuidó sus intereses, olvidó su nombre de perla de la Edad Media, y en lugar de ser la defensora del Gobierno representativo (tal como en aquella época se entendía), á que le llamaba su tradicion y su historia, fué la propagandista armada del derecho divino de los reyes y de la intolerancia católica; y en vez de seguir estimulando y perfeccionando las industrias que la dominacion árabe había sembrado abundantemente en este suelo, y que en él habían germinado con no escaso vigor, dióles rudos y repelidos golpes, arrojando fuera de la patria á los hombres que por su trabajo y aplicacion los unos, por su aptitud especial para el comercio y la industria los otros, habían contribuido tan eficazmente á elevar la nacion á aquella altura tan envidiada por los extraños.

Esto, por el simple motivo de que creian adorar á Dios, segun su conciencia les dictara, pero de diferente modo de como lo entendian los vencedores; y sobre todo, convenia á las miras intere-

sadas de una gran parte de aquella teocracia, á la cual la posesion de la riqueza había corrompido y desmoralizado, haciéndola tan fastuosa como perezosa é ignorante, y á la que, por consecuencia, le era más fácil acabar con sus adversarios por medio del hierro y del fuego, que convencerlos de la bondad del dogma más humanitario hasta entonces conocido, por medio del ejemplo y de la predicacion. No se contentó España con expulsar moros y judíos, sino que, valiéndose del derecho del más fuerte, los despojó inicuaamente de los intereses que les pertenecian y que eran el producto de su actividad, su constancia y su economía, y apenas si se han cubierto las formas para ejercer, contra aquellos desgraciados, el pecado de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. A todas las clases sin excepcion corresponde la responsabilidad de semejantes locuras y desafueros: los reyes, ya porque correspondiera á sus necios sueños de monarquía católica universal, ya también, y era lo más frecuente, por obedecer á los consejos ó mandatos imperativos de un confesor fanático, falto de ilustracion, y no pocas veces taimado y egoísta: los nobles, porque habiendo dejado sus posesiones y castillos para convertirse en unos pobres y sumisos cortesanos, no llegaba lo que poseian á sostener su ostentacion, sus vicios y desatentadas prodigalidades; encontrábanse agobiados por deudas contraídas que les era duro solventar, y creyeron buenamente que la expulsion y despojo de aquellos prestamistas judíos, era un modo, si no muy cristiano, al ménos muy eficaz para finiquitar aquellos molestos créditos pasivos: el pueblo, desprovisto de la instruccion más elemental, y educado prácticamente por una sucesion de guerras no interrumpidas, y por la poca moralizadora teoría milagrera, no comprendia que el único modo de salir de su situacion miserable, era únicamente la constancia y el trabajo, y como los recursos que éste proporciona, si bien son los únicos que lícita y honradamente pueden obtenerse, en cambio no se adquieren sino lentamente y á fuerza de constancia, orden y economía, pareciales más sencillo satisfacer sus concupiscentes deseos, tomando la parte de botin que pudiera caberle en el despojo de aquellos desventurados; y consecuente con esta desdichada idea, la llevó á la práctica, asaltando á aquellos infelices, cuando tenian que atravesar España para dirigirse á otros puntos, despojándoles de los escasos recursos que sobre sí podian llevar, y más de una vez, privándoles de la vida, sin duda por aquel principio vulgar de que hombre muerto no habla, ó por este otro no ménos inmoral, de que es altamente meritorio á los ojos del Altísimo el acabar con aquellos á quienes se cree sus enemigos. Con estos antecedentes acaeció lo que no podia ménos de suceder. España cayó ferida y maltrahada, hasta el punto de que llegará un tiempo, no lejano, en que otras naciones determinaran en sus consejos el repartírsela, sin contar para nada con su voto. ¡Tan escasa importancia la daban!

Cupo á España la poca envidiable suerte de ser la primera que puso de manifiesto la ley, hasta ahora no desmentida, consistente en que todos aquellos países, naciones, provincias ó pueblos que se hicieron los defensores de la intolerancia, han quedado rezagados de otros que han seguido distinto camino. Ya sean de raza diferente ó de la misma que aquellos, ello es lo cierto que, los países donde más tiempo ha dominado la intolerancia católica, son dentro de la civilizacion cristiana los más pobres, los más ignorantes, los más débiles, los más holgazanes, y por consiguiente, los más viciosos, anárquicos y desmoralizados, y si alguna excepcion se presenta no se olviden las luchas duras y sangrientas que han tenido que sostener contra aquella intolerancia para llegar al estado en que hoy se hallan.

Nada se hace sin tiempo: esto es una verdad que empieza ya á ser vulgar, no obstante la antigua creencia en ciertas espontaneidades, y no es ménos cierto que las grandes transformaciones sociales y cosmológicas necesitan un período tanto más largo cuanto mayor es la importancia del cambio que haya de realizarse. Aplicando esto al asunto que nos ocupa, resulta lo que ya queda demostrado: que acontecimientos de tal importancia no pudieran realizarse sino en un tiempo relativamente largo, como hemos visto que así se ha verificado para llevar á su término las conquistas ibéricas en el nuevo continente; y de aquí viene, como traida de la mano, la siguiente pregunta: ¿en que ha consistido que escitando en alto grado los descubrimientos y conquistas de España la codicia y admiracion de las otras naciones europeas, no la hayan disputado aquel territorio algunas ó todas ellas?—La explicacion es sencilla, y la cremos además necesaria porque, habiendo cierto grado de solidaridad ó de enlace entre los engrandecimientos y decadencias de los diferentes países que en aquella época marchaban á la cabeza de la civilizacion, no es posible tratar de lo que á una de ellas más directamente se refiere, sin decir algunas palabras que hagan relacion á las otras, y máxime, cuando hoy vemos aquel continente é islas adyacentes poblados ó dominados (al ménos hasta hace poco tiempo), en gran parte, por ingleses, franceses, dinamarqueses, suecos, rusos, etc. Y volviendo á nuestra explicacion, esta es fácil sin más que tener en cuenta la egemonia que entonces ejercía España en Europa, y además, que Francia se encontraba á la sazón ocupada en sus contiendas civiles y religiosas entre hugonotes y católicos.

Inglaterra, que estaba entonces muy lejos de figurar en primer término, tenía también sobrada ocupación dentro de su casa, que provenía de la desastrosa guerra de las Dos Rosas, de la tiranía antipapista y anti-católica, tal vez patriótica pero feroz de Enrique VIII, de las luchas religiosas entre protestantes y católicos; y por último, de las civiles que concluyeron por llevar al cadalso a uno de los Stuardos—Italia, dominada por extranjeros, teatro de las guerras promovidas por la ambición de los diferentes soberanos de Europa y sostenidas, con diabólica astucia, por la corte pontificia, á fin de estorbar que ningún Príncipe del país llegara á adquirir mayor potencia que el papay.—Alemania, dividida hasta lo increíble entre soberanos y soberanillos, necesitaba todas sus fuerzas para detener la Reforma enfrente de las potencias católicas.—Rusia no había salido aún de las brumas del Norte, y estaba lejos el tiempo en que Pedro I, la hiciese conocer de Europa.—Polonia, por su situación geográfica, no estaba llamada á los descubrimientos y conquistas marítimas, y gastaba todas sus fuerzas en su poco interrumpida anarquía y en salvar á Austria de la invasión de los turcos, acción que más tarde le pagó esta con notable gratitud, siendo una de las tres naciones que se repartieron sus despojos, haciéndola desaparecer del mapa de las nacionalidades.—Austria, por lo que acabamos de decir, no estaba seguramente en aptitud de emprender grandes conquistas en lejanas tierras, y gracias que el despotismo de los Hapsburgos bastara á sostener, con apariencias de unión, esa colección de razas y pueblos que hoy mismo no solo no están confundidos, sino que, profundas antipatías de historia y de origen, los colocan unos enfrente de otros, de tal suerte que aún en la actualidad, á pesar de su aparente poderío constituyen el imperio que, á imitación de lo que se ha dicho de Turquía, se le califica con el epíteto de la mujer enferma.—Turquía, en el apogeo de su fuerza, ni su grado inferior de civilización, ni la ocupación que le proporcionaban los estensos territorios conquistados en Asia, y los que pretendían conquistar en Europa deseando imponer á esta por el suavísimo medio del hierro y del fuego la religión del Profeta, la permitían ocuparse de lo que pasaba más allá del Atlántico.—Los escandinavos, cuyos mayores fueron, sin género de duda, los primeros europeos que á la vez que nuestros vascos pisaron el territorio americano, y que nadie puede negarles el formar á la cabeza de los más intrépidos navegantes, por sus guerras civiles, sus heroicas luchas en favor de la Reforma, tampoco se hallaban en situación de formarnos concurrencia.

Después, la situación de todos estos países ha cambiado, y con pocas excepciones de sentido contrario al que nosotros hemos seguido, porque, en su inmensa mayoría, ellos ascendieron y progresaron, y nosotros descendimos y regresamos. En consecuencia de todo esto, más tarde, las unas emprendieron conquistas por su cuenta en el nuevo continente, y otras, sin dejar de hacer lo mismo, vinieron á disputarnos las que anteriormente habíamos realizado. De lo cual resulta que hoy existen colonias de diferentes naciones europeas en el continente americano, conservadas las unas bajo el dominio de las metrópolis, hechas otras independientes y formando varias nacionalidades de más ó menos importancia. Y así se encuentra hoy aquel continente que comprende 41.134.154 kilómetros cuadrados, si no poblado, dominado por europeos, excepción hecha de algunas poco importantes tribus indias que en todas partes disminuyen y ceden ante la civilización; y además los indios, que en un grado más ó menos adelantado de la cultura forman parte, para honra nuestra, de las diferentes nacionalidades que un día estuvieron bajo el dominio de los pueblos iberos, agregando á todos estos una parte de la población que es resultado del cruzamiento entre las razas indígenas y los conquistadores, y componiendo entre todos los que hemos enumerado un total de 83 millones de habitantes, próximamente.

Hemos dicho antes cuál es la extensión superficial de lo que, con más ó menos propiedad, se llama el Nuevo Mundo, y como la superficie total de la tierra en el globo que habitamos es de 134.617.885 kilómetros cuadrados, resulta que es próximamente la tercera parte de la extensión que ocupan los continentes é islas del globo terráqueo, y como la densidad media de la población americana es hoy de 2 con 1, aproximadamente, y la de toda la tierra es 10 con 6, resulta aquella muy inferior á la densidad media total.

De la extensión superficial antes citada comprendían los dominios españoles, en nuestro mayor apogeo, 12.925.000 kilómetros cuadrados; es decir, más de la cuarta parte de aquel continente, y unas 24 veces, próximamente, la extensión superficial de la península ibérica. Si añadiéramos á aquellos dominios el territorio ibérico con las otras posesiones que españoles y portugueses tenían en Europa, América, Asia y África, cuando en el último quinto del siglo XVI se reunieron bajo un sólo cetro los dominios españoles y lusitanos, y aun descontando la parte de ellos de la antigua casa de Borgoña que, por el sombrío fanatismo de Felipe II y nuestra desdichada manía de caballeros andantes de la intolerancia romana, habíamos perdido, resultaría para la extensión superficial de los dominios españoles, con la aproximación natural á estos datos, algo más de 18 millones de kilómetros cuadrados, es decir, un poco menos de la 7.^a

parte de la superficie total no cubierta por los mares que constituye hoy la corteza del globo que habitamos.

El número de habitantes que ocupaban los dominios españoles de América ha llegado á ser, bajo nuestra dominación, de unos diez y siete millones; y comparado con la extensión superficial de que anteriormente se ha hablado, resultaba, escasamente, una densidad de uno y medio por kilómetro cuadrado. Para mantener 900 millones de hombres no necesitarán en el porvenir más que tener una densidad media de población igual á la que hoy tiene Francia, que por cierto dista mucho de ser de las mayores.

Antes de entrar de lleno en las consideraciones conducentes al caso sobre nuestro sistema colonizador, nuestra gestión económica, las leyes civiles y administrativas por las que se han regido, y de todas las causas, en fin, que han tenido una influencia más ó menos directa en la manera de ser de aquellos países y en su separación de la metrópoli, tenemos necesidad de hacer unas ligeras observaciones sobre lo que á todo el nuevo continente se refiere.

Encuétrase la América situada entre los 54 de latitud S. y unos 80 latitud N. Esto indica claramente que participará de todos los climas, desde el glacial de los polos hasta el tórrido del Ecuador. Este atraviesa por lo tanto aquel continente; pero debido á su configuración, sólo coje unos 13 grados de la línea ecuatorial, ó sea escasamente $\frac{1}{25}$ de esta, y en la misma zona tórrida por donde aquella atraviesa, debido á las alturas de sus montañas, existen regiones de nieves perpétuas; y de paso diremos que hay llanuras ó mesetas en aquel continente que alcanzan mayor altura sobre el nivel del mar que los picos más elevados de Europa. No entra en nuestro propósito y se hallaría fuera del asunto que estamos tratando, el hacer una reseña geológica del continente descubierto por Colon, y sólo diremos como de pasada, que allí se encuentran desde la formación primitiva hasta la más moderna ó actual, y que es hoy un problema entre los geólogos, si lo que se llama el nuevo continente es más antiguo que el que con tal epíteto se califica. Los últimos datos antropológicos que han venido á suministrar los cráneos encontrados á una gran profundidad, y no lejos del Missisipi, nos han puesto de relieve que la existencia del hombre en aquellos países es muy anterior á las tradiciones históricas y bíblicas. Tampoco hemos de ocuparnos de lo que repetidamente se ha querido sostener relativo á que, los primitivos habitantes procedían del Asia, suponiendo que allá, en remotos tiempos, habían atravesado por el estrecho de Bering. Harto difícil sería probar esta aserción, pero como sólo tenía por objeto armonizar las afirmaciones del Génesis hebraico con los descubrimientos, y no es nuestro propósito por el momento analizar tales argumentos ó contradicciones, lo dejamos á personas más competentes.

Debido especialmente á las grandes cordilleras del país americano, y de las cuales los Andes es la principal, existen una abundancia de agua y ríos tan caudalosos, que ninguno de los antiguamente conocidos pueden compararseles; y debido á esta circunstancia, abundan allí terrenos de una fertilidad tal y de una vegetación tan lujuriosa como no se había conocido hasta entonces. Pero el exceso es mucho más considerable cuando la comparación se establece entre los reinos minerales. Se ha calculado que desde el descubrimiento de América hasta principios de este siglo, el 80 por 100 del oro explotado en nuestro globo procedía de aquellos países, y el 91 por 100 de la plata; y se ha hecho el cálculo que la cantidad de este metal extraído de allí durante dicho tiempo formaría una esfera de 24 metros de diámetro. Hallando el volumen de ésta, y teniendo en cuenta la densidad de la plata comparada con la del agua, resulta un peso de 108.494 toneladas métricas. Si tal era y es la abundancia de estas dos tan codiciadas materias que constituyen principalmente la mercancía, módulo que fija y determina el valor de las otras facilitando el cambio de toda clase de productos y constituyendo de esta suerte uno de los progresos más notables de la civilización moderna, no es menor, relativamente hablando, la abundancia de toda clase de piedras preciosas, pues unas y otras llamaron primero la atención y se les dió una preferente importancia por sus propiedades físicas, y sobre todo, por su casi nula oxidación, por sus aplicaciones á las artes y á la industria y con especialidad por el uso que de ellas se hace como representación del lujo y riqueza, llegando á constituir el adorno personal y de todas clases con que el hombre, obediendo al sentimiento de lo bello, desea engalanar primero los seres á quien ama, su propia persona, su morada, y después todos aquellos objetos que le rodean, ya necesarios á la vida, ya correspondiendo á las exigencias de la vanidad, excitando por su hermosura y brillantez el anhelo con que el bello sexo desea poseerlas para hacer resaltar la propia belleza. Pero no son éstas las únicas riquezas que encierra el subsuelo de aquellos países, sino que abundan igualmente el cobre, el estaño, el hierro, en fin, toda clase de metales; conocidos unos por los naturales anteriormente á la conquista, y otros que esperaban que la actividad y una civilización más avanzada, y mayores conocimientos adquiridos en las ciencias físicas, y á veces la pura casualidad, fueran á encontrarlos á las entrañas de la tierra donde se hallan escondidos como para indicar al hombre que no llegarían

á ser de su posesión sino en premio de sus investigaciones, de su laboriosidad y de su constancia. Y para completar este cuadro de riqueza acumulada por las leyes geológicas y á disposición del hombre, cuando éste sepa buscarlas, hay que añadir lo que, con más ó menos propiedad, se llama minas de carbon, de petróleo, de tinta, y para que nada falte, de fuego, ó lo que es lo mismo, minas ó depósitos de movimiento ó de fuerza.

Si tal es la riqueza de los reinos mineral y vegetal no deja de ser importante la del animal; pero es lo cierto que la fauna no corresponde á la flora. Se han encontrado algunos animales que no eran conocidos en el antiguo continente con particularidad en todo lo que se refiere á los volátiles, y basta solo para conocer lo numeroso de los habitantes de la atmósfera, fijar la atención en los montes de guano formados por sus secreciones; pero los animales superiores marcaban una inferioridad notable relativamente á sus congéneres del antiguo continente. Así el jaguar, el león de Chile, llamado puma, están muy lejos de tener la magestad, la fereza y la fuerza del tigre de Bengala y del león africano; así como el tapir dista mucho del elefante, del hipopótamo y lo mismo pudiéramos decir de otros animales; pero la deficiencia es más marcada aún cuando se sube hasta el primer eslabón de la cadena. Los habitantes que allí encontraron los conquistadores eran, con alguna que otra excepción, muy inferiores á los europeos en fuerza física, en resistencia, en valor y en condiciones intelectuales.

Todo lo espuesto nos lleva á una observación de alguna importancia, así bajo el punto de vista de la filosofía científica, como de los beneficios que la civilización ha reportado del descubrimiento de la América. Los animales superiores de diferentes géneros que no eran indígenas y que han sido allí trasportados por los europeos, especialmente por españoles y portugueses, no solo no se han hecho híbridos, sino que se han reproducido con asombrosa fecundidad. Y de aquí la siguiente cuestión que nos contentaremos con plantear: ¿qué circunstancias motivaron el que no brotaran en aquel suelo varias especies de animales que con tanta facilidad se aclimataron más tarde, y que todo prueba que encontraron allí, así en los alimentos, como en el medio ambiente, condiciones favorabilísimas de existencia y propagación? En otro orden de ideas se deduce la gran utilidad para la Europa no solo exportando de aquellos países varios productos de la flora y la fauna, que tanto han contribuido á la satisfacción de necesidades perentorias las unas, y de placer y recreo las otras, sino también aclimatando allí los productos de uno y otro género que por los europeos fueron implantados, y que, por su asombrosa propagación, habían de producir más tarde una abundancia tal, que permitiera devolverlos, como hoy lo hacen, con una baratura que apenas se concibe.

De los vegetales allí implantados por los europeos merece particular atención el café, procedente de Abisinia que, después de haber sufrido grandísimas persecuciones, como elemento revolucionario, por la liberal é ilustrada administración turca, hasta el punto de emplear contra los que lo tomaban en público el suave castigo de arrojarlos al Bósforo encerrados en un saco de cuero, fué traído á Europa por los holandeses, y estos lo llevaron á Francia. Un bienhechor de la humanidad, el francés Dicliex, llevó un solo individuo de este precioso y moralizador arbusto á la América, empleando tal cuidado en su conservación que, durante el viaje, se privó con frecuencia de la ración de agua que le correspondía para regar con ella el tiesto donde iba su idolatrada planta. Sus deseos se cumplieron; el arbusto prendió en tierra americana y se reprodujo de tal manera que hoy abastece á una gran parte del mundo ese fruto civilizador, formando la riqueza de algunos países.

Si había oscuridades para encontrar quién haya sido el Adán de los indígenas de América, no las habrá, por lo menos, respecto á quién fuese el del café que allí se cosecha. Lo fué el individuo trasportado con tanta fortuna por Dicliex y este su providencia.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

DEBEN REUNIRSE LAS CORTES.

En los últimos días que precedieron á la suspensión de las sesiones de Cortes, dirigieron al Gobierno preguntas y anunciaron interpellaciones sobre graves é importantísimos asuntos de interés público, y hasta de honor nacional, varios representantes en el Congreso.

Ni las preguntas fueron contestadas, ni las interpellaciones explanadas; y todo induce á pensar que el interés de la política conservadora, el interés del silencio, sobreponiéndose á los más altos y sagrados de la patria, fué quien aconsejó una suspensión, evidentemente inoportuna para el país en aquellos momentos.

Tratábase de saber cuál era la opinión del Gobierno acerca de un famoso reglamento formado en la Habana y recomendado con eficaz instancia por el capitán general de Cuba, para cumplir una ley de abolición de esclavitud, y en el cual se consignaba que los amos de esclavos (ó de los negros que siguen siéndolo con otro nombre) pueden imponer las penas corporales arbitrarias de cepo y grillete. Tratábase de que la nación española, y el

mundo civilizado supieran, por declaración franca, leal y explícita hecha en el seno del Parlamento, si los hombres que gobiernan y tienen el deber de velar por el honor y la dignidad de nuestro nombre consideraban ó no compatibles tanta crueldad, tan salvaje modo de proceder, y tan bárbaras, brutales é inhumanas disposiciones, con el sentimiento general de los españoles, con el espíritu de nuestros tiempos, y hasta con las más vulgares consideraciones de conveniencia y de tranquilidad pública. Tratábase de poner en claro si había de poder más el interés personal de unos cuantos opulentos, autores de aquel inicuo reglamento, que los nobles impulsos de la conciencia pública que horrorizada lo rechaza.

Así comprendieron algunos representantes de la nación que era patriótico, prudente y hasta necesario advertir con oportunidad al Gobierno, y llamar toda su atención sobre la pendiente en que colocaba el honor de la patria; así creyeron que podrían prestar un gran servicio á la humanidad y á su país, contribuyendo con todas sus fuerzas á impedir la aplicación del reglamento cruel é inhumano elaborado en la Habana. Pero no podía ser: era preciso contar con el criterio y la conducta de nuestros habilísimos y sagacísimos conservadores, á quienes, como dijo uno de ellos (tan desdichado político como buen poeta) reserva grande espacio nuestra historia patria.

Además, hacía ya mucho calor: la atmósfera se cargaba y casi parecía irrespirable: la mayoría de los legisladores quería refrescarse, y pasear, y divertirse: eso era muy natural. Entretanto, el *cepo* y el *grillete* arrancaban lágrimas y gritos allá en América, y los escasos recursos de la Hacienda de Cuba se tiraban por la ventana; no importa: las lágrimas se quedan en el mar; los clamores se pierden en el espacio, y por lo que se refiere á los conservadores, ellos no conocen otro modo de proceder: les estorbaba la discusión de asuntos graves: la luz les dañaba; y ya que no podían suprimir el sol, se apresuraron á cerrar las ventanas... Y pudieron hacerlo, y lo hicieron, acaso tanto por culpa suya, cuanto por una incomprendible, inexplicable y misteriosa pasividad de muchos que dicen no ser conservadores, y que, con ausencias y con silencios extraños, auxilian esa política funesta y desastrosa, que, sin duda, tienen motivos para no combatir en ciertos puntos...

Y así el Gobierno como sus auxiliares activos y pasivos, así los francos conservadores como los embozados ministeriales obraron mal, muy mal, como se ha podido ver, y como han demostrado, para honra suya, algunos periódicos independientes que se publican en esta capital, en donde hemos visto con asombro y con tristeza aparecer en la *Gaceta* una disposición por la cual aprueba el Gobierno, confirmando nuestros temores, el reglamento antes citado, es decir, el arma de que se han valido los esclavistas poderosos de la Habana para borrar las *tigeras ráfagas* de libertad contenidas en una ley que, sin saberse por qué, llamaron *de abolición de esclavitud* los mismos que hoy han venido á destruirla y anularla. Pero como uno de los caracteres que han distinguido siempre á los conservadores españoles es el prescindir por sistema de la opinión pública, el divorciarse de ella, y aún ostentar y hacer gala de resistencia tenaz y soberbia á sus manifestaciones, no ha debido causarnos tanta sorpresa como dolor que el Gobierno haya desoido la enérgica y sentida voz de los habitantes liberales de la isla de Cuba, que haya desatendido las justas indicaciones de la prensa independiente, que haya permanecido sordo y mudo ante las últimas protestas hechas en el Congreso, que haya olvidado las palabras pronunciadas por uno de los ministros ante el Parlamento, que haya puesto de relieve la más palpable contradicción entre el proceder de hoy y la opinión de ayer del hombre público que defendía en la comisión y en la Cámara la libertad de los negros con severa palabra, y que dicta luego desde la silla ministerial penas corporales horribles contra esos mismos desgraciados seres, que se haya puesto en abierta pugna con el sentimiento universal, que haya atacado con audacia inconcebible los más santos preceptos de la moral cristiana, que haya, en fin, desestimado el dictamen del Consejo de Estado en pleno, que no pudo, que no quiso, que no creyó legal aprobar la imposición del *cepo* y del *grillete*, como penas arbitrarias, en estos días de libertad, cuando se ha proclamado con arrogancia á la faz del mundo que la tierra española ya no consiente esclavos. No; no nos sorprende tanta locura, ni nos maravilla el aplomo con que por ahí dicen los *defensores del grillete, del cepo y de las once horas de trabajo mínimo, que en estas cuestiones de Cuba el deber del Gobierno, cualesquiera que sean su opinión y sus sentimientos, es someterse incondicionalmente á lo que sienta, opine y proponga la autoridad superior de aquella isla*. Si el hombre que ha cedido en Cuba con notoria debilidad á las sugerencias astutas y sagaces de influyentes propietarios de esclavos, si ese distinguido general, abolicionista de toda su vida y de instintos y antecedentes liberales y democráticos, que le honran mucho ciertamente en nuestro concepto, viniere mañana á ocupar, como es posible y quizá probable, un puesto en la política española, enfrente del partido conservador-liberal y de los hombres que hoy gobiernan, y que así declinan ante la opinión toda responsabilidad moral, haciéndola caer entera sobre sus hombros... ¿quién con-

testará á los severos cargos que la Representación nacional dirija? ¿Quién responderá ante el país de las consecuencias que puede traer ese desdichado reglamento?... Recientes ejemplos de habilidad conservadora-liberal podrían servir para dar cumplida contestación á esas preguntas; y amigos tiene en Madrid el distinguido gobernador actual de Cuba, que pueden informarle y explicarle lo que quiere decir, lo que significa y lo que vale el apoyo incondicional de ciertas personalidades y de las mayorías que dirigen y acaudillan. Por lo demás, ya llegará el día de tratar en las Cortes la cuestión de la esclavitud y entonces conocerá el país muchas cosas que un retraimiento funesto impidió revelar en aquellos días en que *á solas* la mayoría discutió y aprobó una ley que mistificaba la libertad de los negros; ya llegará el momento de pedir estrecha cuenta de su conducta á los hombres del *cepo* y del *grillete*, y de preguntarles qué han hecho del honor y del prestigio de nuestro nombre en el mundo civilizado y en la sociedad cristiana. No hay plazo que no se cumpla; no hay deuda que no se pague.

Ninguno de los elementos que han entrado á componer el partido liberal-dinástico podía haber aprobado, ni seguramente habría aprobado contra el dictamen del Consejo de Estado, el *cepo, el grillete ni las once horas de trabajo mínimo*; ni los constitucionales, que se habían pronunciado abiertamente por la abolición inmediata, ni los centralistas y campistas que negaron su voto y se retrajeron durante la discusión de la ley. Tampoco ese partido liberal hubiera propuesto jamás el pago de los alcances de los soldados fallecidos y cumplidos: así autorizan á afirmarlo los votos y las declaraciones de constitucionales, centralistas y campistas. De la democracia no hay que hablar, es decir, de la verdadera democracia, porque su criterio de libertad y de igualdad y justicia excluyen por entero la posibilidad de callar ante los actos realizados por este Gobierno. Todos los partidos se unirán, pues, para pedir cuenta á los hombres que gobiernan de su conducta en la grave cuestión á que nos hemos referido, y en la de las operaciones de crédito de que nos ocuparemos en otra ocasión.

A lo dicho se agrega la actitud del Gobierno en la cuestión del principado de Asturias y la protesta enérgica de las oposiciones dinásticas contra la que estiman un ataque á la legalidad constitucional y á los precedentes históricos, presentados con escasa fortuna en el preámbulo de un célebre decreto. Atiéndase al recelo y hasta la alarma con que todos los partidos ven despertarse y estenderse al calor de la política insensata, egoísta y temeraria que impera, ideas, tendencias y aspiraciones que han cubierto de sangre nuestros campos y de luto al país, incendiado y destruido la propiedad, consumido nuestra hacienda y sembrado el terror y el espanto por casi toda la estension de la Península: aspiraciones, tendencias é ideas que, en terrible lucha fratricida, con indomable vigor y esfuerzo poderoso supo sofocar y vencer el sentimiento liberal de España, y que es urgente contener á tiempo, antes de que adquieran proporciones capaces de amenazar á la patria con nuevas escenas de dolor y de vergüenza.

Considérese que las próximas elecciones provinciales reclaman, como garantía de libertad, el órgano de la tribuna, ya que la prensa está sometida á los rigores de una ley restrictiva que la enmudece y la ahoga. Reflexiónese sobre la necesidad de acudir en auxilio de provincias inundadas ó bajo el peso de calamidades con que la desgracia las aflige. Fíjese la vista en el crecimiento de la criminalidad y en la frecuencia con que se alza el patíbulo en nuestro país, y en la lástima que inspira el pobre pueblo consumidor, víctima de un régimen económico que lo priva del sustento en condiciones proporcionadas á sus escasos recursos, lo condena á la miseria y al hambre, y lo arrastra al delito; y sin embargo, la industria, á quien se pretende así proteger languidece, los obreros carecen de trabajo, y la Hacienda, cuyos ingresos se temen cercenar, está de tal modo administrada, que las faltas é irregularidades son denunciadas diariamente. Y en fin, cuando concurren en estos momentos tan graves circunstancias, ¿qué es lo que parece natural y hasta necesario? Que todos los partidos y que el país entero se unan, para decir, como ya algunos periódicos han dicho, lo que está en la conciencia de todos:

DEBEN REUNIRSE LAS CORTES.

B. PORTUONDO.

FISIOLOGÍA DE LA DEMOCRACIA.

I

Un naturalista de genio, extraviado por el calor de su rica imaginación, Geoffroy-Saint-Hilaire, pretendió probar hace más de medio siglo, que el reptil puede metamorfosearse en pájaro. Fundaba su opinión, completamente inverosímil, en una sucesión de épocas de la naturaleza, en que bajo la influencia de fuerzas físicas y químicas, hoy desconocidas, el reptil, desviándose de su tipo, sufría tan extraordinaria transformación. La ciencia y la experiencia han destruido por su base tan singular sofisma; pero otra generación de espíritus superficiales, por hacer alarde vano de aparente profundidad, se han atrevido á sostener la ridícula teoría de que el hombre, por una metamorfosis análoga, desciende directamente del mono. La no-

vela no es la fisiología. Estos escritores, estimulados por el afán pueril de pasar por originales ante los ojos de la humanidad asombrada, han proclamado este absurdo.

El gran Newton decía: *Natura est semper sibi consona*. Es decir, que las especies son fijas desde todos los tiempos, y que ningún sabio ó filósofo de nuevo cuño, tiene el poder de demostrar lo contrario.

Jamás el bimano ha engendrado un cuadrumano; el animal que tiene cuatro manos tampoco ha dado á luz en la vida un ser que no tenga más que dos manos, como el molusco no ha podido producir un insecto, ni el manzano ofrecer peras.

Es un principio reconocido por la ciencia de la fisiología y de la historia natural, que todos los pequeños seres de la especie humana, como de las otras especies animales, vienen al mundo con los rasgos distintivos de las especies á que cada uno pertenece: el ser humano reproduce además los signos de su raza. Así, los padres de raza negra, amarilla, blanca ó roja, dan nacimiento á un hijo negro, amarillo, blanco ó rojo, y si los padres son de raza diferente, el hijo es un mestizo que guarda invariablemente los rasgos esenciales de su especie, y reproduce mezclados los signos de las dos razas, cuya sangre está confundida en la suya. Ciertos caracteres físicos individuales, al mismo tiempo que la unidad de la especie y la variedad de la raza, son transmitidos al individuo que nace por sus padres, y es una locución proverbial: «esta niña es el retrato de su madre, ó este niño es la imagen de su padre». Y el parecido resalta entre los mismos hermanos, lo que ya hizo notar Virgilio en una familia romana, cuando el ilustre poeta escribió hace dos mil años...

Protes indiscreta suis gratisque parentibus error.

Se transmiten también por la generación las anomalías físicas; hay familias que tienen seis dedos, tal forma de nariz: aun una deformidad pasa de los ascendientes á los descendientes.

El instinto de la conservación y de la reproducción, es común en el reino entero de la zoología. El instinto, según la definición de un fisiólogo notable que ha establecido principios cuyas consecuencias ha desarrollado en varias de sus obras, es la fuerza innata, maquiaval é irresistible, bajo cuya dominación, los animales sin excepción del zoolito al bimano, ejecutan, sin reflexión ni conciencia, actos, operaciones y hasta oficios apropiados á su constitución orgánica. Existen instintos particulares, como los del castor, que es albañil desde que nace, edifica su morada, siguiendo un plan invariablemente trazado; la aveja, artista sin saberlo, esculpe su panal; los pájaros y los peces obedecen al instinto de emigrar en ciertos períodos fijos.

Predomina en los perros de caza el instinto de raza, porque todos los perros no son cazadores. Estos animales, cuando sus instintos son disciplinados y educados, son admirables. Plutarco refiere que un perro, presentado por un salimbanquis en el teatro de Marcelo de Roma, éste le daba una pasta que simulaba ser un veneno, y el perro, estremeído, fingía convulsiones, hasta caer muerto en apariencia, y su dueño le estiraba una mano ó un pié, que mostraba su rigidez cadavérica, y después de algunos minutos levantaba lentamente su cabeza, con aplauso de los espectadores.

Refiere también un naturalista, que un elefante, castigado por el que le enseñaba á bailar por su poca destreza, se le vió ensayar al rayo de la luna, y sólo, la danza que había sido la causa de su castigo, y hemos visto los animales más feroces dominados por el látigo y por la mirada del domador. Pero ninguno de estos animales ha transmitido su habilidad especial á sus hijos. Los caballos de pura sangre, destinados, sobre todo, á las luchas de la carrera, reciben de sus padres vigorosos, por medio de la generación, los órganos de energía vital de que están dotados.

El bimano, el hombre, debe á la riqueza de su organización privilegiada instintos de una variedad extraordinaria, que le prestan una inmensidad de servicios que nadie le enseñó, y así como los otros animales recibe de sus padres la organización propia de su especie, y el instinto que se deriva de la naturaleza de esta organización, y la trasmite á sus hijos, igualmente que este instinto.

Condorcet, en el *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, expresa, bajo la forma de duda, su opinión especiosa: si nuestros padres, que nos transmiten las ventajas ó los vicios de su conformación, de quienes tenemos los rasgos distintivos de la fisonomía y las disposiciones á ciertas afecciones físicas, no pueden transmitirnos también esta parte de la organización física, de donde dependen la inteligencia, la energía del alma y la sensibilidad moral, nosotros, de acuerdo con el juicio de los fisiólogos modernos, creemos que, si bien es verdad que la inteligencia del hombre depende de sus órganos, en este sentido que él no puede significar ó ejecutar nada sin el auxilio de estos órganos, éstos no son los generadores del pensamiento, porque los padres de un hombre, al transmitirle un cerebro, no le transmiten la facultad de pensar á un grado cualquiera, sino un órgano semejante al que ellos poseían, un instrumento de donde depende, sobre todo, el ejercicio de la inteligencia, pero no la inteligencia misma, lo que es muy diferente.

El cerebro es una lira viva, que fotografía sensaciones, así como el ojo imágenes, y el hombre, el hombre sólo piensa, con el socorro de estas dos

máquinas, y al ver los elementos que ellas le presentan.

El ser responsable y pensador, el hombre, no depende por su cualidad intelectual y moral de la ley zoológica, que prevalece en el caballo de raza. ¿Cómo se explica que un padre ignorante tenga por hijo a un sabio, otro que no conoce el valor de los números a un matemático y un albañil a un astrónomo?

Si nuestros padres nos trasmitiesen esta parte de la organización física de donde depende la inteligencia, como decía Condorcet, una madre y un padre, notables por su espíritu, darían a luz un hombre de talento; pero si el hijo es un nécio, como sucede con frecuencia, ¿qué es lo que su padre y su madre le han transmitido?

En el orden mismo del instinto, no más que en el de la inteligencia, nada de lo que es adquirido por un individuo, pasa de este individuo a sus hijos. Un hombre es geómetra y tiene un hijo, el hijo no adquiere por su origen solamente ninguna aptitud para la geometría; es lo contrario con frecuencia.

Séres que no piensan, viven, como los animales, como las plantas; la vida es una cosa y el pensamiento es otra.

Los grandes órganos de la vida del cuerpo humano, el aparato nutritivo, el aparato respiratorio y el aparato circulatorio, son animales completos: cada uno de ellos hace cosas singularmente inteligentes; de la física, de la química y de la mecánica, como nunca físicos, químicos, mecánicos presentes, pasados y futuros han hecho y no harán jamás, y sin embargo, ellos no piensan, porque ignoran lo que hacen: el hombre, al contrario, piensa y vive, porque para pensar es preciso vivir. No se puede sentir, recordar, pensar, razonar, deliberar, querer, sin la compañía del cuerpo.

El hombre piensa y no puede pensar sin tener conciencia de su pensamiento, que es la esencia de su ser.

El individuo físico, ovíparo, vivíparo, etc., se reproduce bajo la fisonomía de otro individuo de su especie y de su raza, y ciertos signos revelan muchas veces su parentesco individual. Esta es la ley zoológica, y hasta la ley botánica, aunque no está bien definida todavía la línea divisoria de los dos reinos; pero el individuo moral, el hombre, no está sometido a esta ley.

¿Qué han transmitido a Calderón de la Barca, al autor de *La Vida es Sueño*, a Cervantes, Lope de Vega, Alarcón y Moreto sus padres? La vida y nada más que la vida. Porque, ¿quién sostendrá que les hayan dado con su sangre la menor partícula de su estro poético?

¿Quién se preocupa de conocer al padre de Newton? Sin duda existían en algún condado de la Gran Bretaña un hombre y una mujer que le habían dado la existencia. Pero ni su padre ni su madre podían dar a su hijo lo que no tenían, ni serían capaces de comprender una sola página de la obra de *Los Principios*, que ha inmortalizado a Newton. Fueron introductores en el mundo por la vía de la generación de este hombre extraordinario. Hay un mundo en que no se trasmite nada por la carne y por la sangre, que es el mundo del pensamiento.

Los verdaderos antepasados de Newton, si alguno quiere conocerlos, han sido Pitágoras, Arquímedes, Copérnico, Kepler, Galileo y Descartes. Nadie puede imaginar que su cuerpo ha salido de la misma familia, materialmente discurrendo, de estos grandes hombres, sus predecesores en la ciencia y en el género.

Y lo mismo puede decirse de todos los hombres que se han distinguido en la esfera de la inteligencia, en todos los ramos del saber humano.

El alcalde de casa y corte, en tiempos del Gobierno absoluto de Fernando VII, padre de nuestro antiguo amigo el eminente poeta Zorrilla, ¿comunicó a éste alguna chispa de su gran inspiración poética? El padre del poeta inmortal del siglo XIX, Víctor Hugo, general del primer imperio, ¿podía dar a su hijo el número creador, el fuego sacro de la poesía?

¿Los padres de Martos, Lopez, Castelar, Olóza, O'Connell, Rivero, Gladstone, Gambetta, transmitieron a sus ilustres hijos la voz de la elocuencia? ¿Los que dieron el ser a Regard Quinet, Renan, Stuar Mill, Bacon, Hegel, Kraus, Salmeron, Alonso, Pí Margall, Sanz de Rio recibieron de los autores de su existencia su espíritu filosófico? No: les han debido su extracto de nacimiento, la virtud de la sangre; pero no han recogido de la sucesión humana la herencia de la sabiduría.

El hijo del jurisconsulto Alighiero Degli Elisei y de doña Bella, ha hecho el nombre de Dante inmortal: ¿quién ha oído hablar nunca de seis hijos que le dió donna Gemma Donati?

Chateaubriand se ha divertido en investigar dónde había ido a parar la sangre de Milton. Déborah, una de sus hijas, tuvo un hijo nombrado Caleb Clarke. Este nieto de Milton era conserje ó sacristán de una parroquia de Madras, en los primeros años del siglo XVIII.

Mozart tuvo una hermana que le sobrevivió cuarenta años. Como mujer de buen sentido, ella no llamó nunca a Mozart sino su hermano, *según la carne*.

Boileau era el undécimo hijo de Gilles Boileau, notario del Consejo de la Gran Cámara. Su padre decía de él en su infancia: «Es un buen muchacho.» Sin este buen muchacho, ¿quién recordaría que

Gittes Boileau vivía en 1635, y que su mujer le había dado otros diez hijos?

El hombre que nace no recibe de sus padres más que la organización física: Dios solo sabe de dónde viene su persona, y cuál va a ser su destino. Esta persona es responsable solamente de sus actos. No hay ninguna reversibilidad moral de los actos de los antepasados a los sucesores. Estos, no son herederos de sus vicios ni de sus virtudes. No les deben más que su introducción en la vida. Ha caído el telón, para no levantarse más, en el teatro de la vida, sobre el papel que han representado nuestros predecesores, cualquiera que haya sido en la comedia ó en el drama del mundo.

¿Después de las enseñanzas de la filosofía, después de Descartes, Newton, Buffon y Cuvier, hay gentes todavía que nos hablen de sus antepasados, de los antepasados de éste ó de aquél, de las razas aristocráticas, de las razas reales, perpetuándose por la trasmisión de la sangre?

Los reyes de derecho divino, en la moderna Europa, están sepultados en el panteón de la historia; á excepción del autócrata del Norte, cuya vida, constantemente amenazada, patentiza que muchos rusos no creen en la divinidad de su sangre.

El sollozo trágico de la historia, las terribles maldiciones de las generaciones oprimidas, turban todavía el sueño eterno de los tiranos, encerrados en sus lechos de piedra: el pueblo, sie apre torturado, execra la memoria de las majestades de inmensas púrpuras, que han convertido los suplicios de los más grandes ciudadanos, amantes de la libertad, en saturnales del despotismo, coronando sus frentes con la diadema del crimen, y sumergiendo sus piés en torrentes de sangre humana.

Los artesanos de Alejandro pretendieron también procrear séres superiores, como ellos imaginaban ser, y perpetuar en el seno de la especie humana una raza superior á todos los otros individuos de esta especie.

Peró había en la corte de Alejandro un observador extraordinario de los dos mundos, fisiológico y psicológico, que describió casi todas las leyes de nuestra doble naturaleza, con la penetración profunda de su maravilloso genio. Aristóteles, en una de sus obras, exponiendo las leyes según las cuales los Estados nacen, se engrandecen, se transforman y mueren, refutó el error de historia natural, que encontró en su camino, cuando la Elena de Teodecto decía: Nacida de la raza de los dioses etcétera. «Error es, escribió en su *Política*, creer que de padres distinguidos salen hijos distinguidos, lo mismo que un hombre produce un hombre y que un animal produce un animal, pero con mucha frecuencia la naturaleza no puede hacer lo que quiere.» La naturaleza no ha cambiado de leyes, durante los siglos que han trascurrido después de Aristóteles, como no había cambiado durante los siglos anteriores que el escritor filósofo conocía. Desde entonces los patricios no han engendrado necesariamente patricios, los reyes, reyes, y los proletarios, proletarios lo mismo que antes, porque la sangre no trasmite más que la organización física que contiene en germen, y que sale en el trabajo de la generación, como el pollo sale del huevo y la planta de la semilla.

El individuo, de cualquiera familia nacido, no repite el individuo que le ha engendrado, sino solamente la raza y la especie á las que su predecesor pertenece y del que es á la vez un representante nuevo.

Pintores, poetas, artesanos, sabios, príncipes, no continúan á sus padres, si sólo la especie cuyo tipo se multiplica en ellos, es decir, el hombre. Si nos remontamos á los orígenes de la historia, por esta preocupación de ser transmitida por la sangre la virtud régia, es incalculable el número de imbéciles ó de monstruos que han ocupado los tronos y desolado á los pueblos.

¿Cuántos Nerones por unos cuantos Antoninos! Preguntemos á Tácito, á Juvenal y á antiguos y modernos poetas, filósofos é historiadores.

Neron matando á su madre y haciendo morir á Séneca su preceptor.

Justiniano sacando los ojos á Belisario, como más tarde Alfonso, llamado el Casto, mandó dejar ciego al conde Sancho Saldaña, por haberse atrevido á amar á la hermana del rey. Alejandro exponiendo á la Cistenes á los leones, Sapor cubriendo de sal una mujer desollada, Constantino Cavallino, hacinando sobre el pavimento á los piés de su caballo montones de ojos saltados, Enrique XIII destruyendo á Tomás Moro, y registrando todos los días á estocadas su lecho. Los Trastamaras acechándose sin cesar y cada uno echa mano á su puñal al ver á su hermano.

Enrique III fué un imbécil, Enrique IV tan débil, que, destronado por los grandes en Avila en efigie, vió destronada después á la que llamaba su hija, y los grandes rebeldes la acusaron de ser fruto de los amores de la reina con D. Beltran de la Cueva.

Un czar mata á su hijo, otro mata á su padre, Trastámara mató á su hermano, D. Miguel hizo la guerra en Portugal á su hermano D. Pedro, y á su sobrina, como D. Carlos hizo la guerra á Fernando su hermano también, y á su sobrina Isabel, luego reina de España.

La conciencia humana se extremece indignada al leer los anales sangrientos de los reyes de derecho divino, y el pensador, testigo sombrío de sus torpes liviandades y enormes crímenes, vé poseído de profunda tristeza que vague miles de siglos

la caravana humana por el espantoso desierto, devorados por fieras coronadas, cuyos aterradores rugidos hielan aun la sangre en las venas de los míseros moradores del Africa y del Asia.

El hombre sufre del Tíber á las Amazonas, del Ganges al Rhin en lúgubre noche.

¿Cuándo lucirá la aurora de la espléndida libertad que desvanezca las nubes sombrías é ilumine los tenebrosos horizontes?

La noche es la ignorancia, la luz es la instrucción, la conciencia del derecho y del deber.

Peró los déspotas quieren mantener á los pueblos abismados en esa noche para que no se reconozcan en las tinieblas, y esclavos de sus caprichos é instrumentos automáticos de su voluntad, disponen de sus brazos armados del fusil, de la lanza, del yatagan, de la cimitarra, para asestar el arma mortífera contra el pecho de sus hermanos y levantar un trono sobre montones de cadáveres.

Y los cadáveres son de la misma madera que sus tronos y amasados con la misma sangre humana.

Reyes de derecho divino, ceded el paso al derecho humano.

Esta es la ley lógica, inexorable de la historia. En América como en Asia, en Europa como en Africa, la solidaridad de los pueblos es la ley universal, consagrada por la ley del que murió en el Calvario.

EUSEBIO ASQUERINO.

EL MATERIALISMO MODERNO.

I

Las escuelas materialistas se ufanan hoy de sus triunfos y suplen con su audacia y con su pretenciosa fraseología la falta de novedad y de ningún valor de sus científicos fundamentos. Convergamos en que por más que se ufane el materialismo, no es otra cosa que un viejo gomoso, aficionado á los cosméticos y á los afeites con que cubre ó disimula sus arrugas y sus años. Eso, no obstante, invade hoy el terreno de las ciencias y amenaza apoderarse de la sociedad. ¿Cómo se explica este fenómeno? Entre otras muchas causas, que sería prolijo examinar, hay esta que se comprenderá sin ningún esfuerzo. El materialismo *corta* y no se pára á *desatar*. Y en las ciencias, como en la vida social, los Alejandros tienen siempre semi asegurado el triunfo, y llevan por de pronto inmensas ventajas á los Sócrates y á los Pitágoras. El mundo gusta de que le den las cosas hechas; y cuando no se pueden *desatar* los nudos, no le desagrada el que se *corten*; ó por lo ménos, se deja llevar de la audacia del que los corta.

Desde el momento que hubo desenfado para afirmar magistralmente que *la materia es eterna y que tiene en sí misma el movimiento, la fuerza y la ley de sus evoluciones y transformaciones...* ¿á qué quebrarse ya la cabeza en investigar los orígenes del hombre y de las cosas? ¿A qué entrar en costosas elucubraciones acerca del ser y del no ser, de la sustancia y de la forma, de lo subjetivo y de lo objetivo, de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma? No es incomparablemente más fácil y más *cortante* afirmar con los más francos y no ménos pretenciosos sectarios de la escuela, (1) que *Dios es una hipótesis supérflua y el alma otra hipótesis gratuita?*

Esto no será enaltecedor del hombre ni consolador siquiera; pero es sencillo y verdaderamente *tranchant*. Los que eso dicen afirman, además, que es grandemente científico y racional. ¿Se necesita, acaso, más para que lo acepten con gusto todos aquellos á quienes la doctrina da libre campo á los desfuegos de su autoeracia individual y egoista? ¿Qué van perdiendo? La sombra de Dios; pero de paso pierden el temor de su justicia y el asco á la inflexibilidad de su ley. Perder el alma, no es para ellos perder gran cosa, si en cambio se ven libres de los remordimientos de la conciencia. Y, aparte de eso, ¿quién no desea ser contado en el número de los sabios, ó por lo ménos, en el de los espíritus fuertes á tan poca costa?

¿Pretendéis oficiar, aunque sea de pontifical, en el Templo de Esculapio? Pues el materialismo os abre campo y os muestra camino fíel y espedito. El flogístico inmortalizó á *Broussais*—(ubi stimulus ibi affluxus): el contra-estímulo á *Rasori*: las impurezas de la mala digestión á *Le Roi*: las ascárides á *Raspail*. Verdad es que todo eso pasó sin dejar más huella que la de la estadística mortuoria. Pero no creáis que pasó para dar lugar al exámen detenido y costoso de los misterios de la vitalidad, ni para desentrañar los arcanos que encierran los múltiples y variados fenómenos de la salud y de la enfermedad, sus causas nunca bien exploradas, sus procesos sorprendentes y sus misteriosas crisis: ha sido para reincidir en el atomismo, enemigo de misterios y de metafísicas elucubraciones. ¿A qué bueno, cuando todo se puede explicar, según los unos, por medio del parasitismo, y según otros, por la nutrición ó desnutrición de la célula?

¿Preferís visitar los altares de Astrea y de Themis? Pues hé aquí el substractum de la doctrina positivista que allí domina: hé aquí el criterio con que allí se resuelven todos los problemas de la ciencia en las esferas del derecho y de la economía: la ley que rige al mundo es *la aritmética*; y el principio cardinal que todo lo entraña y que lo explica todo es *la cantidad*.

La cuestión es importante y debemos estudiarla en su origen y en sus fundamentos.†

Nosotros creemos que nada de cuanto al hombre atañe, que nada de aquello de que forma parte, que nada de cuanto hace ó cuanto sufre, que nada de aquello de que es objeto, ó miembro,—familia, pueblo, sociedad, estado, así como ni

(1) Esta escuela materialista es la *médica*, cuyas doctrinas ha expuesto con tanta claridad el doctor Alvarez Perla en el *Criterio Médico*. («Estudios de filosofía médica» 1867.

libertad, ni autoridad, ni derecho, ni fuerza, ni moral, ni religión—nada puede examinarse y discutirse con probabilidades de acierto, si ante todo, y como base de todo, no se estudia y se conoce á sí mismo: *Nosce ípsium* era ya para la remota antigüedad la máxima del sábio, convertida en oráculo de la Divinidad: máxima que presenta el enigma y entraña la solución.

Pues bien: no conoceremos jamás al hombre si le reducimos á la materia, á ser un compuesto de órganos; como tampoco le conoceremos reduciéndole á ser un puro espíritu.

¿No es más que materia organizada? Pues no se hable entonces de libertad, ni de responsabilidad, ni de recompensa, ni de castigo, ni de buenas ni de malas acciones, ni de vicio ni de virtud; y por consiguiente, ni de moral, ni de derecho. Y esta consecuencia no la sacamos nosotros; la sacó, con su genial franqueza, el mismo Diderot en sus expansiones íntimas.

«Miradlo con atención, dice, y vereis que el nombre de libertad es una palabra vacía de sentido: que no hay ni puede haber *sér alguno libre*: que nosotros no somos más que lo que exige que seamos el orden general, la organización, la educación y el enlace y série de los sucesos.»—Si no hay libertad, dice, con ese motivo un escritor de nuestros días, no hay acciones premiadas ni penales: y en efecto, Diderot lo declara también lisa y sencillamente: *No hay vicio ni virtud; no hay nada que merezca recompensa ni pena.*»

Bien sabemos, y en consignarlo tenemos verdadero placer, que Diderot era honradísimo, hombre benéfico y lleno de abnegación. Y diremos más: en nuestra vida hemos conocido muchos materialistas virtuosos, y no pocos espiritualistas viciosos é inicuos. Pero no se trata de la conducta, se trata de los principios. La conducta honrada y virtuosa de un materialista no servirá más que para deponer contra sus principios; porque estos conducen lógicamente, rigurosamente, necesariamente á la negación de la libertad, y por consiguiente, de la virtud y del vicio, de la moral y del derecho.

Y que no se diga que la llamada moderna ciencia de que con el nombre de positivismo son en Francia órganos y sacerdotes los Comte y los Littré, y en Alemania, con otros nombres, lo son los Schopenhauer y los Hartmann, los Waitz, y los Fechner, los von Helwald y los Wundt, ha encontrado el medio de fundamentar la moral, sin comulgar en el Espíritu: no se diga que hay una moral independiente del espiritualismo y del materialismo y del escepticismo; porque no es verdad. Porque el fundamento, porque la condición ineludible de toda moral es la libertad: y la libertad es inconciliable con la materia.

El materialismo de los Diderot, ni más ni menos que el positivismo de los Littré, y que el naturalismo de Hubner y los Fechner, habrán podido sospechar, habrán llegado á atribuir á la materia la inteligencia ó el pensamiento; á lo que no llegan, á lo que no pueden llegar, es á decir que la materia es libre. Pero nos engañamos: hasta eso ha llegado el pesimismo de Schopenhauer. Este moderno Epicuro con ribetes de Diógenes, ha querido dar al materialismo de la sensación el ropaje metafísico de Kant, y ha robado ó plagiado, para aplicarla á la materia, la fórmula sacramental y como axiomática del espiritualismo: sin advertir que repugna al simple buen sentido el dar voluntad á la materia, como si la materia y voluntad no fueran términos antitéticos.

En efecto, la voluntad es todo y lo explica todo en el hombre: ¡pero en las cosas!.. Las cosas, las materias, el mundo físico, bien lejos de mandar obedeciendo ciega, indeclinablemente, al orden universal y eterno, al *fatum* que decían los antiguos, á la *necesidad*, que decían los estoicos. ¡Voluntad en las cosas! ¿Dónde? ¿Cómo? La experiencia y la razón nos enseñan lo contrario. Pero no nos cansemos: ¿qué voluntad es la que Schopenhauer atribuye á las cosas? «La voluntad de vivir;» es decir, el *fatum* mismo, la propia *necesidad*, el orden invariable, la indeclinable ley de la materia. Con otros términos, lo propio que han dicho todos los materialistas antiguos y modernos.

Porque es digno de observar este fenómeno: las teorías, las hipótesis, y los sistemas sobre la naturaleza de las cosas y del hombre, se vienen reproduciendo en una especie de círculo sin salida, desde las más remotas antigüedades. La vanidad científica, el orgullo humano, se forjan todos los días la ilusión de que han salido de aquel círculo y han emancipado la inteligencia, y han encontrado la panacea, los nuevos moldes de la ciencia, y hasta que han resuelto el problema de la esfinge. ¡Vana ilusión! A pesar de que la voracidad del tiempo ha tragado la mayor parte de los originales, la investigación y el ímprobo trabajo han logrado, mal que bien, rehacer una especie de *fac-simile*, una superficial historia de las lubricaciones filosóficas de los griegos: ¡precioso tesoro, sin embargo! ¿Y qué resulta de él, bien consultado? En el fondo, la demostración de aquella máxima del sábio: *«nil novum sub sole.»*

La escuela atomista nos dió ya allí, no sólo el fondo de todas las doctrinas materialistas, sino los tipos de sus variedades modernas. No sería ningún imposible mostrar su genealogía al mismo Schopenhauer, que se jacta de originalidad, y se atribuye el título de inventor; no sería, decimos, ni difícil siquiera mostrarle en Empedocles su propio sistema. Las formas, el método, las demostraciones pueden variar, y en efecto, han variado: hay más copia de datos, más experiencia, más hechos: y en este concepto se sabe hoy, y se dice más que supieron y pudieron decir los antiguos; pero el cálculo de las hipótesis y casi de los sistemas, para explicar la naturaleza de las cosas y del hombre, lo dejaron recorrido.

¿Qué nos puede enseñar el moderno *naturalismo*, si se exceptúan sus fórmulas y sus experimentos *in anima vili*, que sustancialmente no hubiera enseñado Lucrecio, y antes que él hubieran ya dicho Lenuyo y Demócrito, Anaxágoras y Epicuro? ¿La *lucha por la vida* y la *adaptación*, la *selección* y la *evolución*? Pues todo eso son fórmulas: todo eso en otros términos está dicho, ó por lo menos está contenido en la teoría atomística. No nos sería difícil demostrarlo: pero no es este por ahora nuestro intento, ni lo exige el asunto que ventilamos.

II

Las modernas escuelas materialistas no niegan ya, ni

afirman el espíritu: lo que hacen es sujetarle á la inexorable cadena del *fatum*; y á título de fundamentar la unidad—el *Monismo*, como dicen los nuevos peripatéticos—equiparar el hombre al bruto, y envolverle en la propia *necesidad* que domina la vida de la planta y la composición y descomposición de la roca.

Digase lo que se quiera, la antropología no puede llegar á soluciones dignas de aprecio sin el auxilio de la metafísica, de la verdadera filosofía; y la ciencia, como quiera que se la denomine, no se constituye con fórmulas, con una tecnología más ó menos apropiada al asunto, no: los antiguos carecían de todo eso y plantearon, sin embargo, todas las cuestiones, recorrieron el ciclo de todas las hipótesis sobre el hombre y la naturaleza de las cosas, y dieron soluciones más ó menos acertadas.

El *noumenon* y la *cosa en sí*, la experiencia *externa* y la *interna*, lo *subjetivo* y lo *objetivo*... ¿qué otra cosa son más que la materia y el espíritu, el mundo físico y el mundo moral, lo de fuera y lo de dentro del hombre? ¿Existen analogías entre esos dos mundos? ¿Qué duda tiene!... ¿Es que hay identidad? La conciencia, la razón, el sentimiento universal, la experiencia y la observación mismas dicen de consuno que no. ¿Es que aquel dualismo rompe la *unidad*, principio cardinal, condición ineludible de la ciencia y sello majestuoso y sublime del Universo? De modo ninguno. Aquel dualismo se resuelve en la más perfecta *unidad* que puede concebir la inteligencia humana. Ya lo dijo Platon: «en el hombre, como en el Universo, se encuentra *lo uno y lo múltiple.*» Y es más: no habría unidad sin multiplicidad. Todos los dualismos del mundo físico y del mundo moral se resuelven en unidades. En medio de la más prodigiosa variedad todo converge á la unidad.

La filosofía, de acuerdo con esto con la religión, ha dicho ya que la unidad está en Dios y que Dios está en todas partes: es decir, Dios, sin ser el universo, está en el universo. El error de Spinoza, con el que se rozan los materialistas está en no distinguir lo finito de lo infinito, lo contingente de lo absoluto, al confundir en una sola idea la del universo y la de Dios. Este es lo infinito y lo absoluto; en aquél se concibe lo limitado y lo contingente. ¿Dejará por eso de haber *unidad* entre el pensamiento del artífice y la obra producto de ese pensamiento? En la obra está ese pensamiento y en ese pensamiento el artífice. Advértase que se trata de un artífice que es fuente de vida, de amor y de luz; y que en todas sus obras palpitan la vida, el amor y la luz.

Fiel remedo de esa hipótesis es el hombre. Presidiendo á lo finito, á lo contingente, á lo limitado de la materia, está en él algo de lo infinito y de lo absoluto, el espíritu, el alma, algo parecido al pensamiento del artífice entera en su obra. La unidad es perfecta, es visible: deponen de ella el testimonio irrecusable de la conciencia. Pero el dualismo no es menos evidente, no es menos manifiesto: deponen de él la vida entera del hombre, la vida entera de la humanidad: deponen de consuno la razón y los hechos.

El espíritu, alma del universo, es también alma en el hombre: y el espíritu se revela en la voluntad; pero no la voluntad de Schopenhauer, esclava del *fatum*, no la voluntad *de vivir*, sino la voluntad libre, la voluntad que dirige y que ordena, y que, previo juicio, elige y resuelve. «Una voluntad suprema rige al universo, decía Rousseau; y ha dicho en todos tiempos la conciencia universal. Una voluntad rige y dirige también al hombre.»

(Hacer derivar al hombre del mono, y á éste de los *antropoides*, como hacen Hæckel y los darwinistas, nos parece no sólo absurdo, sino soberanamente ridículo, como no sea en el sentido de que el hombre es también materia, es un organismo: ¡oh! sí; pero un organismo presidido por el espíritu y al servicio del espíritu. ¿Quién lo demuestra? La libertad. ¿Es que no hay tal libertad en el hombre, como decía Diderot, y como es preciso que digan los materialistas de todas las escuelas? Pues entonces es un nombre vano la virtud. Y no esto solo: es imposible la moral: imposible el derecho: la sociedad es una fantasmagoría, ó una imposición artificiosa de la fuerza. Pero, ¡ah! Para que la fuerza misma produjera esos resultados... ¡qué de espíritu no habría sido necesario!.. Vuestros mismos espirituales esfuerzos, filósofos endiosados de la materia, vuestros ímprobos trabajos, vuestras gigantescas obras de observación y de análisis, para rebajar el hombre á la condición del bruto... prueban por sí solos que hay algo en el hombre independiente de la materia, algo que preside, dirige y manda al organismo.

Solamente el espíritu explica la verdadera voluntad; y solo esa voluntad explica el portentoso vuelo del espíritu. Examinar atentamente lo creado, y penetrar en los secretos de la creación: remontarse á los inmensurables espacios y arrebatarse al fuego del Cielo, como Prometheo, es decir, el secreto de las leyes que rigen los movimientos de los astros, en prodigiosa armonía y dependencia, y en proporción de sus masas y distancias, como Kepler: profundizar en las entrañas de la tierra, descubrir y patentizar allí la historia de sus catástrofes y transformaciones: sorprender los misteriosos arcanos que encierra la naturaleza, para utilizar sus elementos y disponer de sus fuerzas... obra es solo de un poder que tiene conciencia de sí mismo, que examina, que indaga, que compara, que elige, que resuelve; y ese poder no está en la materia.

III

«Fuerza y Materia,» nos han dicho Moleschott y Büchner, como última palabra de lo que se llama ciencia experimental;—que según ellos es toda la ciencia.—Fuerza y materia son inseparables, son eternas, son infinitas; y sus evoluciones y transformaciones, efecto de su propia actividad, son todo y lo explican todo.

Con la autoridad de Newton, de D'Alembert y de Laplace, ha demostrado recientemente un distinguido profesor de filosofía (1) que una de las propiedades de la materia es la *inercia*, ó sea la disposición á permanecer en estado de reposo, ó de movimiento, una vez que éste se le ha impreso y que no encuentra resistencias. «Sin duda, dice Janet, que no sería legítimo suponer á la materia naturalmente en reposo;

pero por la misma razón, tampoco se la puede suponer naturalmente en movimiento, puesto que es indiferente al uno ó al otro. Y toda vez que la materia se mueve, para explicar el movimiento se necesita acudir á una *razón suficiente*: y como dada aquella propiedad, esa razón no está en la materia misma, preciso es buscarla fuera de ella.»

Y Janet va más lejos que Rousseau. Del principio de la *inercia* deduce rigurosamente que la materia es una sustancia *dependiente y derivada*. «Supongamos, dice, que la materia exista por sí misma: ¿no es evidente que tendría que existir ó en estado de *reposo* ó en estado de *movimiento*? Dado el principio de la *inercia*, ninguno de los dos estados *la es esencial*, porque si alguno de los dos lo fuera, *no sería indiferente á él*; mostraría propensión al constitutivo y esencial; pero los fenómenos, es decir, la experiencia, demuestran lo contrario: un cuerpo en reposo no hace esfuerzo ninguno por salir de tal estado: para salir necesita ser solicitado por una fuerza externa... Y no llevando en sí misma la razón para escoger entre los dos estados, la materia *no sería*; y si es, si existe, ha de ser por una fuerza distinta de ella misma.»

Decir que á pesar de la *inercia* hay en la materia tendencia al movimiento es enteramente gratuito, como ha demostrado Euler. A más de que la experiencia demuestra, que un cuerpo en reposo no hace esfuerzo alguno para salir de él. Los cuerpos tienen capacidad para ser movidos y para transmitir el movimiento que se les imprime; para nada más. ¿Y eso á qué conduce? A la necesidad de un primer motor.

Contra este argumento acuden los materialistas,—ya lo hizo Diderot,—á la gravitación, á la afinidad, á la cohesión. «La *inercia*, han dicho, es una *abstracción*: la materia no es una masa bruta, está perpetuamente en acción: hay en ella una tendencia á obrar: la molécula, dotada de una cualidad propia de su naturaleza, es por sí misma una fuerza activa, la cual ejerce sobre otra molécula, que á su vez la ejerce sobre la primera.»

Pero á esa objeción ha contestado Janet, demostrando, primero; que la *inercia* no es una *abstracción*, sino un hecho real y universal, de ninguna manera invalidado ni destruido por la *atracción*: segundo; que la *atracción* considerada como una fuerza esencial é inherente á la materia, es una pura hipótesis, que frecuentemente se ha intentado relacionar con las leyes generales del movimiento: y tercero; que aun admitiéndola como una propiedad efectiva de la materia no destruiría su carácter de contingencia.

Si el principio de la *inercia* necesitase demostración matemática, se la daría cabalmente la *atracción*. Laplace lo ha dicho: «La *inercia* de la materia es notable principalmente en los movimientos celestes, que después de un gran número de siglos, no han experimentado alteraciones sensibles.» En efecto, dice Janet, sólo suponiendo la incapacidad radical de moverse asimismo un cuerpo, es como se pueden determinar exactamente las consecuencias de una *atracción* recíproca. Y cita en comprobación el pronóstico de Le Verrier, hecho á virtud de las perturbaciones observadas en los movimientos del planeta Urano.

Cita asimismo las palabras del mismo Newton, protestando con la suposición de Epicuro acerca de la gravedad innata de la materia. «La suposición de una gravedad innata, decía el sábio Newton, inherente y esencial á la materia, y de tal suerte que un cuerpo pudiera obrar sobre otro á distancia y á través del vacío, sin intermediario alguno que propague de uno á otro la fuerza y acción recíproca, esta suposición, digo, es para mí un absurdo tan grande, que no creo que un hombre, que posea una facultad ordinaria para meditar sobre objetos físicos, pueda admitirla jamás. La gravedad debe ser causada por un agente que obre constantemente, según ciertas leyes, pero de la decisión de mis lectores la cuestión de saber si ese agente es material ó imaterial.»

Invoca después Janet las opiniones de Euler, de Maupertuis, de Varignon, de Duillier, de Lesage, de Biot y del mismo Arago en favor de la explicación mecánica de la *atracción*, sostenida por Descartes y su escuela; y añade, que la ciencia moderna entra cada día más por esa vía, esforzándose por reducir todas las propiedades de la materia á la extensión y al movimiento. ¿Qué prueba más notable de ello que la teoría mecánica del calor, la teoría vibratoria de la luz, y en química las teorías del *isomerismo*, de la *dosimetría* molecular y otras por este orden? El reciente descubrimiento de Crookes, á que ha dado el nombre de *materia radiante*, ¿no viene también á confirmar aquella opinión? «Cuando se piensa, decía ya Janet, en la importancia cada vez más grande que en la física moderna adquiere la hipótesis del *éter*, que no parece diferenciarse gran cosa de la materia sutil de Descartes, ocurre preguntarse: ¿por qué el *éter*, causa de la luz, del calor y de la electricidad, no había de serlo también de la *atracción*?»

Dada esa explicación, los movimientos de aquella se demostrarían perfectamente por las leyes generales de la materia: y como entre ellas se cuenta la de la *inercia*, no es posible que la de *atracción* sea opuesta á ella: no es tampoco posible considerar á aquellos como una *abstracción* y á ésta como una propiedad inherente y esencial, y únicamente real de la materia: al contrario, la *inercia* será la propiedad esencial, mientras que la *atracción*, considerada como causa real, se desvanece ante la ciencia y queda en el número de las propiedades ya conocidas.

Queda por decir, porque esto ya lo dijo Leibnitz, que la *inercia* no es la inactividad de la materia: *«ser y actuar,»* decía el gran filósofo, son una misma cosa: *quod non agit non existit*. Mas de que una sustancia sea esencialmente activa, no se sigue que esté dotada de movimiento espontáneo: este es un modo de movimiento, pero no el único. La resistencia, por ejemplo, ó la impenetrabilidad, sin ser movimientos, son una actividad en cierto modo. Es, por lo tanto, un error el creer que la teoría de una materia activa hace innecesaria una causa primera de movimiento. Aunque éste fuera esencial á la materia, quedaría siempre por explicar, el por qué no ha entrado jamás *espontáneamente* en movimiento porción alguna de materia.»

Pero hay más: aun suponiendo que fuese la *atracción* primera é irreductible propiedad de la materia, sería imposible prescindir de la necesidad de un primer motor. Un cuerpo

(1) Paul Janet—El materialismo contemporáneo.

solo, en medio del espacio, permanecería en reposo. Para que la atracción tenga lugar son necesarios dos cuerpos, ó díjase dos moléculas: entonces, y sólo entonces, se sirven una á otra como de causa de movimiento. «Y considerando, dice Janet, el Universo entero como un conjunto de moléculas que se mueven por atracción, estas atracciones recíprocas parecen concentrar en el universo mismo la causa del movimiento. Todos los movimientos se coordinan de ese modo á un principio central, y en lugar de representarse el universo como una cadena sin principio ni fin, habrá que considerarle, según la antigua imagen de Empedocles, reproducida por Pascal con aplicación á Dios, como un círculo infinito, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Pero, ¿qué consecuencia se desprende de esa hipótesis? Que la materia no es una cosa absoluta, sino relativa, que no tiene en sí misma su razón de existencia. Cada molécula, en efecto, está ligada á las demás moléculas del universo, todas las cuales están ligadas mutuamente unas á otras por atracciones recíprocas: por manera, que cada una de ellas, tomada á parte, no tiene en sí misma la razón de su determinación, ó sea de sus movimientos. No se puede, pues, decir de cada molécula en particular, que sea una cosa absoluta que se basta á sí misma, porque en este caso debería tener en sí, y sólo en sí, la razón de su movimiento. Y esto que es verdadero de una molécula, lo es de todas: una suma de cosas relativas no puede formar un todo absoluto.»

Si se me dice, añade Janet, que la molécula misma no es el último elemento de la materia: que más allá de la molécula hay alguna cosa, y que esa cosa es lo absoluto, contestaré, que es muy posible; pero esto no es lo que yo disputo en este momento; entonces se sale de lo que se llama materialismo para entrar en otra hipótesis, que no es de la que aquí se trata. La molécula es la última representación posible ó imaginable de la materia: si más allá hay otra cosa, no será la materia, sino un principio que sólo es concebible por el espíritu, y que se llamará *idea, sustancia, fuerza*, ó como se quiera, pero nunca materia. En lo que yo llamo un cuerpo, puedo muy bien resolver unas cualidades en otras, es cierto; las cualidades segundas en las cualidades primeras: el olor, el color, el sabor en la figura y el movimiento; pero ínterin quede alguna cosa de lo que yo he percibido, aquello será siempre un cuerpo; y cuando digo que todo cuerpo es materia, entiendo que se refiere enteramente á elementos más ó menos semejantes á los que perciben mis sentidos. Pero si en mi percepción sensible es *todo fenomenal y aparente, si el fondo de la cosa sensible es absolutamente distinto de la cosa misma*, entonces digo que esta cosa sensible que se llama materia, no es más que un relativo, que se refiere á un principio superior, cuya potencia y elevación no me es dado medir con los sentidos. La materia se desvanece, pues, en un principio superior á ella misma, y el materialismo abdica en el idealismo. En un sistema en que hubiera que confesar que la materia se refiere á un principio absolutamente desconocido, las pretensiones del materialismo quedarían reducidas á decir: «yo no sé cuál es el principio de las cosas.» Pues bien: á eso se reduce el *incognoscible* de Herbert Spencer, lo *inconsciente en la ciencia* de Hartmann, y el *dinamismo* de Von-Helwald, últimas palabras del materialismo contemporáneo.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

REFORMAS EN FILIPINAS.

Urge hacerlas en aquellas hermosas y mal apreciadas provincias. Los sucesos, frescos aun, de la Isla de Cuba, dicen claramente que el Gobierno de Madrid, ménos receloso y más expansivo, debe consagrar preferente atención á los grandes intereses que, como reliquia de nuestro pasado poderoso colonial imperio, tiene España en los remotos mares de Oceanía. Es necesario abandonar el empirismo de una rutina inexcusable, propio de antiguos tiempos, cuando los progresos sociales y políticos estaban como en elaboración, y aceptar los adelantos del día y las exigencias del presente. No debemos olvidar ni por un momento que los pueblos han progresado, y que este progreso, en unas partes más perentorio que en otras, demanda consiguientemente una mayor suma de atenciones políticas y administrativas, otra manera de ser y de vivir, procedimientos distintos de desarrollo y manifestación.

Sólo desconociendo la importancia principalísima del Archipiélago de Magallanes y Legaspi, puede admitirse sin protesta la idea peligrosa y suicida del *statu quo* en aquel emporio de riqueza, no en balde llamado la Perla de Oceanía. Por su situación en regiones tan apartadas de la Europa, por su vecindad con otras colonias de valía incuestionable, por sus estrechas relaciones comerciales con China y el Japon, por sus productos tan varios como abundantes y codiciados, por el número de sus naturales, por la extensión de su territorio, por todo, en suma, las islas Filipinas, hasta hoy poco ménos que olvidadas por los Gobiernos de la Metrópoli, exigen de nosotros cuidados más constantes, atenciones más preferentes, solicitud y celo que no desmayen ante las débiles razones de los que viven enamorados de la rutina, sino que se fortalezcan y vigoricen en una lucha moderada, pero enérgica, que concluya con las añejas tradiciones de la política suspicaz, tímida, ignorante, que mantiene tan rica parte del mundo casi en el mismo estado de incultura que cuando allí por primera vez plantó Legaspi el glorioso estandarte de Castilla.

No vamos á pedir imposibles; no hemos de querer de una vez lo que debe ser obra lenta y laboriosa del tiempo. Nos limitaremos á demostrar por qué sencillos procedimientos administrativos, —ni siquiera nos atrevemos á llamarlos políti-

cos,—pueden realizarse algunas reformas que de consuno reclaman el bien de los naturales de Filipinas y nuestro propio egoísmo de Metrópoli. No pecaremos de indiscretos. Lo hemos probado en las páginas de nuestra obra *Recuerdos de Filipinas*. Nuestros ideales políticos para la gobernación de la Península, de modo alguno pretendemos llevarlos de un golpe á la gobernación de aquella provincia ultramarina. Desatino semejante no cabe en los que, como nosotros, han estado allí y conocen cuáles son las condiciones especialísimas del país. En mucho tiempo todavía Filipinas no puede aspirar á la plenitud de la libertad. Empero si esto pertenece á la categoría de las quimeras, cierta clase de reformas administrativas son tan indispensables, que nosotros no vacilamos en relacionarlas íntimamente con la paz y la conservación de aquel territorio.

No se nos arguya que la paz y la conservación de las islas Filipinas estriban en la tradicional política española en Indias. No: esto es un sofisma que no podemos, que no debemos admitir como una respuesta. Ni siquiera equivale á una disculpa. Volvamos los ojos al pasado, escudriñemos las causas de la pérdida de otras colonias, fijemos nuestra mirada en Cuba, y esa tradicional política española invocada como panacea para Filipinas, un pueblo como los demás, no puede haber caído en más tremendo y doloroso desprestigio. Es preciso que seamos más cautos, ménos confiados. Harto pagamos las genialidades de nuestro carácter y las torpezas de nuestra política para que, tenaces é incorregibles, no escarmentemos en las duras lecciones de nuestra propia historia. Pasó la época en que lo hacíamos todo en nombre de Dios y de la fuerza; los tiempos en que regíamos los destinos de las colonias encarnando en un gobernador el *summum* de la autoridad y, por consiguiente, el abuso, también han pasado. Estamos en plena civilización, somos hijos del progreso. Es menester gobernar en nombre de la razón, del derecho y de la ley.

..

Demostremos primeramente la importancia real de Filipinas. Despues, y como lógica consecuencia, indicaremos las reformas que estimamos necesarias en su actual menguada administración.

Componen el Archipiélago filipino unas 1.200 islas, siendo las principales las de Luzon, Visayas y Panay. Tiene la primera 4.484 leguas cuadradas, las segundas 1.262 y la tercera 347. La de Mindanao, donde solo poseemos las costas, comprende una extensión de 3.200 leguas cuadradas, siendo una décima parte escasamente la que ocupan nuestras provincias. La isla de Mindoro, que sigue en categoría á la de Luzon y Mindanao, es una de las principales de Filipinas, pues su costa tiene unas 120 leguas de desarrollo. Como se vé, solo la isla de Luzon aventaja á la de Cuba, cuya superficie total no excede de 4.000 leguas cuadradas.

Los puertos de Filipinas son imposibles de enumerar. Recuérdese la extensión del Archipiélago. Los habilitados para el comercio exterior son cuatro, á saber: Manila, Ilo-ilo, Lingayen y Cebú. Este comercio, por grande que fuere, no tiene comparación con el de cabotaje, que hacen los indios y mestizos en pequeñas embarcaciones que llaman *barotos, paraos, bancas y pontines*.

Los rios son infinitos. Cada provincia cuenta lo ménos con dos ó tres, navegables para las embarcaciones de que acabamos de hablar. Las principales están en la isla de Luzon, ascendiendo á 40 los de primer orden. Los rios de Mindanao y Visayas no han sido reconocidos ni descritos por los geógrafos. Tal abundancia de corrientes prueba la fertilidad del país, la inmensa riqueza que sin explotar tiene.

En cuanto al número de habitantes de Filipinas, el último censo, que corresponde al año de 1876, arroja un total de 6.173.632 almas en la forma siguiente:

Indios y mestizos.....	5.501.356
Ordenes religiosas.....	1.186
Clero peninsular.....	29
Clero indígena.....	748
Corporaciones civiles.....	5.552
Españoles sin carácter oficial (peninsulares y filipinos).....	13.265
Chinos.....	30.797
Ingléses.....	176
Alemanes.....	109
Anglo-americanos.....	42
Franceses.....	30
Italianos.....	8
Austro-húngaros.....	7
Belgas.....	5
Daneses.....	1
Ejército.....	14.545
Armada.....	2.924
Indios no sometidos.....	602.853
TOTAL.....	6.173.632

Conviene muy mucho tener presente ambas estadísticas, la de los naturales y la de los europeos, para comprender más adelante, cuando expongamos la manera de armonizar tan grande desequilibrio entre españoles filipinos y españoles peninsulares, la razón de un Gobierno expansivo, ámplio, tolerante y descentralizador que no provoque las iras de los más fuertes, hasta hoy contenidos por la prudencia de los más ilustrados y la pasividad de los más ignorantes. No debemos frustrar la espe-

ranza de aquellos, ni despertar la insolencia de estos.

Los productos principales son el azúcar, el abacá, el café, el cacao, el algodón y el tabaco.

El cultivo del azúcar es el más generalizado en Filipinas, el más adelantado y el que mayor porvenir tiene. Coséchase este rico fruto en casi todas las provincias, singularmente en Isla de Negros, Pampanga, Bulacan, Laguna y Batangas, cuyos naturales, más laboriosos y despiertos que los de otras comarcas, disfrutan los pingües beneficios de esta industria, que, según datos que tenemos á la vista, es un negocio que deja más del 100 por 100.

El abacá es una de las 57 variedades de plátanos que se conocen en el archipiélago. Su tronco contiene muchos y delicados filamentos, tan suaves y finos como el cabello y de una extensión que á las veces pasa de dos varas. Los más sutiles se emplean en el tejido del país llamado *nipis*; y lo son á tal punto, que las indias dedicadas á este trabajo suelen encerrarse para que el aire no rompa las hebras. Los bastos se destinan á la cordelería y jarcia, que se exportan en grandes cantidades para Inglaterra y Estados-Unidos. Como el plátano exige pocas atenciones y se reproduce espontáneamente cuando se le corta la fruta, este comercio es el que más utilidades deja. Se cultiva con grande éxito en los aluviones volcánicos, por lo cual es preferible el de las provincias de Albay y ambos Camarines, Norte y Sur, cosechándose también en cantidad considerable en las Visayas. Según la última balanza mercantil comparada con las anteriores, anualmente se exportan más de cuatro millones de arrobas de abacá.

El café se cultiva principalmente en Batangas, Tayabas, Laguna, Cavite y algunos pueblos de Camarines. El mejor de todos es el que se cosecha en Mindanao, superior al de Moka según muchas opiniones; pero desgraciadamente la indolencia de aquellos naturales es tan profunda y constante, que apenas trabajan lo necesario para cubrir las exigencias de su vida modestísima, por cuyo motivo el café de Mindanao apuradamente es bastante á satisfacer la demanda de los consumidores de Manila, que lo prefieren al Moka. Háse calculado que cada planta de café vale un peso; de modo que, sacrificando dos ó tres mil pesos, en cinco años, no más, se puede hacer un buen café de 50.000 piés que valga un millón.

El cacao se cosecha en todas las provincias de la isla de Luzon, si bien su calidad es inferior al que se cultiva en Cebú, capital de Visayas. El de esta isla es exquisito y muy buscado. Las tierras de aluvion, que tienen mucho fondo y dan árboles corpulentos, son las más á propósito para este cultivo, que exige más trabajo y desembolso que el café. Se calcula en un 60 por 100 la ganancia que deja esta producción; pero como la planta no dá fruto antes de los tres años y los indios no tienen paciencia para esperar, su cultivo se halla casi abandonado.

El del algodón está llamado, sin duda, á adquirir la mayor importancia en Filipinas cuando abunden los agricultores europeos y el Gobierno facilite los medios de obtener brazos seguros para empresas de consideración. Actualmente se cosechan al año unos 60.000 quintales, y no exageramos afirmando que esta cantidad puede centuplicarse tan luego como, perfeccionado el cultivo, se exporte para Europa y América, donde el algodón filipino hará, por su calidad y baratura, una concurrencia temible. Las provincias que producen más son las de Batangas, Ilocos Sur, Ilocos Norte y Cavite. El cultivo del algodón es de todos el ménos costoso. Los chinos prefieren el algodón filipino al de la India, lo cual aseguraría una inmensa exportación si se cultivase en grande escala.

Las provincias tabaqueras son, no obstante las trabas, vejaciones y abusos que trae consigo todo estanco, las más florecientes de Filipinas. ¿Qué sucedería si el tabaco fuese objeto de la libre especulación! Pero sobre este mal, jamás bastante censurado, la Hacienda paga tarde, ó no paga nunca, á los infelices agricultores el precio determinado por el Gobierno. Hay en Manila una casa de banca que ofrece al Estado satisfacer el presupuesto íntegro de las Islas á cambio del cultivo del tabaco, y nuestros Gobiernos, torpes ó rutinarios, no aceptan semejante magnífica proposición. Casi todas las provincias producen tabaco, singularmente las de la Isla de Luzon, siendo muchos los fumadores que prefieren al habano el de Cagayan, en verdad notable y exquisito.

Es notoria la importancia del cultivo del arroz en Filipinas, así como la de sus maderas, de las que hay treinta y dos clases conocidas hasta hoy.

Demostrada por estos lieros apuntes la inmensa riqueza que atesora aquel hermoso país, cuyo presupuesto está, sin embargo, en déficit, muy luego pasaremos á manifestar las reformas de que es susceptible la Administración filipina para bien de los indios, de la Metrópoli y de los intereses generales de la civilización.

No vayan á figurarse los que al oír hablar de reformas en las Islas Filipinas ponen el grito en el cielo y proclaman las excelencias del *statu quo*, que optando yo por el opuesto criterio he de pedir para el Archipiélago mundanzas prematuras, cuando no peligrosas. Me limitaré á exponer la conveniencia, y aun la necesidad apremiante, de llevar á cabo las reformas meramente administrativas, si bien algunas de ellas guardan, como no puede ménos de ser, relación estrecha con la

política. Quédense las utopías para los que no conocen aquel país sino por el mapa, y discurremos los que en Filipinas hemos vivido cual conviene á la realidad y la prudencia.

Los puntos principales que me propongo tratar no son otros que el mando superior de las islas, los vicios orgánicos de la administración, la división territorial, la unidad del idioma, la enseñanza pública, las comunicaciones, la riqueza del país y la tradicional influencia de las patrióticas órdenes monásticas; todo, por supuesto, sintéticamente y de manera que ponga remate á mi empeño en el próximo artículo.

Fue siempre objeto de constante y apasionado debate en la prensa y aún en las Cortes, la conveniencia ó inconveniencia de la separación del mando en Ultramar. No he de entrar yo por hoy en el fondo del asunto, limitándome á decir cuatro palabras acerca de la autoridad, de una parte excesiva y de otra deficiente, del capitán general Gobernador superior civil de Filipinas. Los partidos conservador y liberal, divididos en este punto importante por sostener el primero del mando único y la teoría de la separación del segundo, no deben, á mi juicio, extremar tanto, exagerándolas, por consiguiente, sus razones. Es menester buscar un término medio que concilie ambas tendencias con la seguridad del Archipiélago. ¿Cómo? Muy fácilmente: dando el mando superior á un general, cuyo carácter estimo necesario por mucho tiempo, y atribuciones meramente económicas y administrativas á un hombre civil que, aún cuando inferior al capitán general en el orden gerárquico, se entienda directamente con la Metrópoli en todos los negocios de su competencia, por completo extraña á la del Gobernador superior, que en ningún caso debe resolver las cuestiones ajenas á la milicia y el orden público.

Si bien no participo del criterio intransigente é inconciliable de nuestros partidos en este punto concreto, considero, sin embargo, tan necesaria la reforma indicada, que á la absoluta superioridad del capitán general en todos los ramos atribuyo, desde luego, muchos de los males de Filipinas, singularmente el atraso bochornoso en que se halla aquella apartada provincia. No es posible, por grande inteligencia que tenga un capitán general y por mucho que su celo se multiplique, que provea con acierto á todas las exigencias de un pueblo de seis millones de habitantes (1); no es posible tampoco que su autoridad llegue íntegra á todas partes, pasando, como tiene que pasar, por empleados inferiores que no siempre cumplen, á veces por que no es conveniente, las órdenes que reciben. Es preciso descentralizar la administración, dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La omnisciencia no es patrimonio de nadie, y menos que de nadie de hombres cuya carrera no es la gobernación de un pueblo, sino la guerra pura y simplemente. No pretendo, con esta apreciación mía, lastimar y de modo alguno ofender. Siento un hecho. De la misma manera es incompatible un hombre civil para los actos de fuerza que circunstancias difíciles pueden exigir en un momento determinado. Creo, pues, que me coloco en el fiel de la balanza. Nada de intransigencias ni asperezas en asunto de tanta monta, en lo poco que nos queda de nuestro pasado poderoso colonial imperio. Si somos exclusivistas, lo perderemos con nuestra imprudencia; si somos discretos, lo conservaremos con nuestro patriotismo.

Ahora bien: no entiendo que con esta solución mixta esté resuelto, ni mucho menos, el problema. Al lado del capitán general, y del que podemos llamar Intendente, debe haber una como Diputación que asesore é ilustre á las autoridades en todos los negocios. Un diputado por cada provincia, si se quiere elegidos por los mayores contribuyentes, constituirían esta alta representación de las Islas. El actual Consejo de Administración no responde á nada ó responde á muy poco. Es menester la intervención directa y renovable del país, esto es, de los que conocen sus necesidades y los medios de satisfacerlas. Con esta reforma sencillísima, justa, sobre todo, no sólo se tiene la seguridad del acierto, sino que se dá á los hombres inteligentes del Archipiélago, no más olvidados que útiles, aquella digna y conveniente participación á que tienen siempre derecho el saber y la aptitud. Este elemento, que yo llamaría sin reparo alguno al lado de las autoridades de la Metrópoli, existe, sin duda, y su cantidad y calidad responden, por fortuna, del éxito de la reforma. Hay profunda ignorancia en Filipinas, como demostraré luego; pero hay también muchos filipinos que allí ó en Europa han adquirido y adquieren constantemente títulos y conocimientos que los colocan á la altura de la misión que propongo se les confíe.

Esta asamblea insular, compuesta de las personas más idóneas del país, como sin disputa lo serían dado el procedimiento de su elección, auxiliaría provechosamente, y en particular la acción administrativa, á las autoridades todas, no tan competentes ni tan ilustradas como fuera menester, si bien la amovilidad de los empleados no puede dar de sí otra cosa contra el innegable buen deseo de todos sin excepción. Sin facultades legislativas, pero sí con el derecho de proponer, podría dicha Asamblea, dejando á un lado lo que de añejo tienen ya las leyes de Indias, y tomando lo que es

perpétuamente bueno, formar un proyecto de ley municipal y otro de ley provincial que el Gobierno de Madrid, mediante el dictamen de las autoridades de la isla, aceptaría ó reformaría sin preveniciones absurdas ni distingos rutinarios que tan caramente hemos pagado en otras partes. Y en lo que llamaría administración interna de Filipinas, puramente local y sin aquella importancia que requiere, á no dudarlo, el visto bueno de la Península, libertad completa á las autoridades y á la Asamblea para que por sí y ante sí la rijan y gobiernen.

Tal es la primera y principal reforma que debe, en mi sentir, hacerse en Filipinas hoy mejor que mañana y mañana mejor que pasado.

Adolece la administración filipina de vicios orgánicos que importa mucho destruir. La actual división territorial es harto complicada, el número de provincias excesivo, y por demás estensa la autoridad de los Alcaldes Mayores. Convendría reducir á su tercera parte el número de las provincias (51 entre provincias y distritos), en general poco pobladas, y, por consiguiente, de muy cómodo gobierno; no hacen falta tantas divisiones y subdivisiones que, sobre costosas, á nada práctico y útil responden. Deben suprimirse también las Alcaldías Mayores, y crear en su defecto gobiernos político-militares si no se quieren meramente civiles, que abarcando circunscripciones de importancia y participando de ambos caracteres, estendieran su acción sin la doble e inbarazosa jurisdicción de Juzgado y Gobierno que hoy reúnen las Alcaldías. En cada provincia un gobernador dependiente del superior de las islas, y por lo menos un juez y un promotor fiscal sin otras atribuciones que las propias y estrictas de su alto ministerio; en una palabra, tal como se halla en Manila, donde las autoridades viven y se mueven dentro de la esfera de su jurisdicción respectiva y nada más. Así lo exige el fiel cumplimiento de todas ellas, la moralidad, la justicia, y aún el buen sentido.—No es menos importante otra razón que hay en apoyo de los gobiernos político-militares: la de que estando casi olvidada por los Alcaldes Mayores la conquista y reducción de los indios y negros igorrotos que habitan en los montes de algunas provincias, olvido que tiene sin duda por disculpa, muy legítima en verdad, la condición civil de los Alcaldes, es llegada la hora, después de tres siglos largos, de sojuzgar á los que permanecen independientes y salvajes en medio de nosotros mismos (1). Para un caso de fuerza, que por desgracia no sería el primero, es más conveniente el mando de un soldado instruido cual deben serlo los gobernadores político-militares, que el de un juez de primera instancia, perito en leyes como es de suponer, pero poco ó nada á propósito para manejar la espada y someter enérgicamente á los rebeldes. En este respecto como en muchos otros, la administración de Filipinas peca de lo contrario que la de la Península; aquella tiene por base la confianza, ésta el recelo; y la experiencia aconseja que, huyendo de las exageraciones, se persiga lo justo y lo prudente.

En cuanto á la unidad del idioma, nadie ignora que no existe en Filipinas á pesar de flotar allí la bandera española desde 1521. Sabido es asimismo que no está hecha la conquista de un pueblo, de modo seguro, á lo menos, si en los elementos que le unen al conquistador no hay una positiva unidad. En Filipinas, sin embargo, no se considera así, como lo prueba la razón, por cierto donosísima, que á un comisario régio—D. Patricio de la Escosura—adujeron en contra de su parecer autoridades y magistraturas de allá al discutir acerca de este respecto: «alegaron que el día en que todos los indios se entendieran y nos entendiesen, correría grave peligro nuestra dominación sobre ellos.»—No sólo estimo sofística esta opinión, sino que á la práctica de ella débese, en primer término, el atraso del país y que sus naturales no se identifiquen con el *Castila*, al que no les liga otro vínculo que la religión y sus ministros.

Ahora bien: para que el lector comprenda la verdadera y triste anarquía que respecto á lenguas reina en Filipinas, y la urgente necesidad de que el patriotismo de todos y las disposiciones del Gobierno pongan un término á semejante estado de cosas, he aquí los dialectos que se hablan en las provincias y distritos.

Albay.....	Vicol.
Abra.....	Ilocano.
Antique.....	Visaya.
Balabac.....	Castellano.
Basilan.....	Castellano y moro.
Bataan.....	Tagalo y pampango.
Islas Batanes.....	Ibanag.
Batangas.....	Tagalo.
Benguet.....	Igorrote, ilocano y pangasinan.
Bohol.....	Visaya.
Bontoc.....	Suffin, ilocano, igorrote del Abra y de la Gran Cordillera.
Bulacan.....	Tagalo.
Burias.....	Vicol.

(1) En 200.000 kilómetros cuadrados se calcula la parte de archipiélago no sometida aún de hecho á España, y en más de 600.000 los habitantes que la pueblan.—El presupuesto general de ingresos de Filipinas de 1880-81 fija en 14.886 pesos lo que por reconocimiento de vasallaje pagan al Tesoro de las Islas.

Cagayan.....	Ibanag, itane, idayan ó acta, gaddan, ilocano, dadaya, apayao y ma-lauec.
Calamianes.....	Coyuvo, agutaino y calamiano.
Camarines Norte.....	Tagalo y vicol.
Camarines Sur.....	Vicol.
Capiz.....	Visaya.
Cavite.....	Castellano y talagalo.
Cebú.....	Visaya.
La Concepcion.....	Visaya.
Isla del Corregidor.....	Tagalo.
Cotabato.....	Manobo.
Davao.....	Visaya.
Ilocos Norte.....	Ilocano y tinguan.
Ilocos Sur.....	Ilocano.
Ilo-ilo.....	Visaya.
Infanta.....	Tagalo.
Isabela.....	Ibanag, gaddan y tagalo.
Isla de Negros.....	Cebuano, panayano y visaya del monte.
Laguna.....	Tagalo y castellano.
Leyte.....	Visaya.
Lepanto.....	Igorrote é ilocano.
Manila.....	Tagalo, castellano y chino.
Masbate.....	Visaya.
Islas Marianas.....	Chamorro carolino.
Mindoro.....	Tagalo.
Misamis.....	Visaya.
Morong.....	Tagalo.
Nueva Ecija.....	Tagalo, ilocano, pangasinan y pampango.
Nueva Vizcaya.....	Gaddan, ifugao, ibilao é ilongote.
Pampanga.....	Pampango é ilocano.
Pangasinan.....	Pampangasinan é ilocano.
Porac.....	Pampango.
Príncipe.....	Tagalo, ilocano é ilongote.
Romblon.....	Visaya.
Saltan.....	Gaddan.
Samar.....	Visaya.
Surigao.....	Visaya, monobo y mandaya.
Tayabas.....	Tagalo y vicol.
Tiagan.....	Diferentes dialectos igorrotos.
Union.....	Ilocano.
Zambales.....	Zambal, ilocano, acta, pampango, tagalo y pangasinan.
Zamboanga.....	Castellano.

De esta estadística y de otra no menos curiosa que á la vista tengo, resulta que los dialectos visaya y tagalo los hablan más de tres millones de indios; el cebuano, el ilocano, el vicol, el pangasinan y el pampango cerca de dos millones, y la lengua castellana unos *doscientos mil* escasamente. ¿Necesito, por ventura, en presencia de tales datos, ponderar la alta conveniencia de que religiosos y seglares estendieran por todos los medios posibles y con tenaz perseverancia, la propia que tamaño empresa requiere, el idioma castellano, ya como prueba de la verdadera y definitiva conquista de las Islas, ya como seguridad de su unión positiva á la Metrópoli? ¿No es censurable, y aun vergonzoso, que al salir de Manila el viajero no halle quien le entienda sino los frailes y algún director-cillo (secretario del tribunal), perspicuo y diligente? ¿Puede consentirse por mucho tiempo sin grave perjuicio de los más sagrados intereses, de los intereses de la patria, que en la inmensa mayoría de los pueblos nadie sepa leer, y por consiguiente cumplir las comunicaciones del Gobernador y de la Hacienda, teniendo que hacer de todo el párroco, á quien van á parar las leyes, órdenes, circulares y disposiciones superiores? Grande es el patriotismo de las órdenes monásticas, y mucho se debe á su celo; pero no nos cieguen el error ó la pasión hasta negar los inconvenientes locales que semejante ignorancia del idioma oficial trae consigo. Los Gobernadorcillos descansan en la inteligencia del Padre, los Cabezas de Barangay (concejales) en el Gobernadorcillo, y de esta suerte la administración municipal de Filipinas yace en las manos de los Reverendos, quienes por más que se multipliquen y por esquisita que su imparcialidad sea, imparcialidad que tiene que resentirse de lo humano de su condición, no pueden proveer á todo con el acierto que se deseára, ni al cumplimiento que es debido á las órdenes de la autoridad.

No es menos interesante la necesidad que hay de llevar el castellano á todos los pueblos de Filipinas, bajo el punto de vista político, pues nada saben, por lo general, las autoridades de los planes y trastornos que suelen á veces fraguarse sino cuando los frailes, que conocen el dialecto de sus respectivos curatos, los denuncian al Alcalde Mayor ó Gobernador. Esto ha sucedido siempre, y en la historia de las insurrecciones de Filipinas consta sin interrupción.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO.)

I

Guárdase, ó se guardaba, en el archivo de los marqueses del Salar, libro 1.º, legajo 2.º, número 8, una real cédula de los Reyes Católicos que á continuación ponemos para admiración de nuestros lectores, y es como sigue:

«El Rey é la Reyna.—Por la presente damos nuestra palabra real de hacer merced á vos Gerónimo de Aguilera, é Francisco Bedmar, é Diego de Jaen, é Alvaro de Peñalver, é Diego Ximenez, é Pedro de Pulgar, Adalides, é Montesino de Avila, é Ramiro de Guzman, é Cristóbal de Castro, é Tristan de Monte Mayor, é Diego de Baena é Torre, é Al-

(1) Un ministro de Ultramar dijo hace años en un documento público refiriéndose á la excesiva autoridad del Gobierno superior de Filipinas, que es un *encéfalo apoplético*.

fon de Almería, é Luis de Quero, é Rodrigo Velazquez, que todos sois quince escuderos, é á cada uno de tierras é hacienda en la ciudad de Granada, de que plegue á Dios Nuestro Señor que esté rendida á nuestro dominio; la cual dicha merced os hacemos porque entrasteis con Fernando del Pulgar, nuestro alcaide de Salar, á poner fuego en la ciudad de Granada en la mezquita mayor, por el peligro en que os pusisteis.—Fecho en 30 de Diciembre de 1491 años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado del Rey é de la Reina, Fernan Dalvarez.»

II

Tres dias despues de haber sido otorgada esta real carta de merced, es decir, el 2 de Enero de 1492, ondeaban los pendones de Castilla y de Aragon, y los de las órdenes de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, en la torre del Homenaje de la alcazaba de la Alhambra.

Humeaban aun los escombros de la grande aljama de Granada, incendiada por Hernan Perez del Pulgar el hazañoso, y por sus quince inverosímiles escuderos, dignos de figurar en la Iliada junto á la sombra de Aquiles.

¿Y por qué habia en aquellos tiempos tales hombres, en los cuales la temeridad y aun, si se nos permite la frase, la brutalidad, tomaban la esplendente forma del heroísmo?

Veamos si podemos explicárnoslo.

III

Mi Dios, mi patria, mi rey y mi dama, era la divisa de los caballeros de nuestra leyenda nacional.

Pero hay que entender este lema, no tomarlo como suena, interpretarlo y poner las cosas en su lugar.

Para aquellas gentes Dios era la fe heredada; el espiritualismo sentido en lo maravilloso, que aceptaba sin discutirle el milagro, por la razon de la omnipotencia divina: tres en uno y uno en tres, padre de sí mismo, hijo de sí mismo, espíritu de sí mismo: una virgen trasunto de todas las dulzuras, de todas las hermosuras, de todas las purzas, dolor y felicidad á un tiempo, amparadora bajo su manto celeste de los tristes venidos á la vida para sufrir y llorar, rodeada y adorada por legiones de arcángeles, de ángeles, de serafines, de querubines, y contemplada en éxtasis creciente y perpétuo, por cohortes de vírgenes, de mártires, de confesores, de frailes, de monjas, de beatos, de justos, de todos los que, en fin, por sus virtudes y sus milagros, habian alcanzado la beatificación, la canonizacion, el derecho de ser conmemorados, venerados y envidiados por todos los que no tenian una gran seguridad de ir á donde ellos estaban: en contraposicion de todo este mundo maravilloso, inefable, beatífico, bajo él, *in inferi*, un dios negro y terrible, el espíritu del mal, enemigo irreconciliable de Dios y del hombre, Satanás, cornudo rey del abismo, nadando en fuego, con sus cohortes formidables de diablos, de espíritus foletos, de duendes, de condenados, grandes los unos, chicos los otros, que tambien para nuestros abuelos habia categorías, tanto en la gloria como en el infierno: toda esta leyenda religiosa, en fin, que surgia de la Biblia, única ciencia que entonces se reconocia, y de la cual se sacaban todas las autoridades; única filosofía, única historia, única moral, única justicia que se estudiaban en el fondo de los monasterios por unos pocos, y salia para todos en forma de predicacion, segun que el predicador lo comprendia y le placia: esta era la fe de nuestros abuelos de los tiempos medios, esta la causa de su misticismo extraordinariamente espiritualista, de su autoritarismo absoluto, de su espíritu guerrero y cruel contra los malditos enemigos de su fe; pero así y todo eran endiabladamente antipapistas en cuanto á lo temporal, guardadores de las regalías de la corona, y no era extraño que ya un rey, ya un rico-hombre, ya el comun ó la universidad, la emprendiesen contra esta ó aquella comunidad, corriesen á algun legado del Papa, ó matasen á algun prelado; porque, como decia el rey Fernando V, católico por excelencia, al noble y docto D. Diego Hurtado de Mendoza, refiriéndose á un legado apostólico:—*Y do quiera que le hallaredes le enforcaredes, é digan é fagan en Roma lo que quisieren; y ellos al papa é vos á la capa*, sin contar con el gran Don Jaime el Conquistador, que se hizo excomulgado por haberle cortado la lengua á un obispo, y los tres Pedros de Portugal, de Castilla y de Aragon, que fueron tambien excomulgados por malos tratamientos á la Santa Sede; sin contar con aquel Luna, arzobispo de Santiago, que vestido de pontifical, fue muerto por el pueblo en la puerta de su misma catedral; y dejando á un lado al Papa, preso por Carlos V y las agarradas de Felipe II con el Vaticano, lo que prueba que, si nuestros abuelos eran cristianísimos y católicos hasta las entrañas, estaban muy lejos de ser clericales.

IV

La patria era para ellos lo que ellos demostraron en una incesante lucha heroica: la independencia, el honor, el hogar, la tierra bendita en que reposaban sus padres, y se sustentaba la cuna de sus hijos; lo que es para nosotros; la gran madre sagrada, que tiene derecho á la vida y aun al martirio de sus hijos.

V

¿Y qué era para ellos su rey? Su caudillo, su elegido ó su consentido, la primera persona de un orden social, en que tomaba parte sustantiva y cuantitativa todo el reino, constituido por los tres brazos, el estado noble, el estado eclesiástico y el estado llano: el rey no era entonces más que la cabeza investida con los atributos de la soberanía de todos, porque la forma constitutiva de nuestra edad media era la manifestacion más completa, más absoluta, más viable de lo que hoy se llama soberanía nacional, con sus Concilios primero, con sus Cortes despues, con los privilegios del rey, de la nobleza y de la Iglesia á la par, y en armonía ó en lucha con las franquezas y libertades, usajes y costumbres de la ciudad, de la villa, del pueblo, del estado llano, del municipio, en una palabra.

¿Gobernaban acaso aquellos reyes de *derecho divino* de nuestra edad media á su *buen placer*? ¿No les negaban todo lo que no querian darles? ¿No les hacian jurar y guardar todos los fueros y libertades del reino? ¿No los tenian siempre en tutela? ¿No los interdecian, los deponian y aun los mataban? ¿No los hacian sentir á cada paso que ellos eran caudillo y cabeza por el consenso público, y que no estaban obligados á ellos sino por una obligacion reciproca? ¿No alteraban, si así les venia en mientes, la sucesion de la corona? ¿No ejercitaban, en fin, aquellos, mal llamados vasallos, todos los actos de dominio que emanaban de la actividad social? ¿Por qué creerlos y llamarlos *realistas á puño cerrado*, y siervos miserables, cuando la historia de nuestra edad media es la de una revolucion profunda é insistente? Ellos eran el rey y el reino: muchos estados dentro del estado, y el estado dentro de todos; y sin las pasiones humanas que todo lo pervierten, que todo lo emponzoñan, y en lo más refulgente arrojan sombras, y descartando fanatismos y rudezas que eran el resultado de lo absoluto de las creencias y de lo bravo y de lo agitado de un largo período conquistador y constituyente á un tiempo, no hay nada que mejor represente la libertad comun por la armonía por el equilibrio de los poderes, que la constitucion social de nuestra edad media, singularmente en Aragon.

Para encontrar reyes absolutos y vasallos y siervos miserables y repugnantes y fanatismos feroces y crueles, es necesario venirse al mal llamado Renacimiento.

VI

La dama para aquellos antepasados nuestros era la idealizacion del amor, la fuente de la familia, el medio para llegar al ejercicio de la más incuestionable, de la más alta, de la más trascendental de las autoridades: la paternal. ¿Qué tiene de extraño que aquellos hombres que por un sentimiento de que no se daban cuenta lo idealizaban todo, rindiesen un culto de adoracion á la pureza, á la hermosura, al amor de aquella con quien compartian los placeres, los dolores, los deberes, el honor, la existencia, en fin, de la familia?

VII

Hé aquí cómo debe comprenderse aquel lema de nuestros abuelos, *por mi Dios, por mi patria, por mi rey y por mi dama*: como cuatro capítulos que constituian el dogma de la religion del espíritu: como los miembros de una organizacion fuertísima que no podian paralizarse ni romperse, sin paralizar y sin romper el cuerpo social.

VIII

Y no se diga que aquella sociedad está ennegrecida por rebeldías, por tiranías, por ambiciones torpes é insaciables, por crímenes, por barbaries: en todos los tiempos, en todas las civilizaciones se encuentra lo mismo: siempre el hombre, procurando por todos los medios sobreponerse: siempre el crimen torturando al débil: siempre la traicion acechando al fuerte: siempre el fanatismo produciendo mártires: siempre la soberbia desconociendo el derecho: siempre la codicia nutriendose en sangre: siempre Cain: siempre el hombre.

IX

A lo dicho anteriormente nos ha traído el recuerdo de Hernan Perez del Pulgar: parece inverosímil y sin objeto su hazaña de entrar en Granada á poner fuego en la gran mezquita. No puede negársela, reduciéndola á la categoría de cuento, porque está testimoniada por la real cédula de los Reyes Católicos, que al principio hemos copiado; pero puede creerse la temeridad de un valiente por satisfacer su soberbia, haciendo lo que difícilmente se atreveria otro á hacer. No, no fué esto. Hernan Perez del Pulgar no intentó y llevó á cabo aquel hecho enorme por su audacia, sino porque era un hombre de su tiempo que creia, que soñaba, y en él la creencia y el sueño se sobreponian al miedo de la muerte, así como en los quince escuderos que, sin vacilar, le siguieron y le ayudaron.

X

Entremos en el cuento. En los principios del asedio de Granada, los reyes Don Fernando y Doña Isabel se fueron apoderando de todas las atalayas y torres, y de los

castillos, que eran como los fuertes avanzados de Granada sobre la frontera cristiana.

Encargóse á Hernan Perez del Pulgar, que, sirviendo á sus reyes en la guerra de sucesion que contra el rey de Portugal sostuvieron, habia llegado á capitán de caballos, la toma del castillo del Salar, y él allá, sin andarse en muchos preparativos, se fué con unos pocos, aunque buenos, y en no muchos dias tomó la fortaleza á escala franca, como quien no hace más que desempeñar fácilmente una tarea de su oficio.

Los reyes le dieron de por vida y por juro de heredad para los que de él viniesen, la alcaidía del Salar con la villa y todos los privilegios, preeminencias y exenciones anejas á aquella merced, y otro sí, con amayorzamiento, señorío y ejecutoria.

XI

No solamente en su alcaidía del Salar aseguraba Hernan Perez por aquella parte la tierra conquistada, sino que, en frecuentes correrías por los montes, una y otra tala llevaba á cabo, que no sólo ponía en espanto á los moros, sino que, con las presas que hacia, poníase rico, aumentando considerablemente su estado, el buen capitán.

Hasta aquí nada de extraño: donde estaban un conde de Cabra, un señor de Cartagena, un maestre de Calatrava tal como D. Alfonso Fernandez de Cárdenas, y un comendador de Santiago como su hermano D. Gutierrez; donde asistian un D. Alonso de Aguilar, un Gonzalo de Córdoba, un Diego de Vera, un García de Paredes, unos Mendozas, y tantos grandes capitanes, no podia sobresalir nadie, y era ya mucho estar entre ellos y no ser considerado como el menor.

Pero las grandes cosas buscan á los valientes, ó, mejor dicho, llegada la ocasion, de ellos nacen.

XII

Atravesando Hernan Perez una rambla por detrás de Sierra Elvira con algunos de sus escuderos, en una de sus correrías, oyó de improviso, viniendo de una de las sinuosidades del terreno, ruido de zambra á la morisca; risas de hombres que tiraban á escarnio, y cantares de mujeres que parecian más bien aullidos de rabia con que á otra mujer insultaban.

Entró en envidia Hernan Perez de ver lo que aquello fuese, sin ser sentido, porque lo que fuese no se deshiciese ó alterase con la presencia de cristianos, y á más de esto, para ver como buen capitán cuánto era aquella gente, que, segun sonaba, parecia mucha.

Mandó á los suyos que se detuviesen, echó pié á tierra, y trepando por una pequeña cuesta, que á un lado de un barranco habia, y metiéndose entre unas malezas adelantó hasta que, oculto, llegó á un lugar desde el que se descubria un pequeño valle ú hondonada por medio de la cual, convertido en acequia, corria un riachuelo que fecundaba el terreno haciendo de él una fresca y fructífera huerta, entre cuyos frutales, entónces despojados en sus hojas y blanqueados por la escarcha, se alzaban algunas blancas y hermosas alquerías, cuyas tejas vidriadas relucian á los alegres y dorados rayos del sol de la mañana.

Cerca del lugar donde se habia emboscado Hernan Perez, al pié de las ruinas ennegrecidas de una torre de atalaya, entre lujuriosos nopales y bravías pitas, un centenar de moros, niños, jóvenes y viejos, y otras tantas mujeres tambien de todas edades, martirizaban á un anciano de larga barba blanca, al que habian desnudado y enterrado hasta la cintura, y al lado de él, sobre un hábito franciscano, estaba sentada una mora vieja, que golpeaba furiosamente en una atakevira ó tambor de cobre, semejante á un pequeño timbal, como para cubrir con aquel ruido estridente las plegarias que, en medio de su martirio, entonaba el anciano religioso con los flacos brazos alzados al cielo. Otras moras, batiendo panderos adornados de lazos y flores, repicando sonoras castañuelas de granadillo, rasgueando guitarras, tocando dulzainas, bailaban desafortadamente en torno del viejo, esforzando los movimientos deshonestos que zangoloteaban sus senos desnudos y hacian flotar sus cabellos sueltos; los más jóvenes varones y hembras iban y venian sin cesar á las malezas vecinas, trayendo leña menuda y yerbas secas que iban poniendo en derredor del mártir y á cierta distancia, con la intencion que claramente se adivinaba de tostarle á fuego lento. Algunos moros, armados de ballestas, cuando descansaban rendidas las bailarinas, tiraban sobre el viejo, no con jaras aceradas, que pronto hubieran puesto fin á sus tormentos, sino con cañahejas y con las cuerdas de las ballestas, levemente templadas, de modo que, sin penetrar su cuerpo, herian su piel, ó más bien la picaban. Cubierto de sangre estaba el desdichado, que continuaba entonando la plegaria de Isafas, con la voz entera y firme, sin lanzar un solo gemido de dolor ni revelar por una sola contraccion del semblante, ni un solo estremecimiento de su cuerpo árido y flaco, por el exceso de la penitencia. Entre tanto, los moros y las moras viejas, sentados en el suelo en un repecho, celebraban con alaridos frenéticos de ferocidad á los tiradores que no erraban el blanco.

XIII

Este espectáculo, visto de repente por Hernan

Perez, causó en él la más horrenda tempestad de cólera y ánsia de exterminio que jamás ha agitado á un hombre. Había reconocido al mártir: era un fraile francisco misionero, para el cual no había peligro ni tormento que pudiera espantarlo y que en las tierras de los moros se metía ansioso de llevar ovejas, como él decía, al rebaño del Señor.

Le habían cogido muchas veces, le habían atormentado y había escapado por milagro, volviendo, despues de haberse curado, á las andadas, sin escarmentar nunca, porque la fé le impulsaba, y le hacía ver hermosa la muerte por Jesucristo y por su sacratísima Madre la Virgen María, de la cual y bajo la representación de la Purísima Concepcion, llevaba siempre una pequeña imagen colgada del cuello; y lo que más acreció el furor de Hernan Perez, llevándole hasta la rabia mortal, fué el ver que las moras se arrojaban la una á la otra la santa imagen, que escupian é injuriaban con todo género de torpezas, de las que no eran ni para vistas ni para oídas, ni aún para sospechadas.

XIV

Cegó y no vió Hernan Perez, y echando al aire la tajadora, rompiendo con ella por la maleza y dando una gran voz de: «¡Aquí los míos! ¡Santiago y á ellos!», se disparó sobre los moros, que al ver de improviso un cristiano armado que los acuchillaba, cambiaron las cañahejas en venablos y los que no, tomando distancia y piedras, sobre él las llovieron.

Los de Hernan Perez, que de ocho no pasaban, ni fueron sordos ni lerdos, y aparecieron casi instantáneamente á caballo, trayendo el suyo y su lanza á Hernan Perez. Muchos eran los moros y bravos, y amparados de armas arrojadas; pero Hernan Perez y los suyos valian cada uno por ciento, y en sus redoblados arneses rebotaban las jaras, como los granizos sobre las rocas.

Las mujeres jóvenes habían huido; pero los viejos y los niños no habían podido alejarse, y los aplastaban los ferrados cascos de los caballos cristianos: lanzábanse sobre ellos, atropellándolo todo, y embistiendo como los toros bravos allí donde podían causar una muerte. En vano los pequeños daban alaridos de terror: muchos de ellos, atravesados contra la tierra, eran levantados en la cuchilla de una lanza, dando horror aun al viento que escuchaba sus miserables alaridos. Pero eran hijos de los enemigos de Dios, y su destruccion meritoria. Cuando se encuentra á la loba en su cama, se la mata, y á sus lobeznos. Ellos tambien, como sus padres, habían devorado con su cruel alegría los martirios del santo misionero, y los más pequeños, los mamones, que aun no podían comprender nada, eran tambien atravesados ó aplastados. El combate fué rudo, la victoria rápida, la matanza implacable: los enemigos que habían podido escapar, ganaban ya con sus familias y con lo más precioso que habían podido salvar en el momento, las escabrosidades de la sierra: entre tanto los vencedores desenterraban los unos al fraile, que seguía cantando, no ya el *trisagio*, sino el *Te Deum*, en accion de gracias, porque el nuevo milagro le había salvado, y otros remataban, siguiendo su tarea de exterminio de los enemigos de Dios, los heridos de ambos sexos y de todas edades. Entre tanto, Hernan Perez buscaba por todas partes, con más ánsia que un avaro un tesoro, la pequeña imagen de la Virgen. La halló al fin, pero rota, aplastada, deformada de tal manera, que sólo por algunos vagos vestigios hubiera podido adivinarse que aquel pedazo de madera informe había sido una imagen de la Santa Virgen María. Una pisada de caballo la había puesto en aquel estado. Sin embargo, Hernan Perez se arrodilló, y teniendo en las dos manos alzada aquella ruina, rezó un Ave-María, y luego dijo:

—Sacratísima reina de los Angeles, yo te prometo hacer tal en tu nombre, madre mia, para desagaviarte, que espante á los presentes, y guarden la memoria de ello los que vinieren.

Y como durase el cordon con que el misionero se suspendía la imagen del cuello, del suyo, y sobre su coraza y á manera de pectoral, se la cogió Hernan Perez, y cuando despues de talada la tierra, incendiadas las alquerías, cogidos los rebaños y demás que se halló y abandonados á los cuervos los cadáveres, se volvió con el ermitaño, llevado á hombros en una camilla de ramas, á su alcaldía del Salar, hizo se celebrase en la capilla del castillo (antes mezquita), una solemne funcion de desagravios á aquel despojo sagrado, y yéndose luego al lecho, del misionero que, segun decía el maestro de curar, no se moría de aquella, le dijo:

—Padre, bueno será que no pudiéndolas vos defender, no volvais á meter entre infieles imágenes de Cristos ni de Vírgenes, que no siempre he de estar yo á punto para castigar profanaciones, y éstas caerán sobre vuestra alma; que no tienen necesidad ninguna Dios ni la Virgen de padecer por vuestras temeridades.

Escandalizóse el fraile del sensato discurso de Hernan Perez; díjole palabras más que rancias, que el bravo capitán sufrió por que salian de boca consagrada y anciana; pero no corriendo peligro su vida, le envió al real de Santa Fé, con un centenar de reses vacunas que habían cogido en las alquerías.

XV

Pero le quedó á Hernan Perez un reconcomio ó inquietud que le roía, por que había prometido á la Virgen, para desagaviarla, dar cima en su nom-

bre á una empresa tal que asombrase á propios y extraños, á presentes y á venideros, y por más que el buen alcaide del Salar ponía en aprieto el magin no se le ocurría cosa que le satisficiera; y dándole vueltas á estos pensamientos, andaba cegijunto y mohino y desabrido hasta con su mujer y con sus hijos, que ya como en tierras de Castilla con él vivían reinando, esta es la expresion, en el castillo y villa del Salar.

XVI

No sabía el buen alcaide que la casualidad había de traerle el medio de satisfacer cumplidamente su deseo.

Había cautivado un capitán castellano una doncella mora, cerca del pueblo de la Azubia, cuando con su familia se encaminaba á Huertor Tajar, creyendo que por aquella parte no había peligro de correrías de cristianos. Al ver á estos, todos, no pensando más que en el riesgo de su vida, se pusieron en fuga precipitada, ganando los barrancos, y habiendo tropezado el asno, en que en unas muy ricas jamugas iba Aidalajarah, (que así se llamaba la doncella cautiva), cayó, lastimóse, no pudo levantarse, y ella y el asno, que lealmente se había quedado junto á su señora, fueron hechos cautivos.

Peligro corriera la doncella, y de los graves, á no haber sido el muy cristiano y piadoso Hércules de Extremadura, Diego García de Paredes, el capitán de aquella correría: tratóse debidamente á la señorita mora, se la dispensó todo género de respetos, que al fin era una dama, y sin que ningun codicioso, no ya de hermosura sino de riquezas, o ase tocar á las riquísimas alhajas que sobre sí llevaba, y tales, que deslumbraban, á pesar de lo que deslumbraba más la hermosura que el Altísimo la había concedido.

Dijo ella cuando se repuso y vió que no la hacían mal, ni la injuriaban, sino que antes bien la servían, que á la boda de una parienta suya la llevaban, y que por esto y por ser hija única, y para lucirlas, habían echado sobre ellas todas las joyas de la familia, que era muy rica, y que no pasando mucho tiempo, la rescatarian pidiesen lo que pidiesen por ella.

Llevóla muy horondo, muy satisfecho y muy pagado de sí mismo el capitán Paredes á la reina Isabel, que cuando la vió se agradó de la niña (por los quince se andaría) y la agasajó, y la acarició, y aun dicen que muy tiernamente la besó en la boca; y dejándola sus joyas, y no osando á que se quedase á su lado en el real, por si el rey Don Fernando había mirado ó no había mirado á la cautiva, y si la había parecido costal de paja ó prenda apetitosa, llamó á doña María, la muy cristiana y virtuosa mujer de Hernan Perez, para que al Salar se la llevase y la guardase y empezase á enseñarla la doctrina cristiana, aunque fuera por señas, (que la excelente doña María no entendía una palabra del lenguaje aljamiado con el que se entendían, cuando se entendían, los moros y los cristianos fronterizos) y que consigo la tuviese, hasta que sus parientes la rescatasen, ó de otra suerte, cristiana ya, se proveyese á casarla bajo el padrazgo real.

De esto hubo mucho: gran número de damas granadinas, hermosísimas, cuyos retratos se conservan hoy en el Generalife de Granada, fueron damas de la reina Isabel despues de la conquista, y bajo su amparo casaron noble y grandemente en Castilla.

XVII

Llevóse doña María al Salar á Aidalajarah, muy llena de la confianza que de ella había hecho su alteza, de lo que se pagó mucho tambien Hernan Perez: se hizo un escrupuloso inventario de las alhajas, se la vistió á la castellana, y para no perder tiempo y ganar más pronto aquella hermosa alma para el Señor, no pudiendo enseñarla doña María, ni tampoco Hernan Perez, no se halló otro que uno de los escuderos que con Hernan Perez servían, y que se llamaba Montesino de Avila, que por haber estado dos años corridos de frontero de la Andalucía en el Adelantamiento de Jaen, se sabía de corrido la aljama y algo más.

A éste le daba el capellan del castillo, porque aunque era muy buen cristiano, éralo á bulto, y no estaba enterado de las menudencias, una larga y repetida leccion, la cual él, delante de Hernan Perez y de su mujer, y asistiendo el capellan, repetía como podía á la mora, logrando que á los tres dias se persignase no del todo mal, y rezase, aunque muy chapurrado, el *bendito*, y dijese, Jesucristo y Virgen María, y buenos dias y buenas noches.

Pero andaba algo inquieto Hernan Perez, y de tal manera, que llevándose aparte á Montesino de Avila le dijo:

—Paréceme á mí, alférez, que os vais metiendo con la señora muy más allá de donde se os ha ordenado, y que al pié del muro de la fortaleza, bajo los manteletes del brial os allegais, como quien nada hace, y como si no estuviese allí á la vista un capitán esperto en lides; que si mi mujer es inocente y el capellan simple, yo porahí no pecho, y bien veo, que fiado: en que no os entendemos, más os labrais el uno y la otra, para el otro y para la una, que para el servicio de Dios; y no vayais á tener el mal pensamiento, que si yo lo creyese castigaria, de que yo os digo esto por envidia; pero os digo que ya se han acabado estas enseñanzas, ó habeis de hacerlas separado de esa, que yo no sé si para vos es fortaleza, por lo ménos un cuerpo de caballo, y

con tales palabras que, aunque yo no las entienda, vea, porque á cada momento no se ponga ella amarilla y colorada, y bailándose los ojos, y bajándose y subiéndose, y agitándose el seno, que vos la hablais de Dios y de la Virgen, y no de vos mismo, y cosas que un honrado no debe decir nunca á una doncella, porque lo más mínimo no debe decirse, si para mujer propia la quiere, y si no por respeto; y no se hable más, que yo hablo poco, y está vez lo he hecho en demasía.

Y dejando á su escudero alférez turbado y confuso, se fué.

XVIII

Quando hé aquí que aquel mismo dia, un moro viejo, acompañado de cuatro moros más jóvenes, todos con aparato de principales, y con séquito real y guarda del ejército, se presentó en el Salar acompañado de un secretario de los reyes, para notificar á Hernan Perez, que habiendo sido rescatada Sayda Aidalajarah, la entregase á su padre sin más formalidades.

Vió el cielo abierto Hernan Perez, sintiólo mucho doña María, que había cogido aficion á la mora, y hasta con sus alhajas se la llevaron sus padres, pero no fué sin que aprovechando un descuido cambiasen algunas palabras y algunas ternezas ella y Montesino de Avila.

XIX

Algunos dias despues, faltó una noche del castillo Avila. Llamóle cuando volvió y reprendióle Hernan Perez, conminándole con que si se repetía la falta seria más severo, á pesar de lo que, cuatro dias despues la misma falta se repitió.

Llamóle Hernan Perez y le reprendió breve, pero ágramente, á lo cual dijo Avila:

—Capitan, echad sobre mí todo el rigor de las ordenanzas, pero no me lameis mal soldado, que lo que yo hago es porque no soy poderoso á hacer otra cosa, aunque perdiera mil vidas, que el amor me arrastra.

—¡Qué amor ni qué tres maravedises! —exclamó Hernan Perez:—¿y qué amores son esos que buscáis con la noche? ¿y qué se han hecho aquellos amores que os agujoneaban por la cautiva?

—Pues ella es la que tanto en mí puede, que dueña se ha hecho de mi alma y de mi libertad, de tal suerte, que por mí á dejar su familia se allana, á acristianarse y á ser mi esposa.

—¿Pues y en dónde la veis? —exclamó Hernan Perez con extrañeza.

—En Granada, donde su padre para más seguridad la tiene,—contestó el alférez como si hubiera dicho lo más natural y lo más hacedero del mundo.

—Me parece que no he entendido bien,—dijo Hernan Perez:—¿Decís que veis en Granada á esa mora?

—Sí señor, en Granada, y hablo con ella por una ventana de la tienda de su tío que da á la Alcaicería,—replicó siempre con una gran naturalidad el alférez.

—No me atrevo á creer que mentís,—dijo Hernan Perez mirando con aún mayor firmeza á Avila.—¿Pero cómo haceis?

—Parto á media tarde del castillo,—respondió Avila,—llego al caer la noche á las arboledas del río Genil, sigo de prisa, aunque atento, llego á la queda al río Darro, me meto por la corriente, que por allí es la de un grande arroyo que no me llega á las rodillas, la noche me esconde, el rumor del río encubre mi paso, llego á la ribera que debe ser las Tenerías, segun que huele, me meto en el Zacatin y llego á la espalda de la Alcaicería, que da á la mezquita mayor, y á la ventana sale la señora de mi alma, y hablamos hasta que á buena hora me vuelvo por donde he venido.

—¿Y quién os ha enseñado el camino?

—Vuestro morisco Pedro del Pulgar que como ella en cuatro palabras me dijera donde vivía en Granada cuando en ella estaba, y que allí le llevaban, le pregunté y me enseñó el camino.

Le golpeaba el corazón en el pecho oyendo esto á Hernan Perez, acordándose de la promesa que había hecho á la Virgen María, y despidiendo á Montesino de Avila, llamó á su morisco Pedro del Pulgar, á quien él había cogido en el Zenete y apadrinándole en el bautismo, y habló largamente con él.

XX

Mandó hacer Hernan Perez, sin que nadie adivinase para qué lo hacía, un cartel en que en fondo azul se leía en letras de oro AVE-MARIA, encargó un cirio grande, y al dia siguiente, y á caballo y armado, seguido de los quince escuderos que en la real cédula se contienen, tambien de todas armas ceñidos y á caballo, esperando noche oscura, que la luna se andaba por otras partes, salieron del Salar y sirviendo de adalides ó guías, Montesino de Avila y Pedro del Pulgar, se echaron, y por las alamedas del Genil siguieron, y llegada la noche, y á la hora de queda, que oyó con un estremecimiento de placer de sus entrañas por la voz de la Campana de la Vela, y ya dentro de Granada, metidos los caballos por la corriente, subieron hasta las tenerías, y dejando encadenados á los caballos con un escudero por la azacaya ó acequia que por allí corría y aun corre, salieron al Zacatin, y por la que ahora se llama calle del *Estribo*, en conmemoracion sin duda de aquella hazaña, y por estar cerca la azacaya, cuya caja de piedra sirvió de estribo á aquellos bravos, en una pequeña plaza desembocaron.

XXI

Alzábanse en ella dos grandes edificios: era el uno la Universidad, á donde se habían acogido las ciencias despues de las conquistas de Córdoba y Sevilla, con sábios de allí desterrados; el otro, la grande Aljama ó Principal, hoy parroquia del Sagrario, cuyas magnificencias no podían verse á causa de la oscuridad de la noche.

—¿Hemos llegado?—preguntó Hernan Perez á su morisco Pedro.

—Sí, señor,—respondió éste: escucha como zumba el viento en el altísimo alminar de la mezquita; esta pared que tenemos cerca, es la de la Universidad, aquella otra la casa del gran faquí, y aquel callejon oscurísimo la espalda de la Alcaicería.

—Alferez Avila,—dijo Hernan Perez;—id vos á buscar á vuestra mujer y obligadla á que os siga, que no nos hemos de ir sin ella.

—Tan en eso estamos,—dijo el alferez,—que estando junto á ella no estoy muy apartado de vos. Y se fué, perdiéndose entre la sombra.

—Llévame á la puerta de la mezquita,—dijo Hernan Perez á Pedro,—y vosotros seguidme.

Una vez en aquel lugar, Hernan Perez mandó á Pedro encendiese el cirio. Los más valientes tenían los cabellos de punta: aquella luz podía señalarlos, traer sobre ellos una morisma innumerable: solo Hernan Perez estaba de todo punto tranquilo.

El silencio era profundo: la noche lóbrega cuando estuvo encendida el hacha, su rojiza llama derramó un resplandor siniestro en las doradas puertas de la mezquita.

—Arrodillaos,—dijo Hernan Perez á sus escuderos, y arrodillándose él tambien, pasó por el lazo del cartel del Ave-Maria que consigo llevaba, su puñal, y dijo á sus escuderos:

—Sed vosotros testigos de cómo tomo posesion de Granada por Castilla y Aragon, y dedico esta mezquita á Nuestra Señora la Reina de los Angeles, cuya invocacion deo en poder de los infieles hasta que llegue la hora de rescatarla.

Y de un sólo golpe clavó su puñal de que pendía el cartel, entre las mallas de alambre de la puerta, que produjeron un gemido que resonó sordamente en lo interior.

—Orad,—dijo perfectamente tranquilo Hernan Perez.

Mientras cada cual, perdido el natural miedo por el entusiasmo, rezaba su salve, sobrevino Montesino de Avila, trayendo á Aidalajarah.

—Volved vos solo, Avila,—dijo reparando en ellos Hernan Perez,—y tú, Pedro, sígueme: entrad por la puerta por donde esta señora ha entrado y poned fuego á la Alcaicería.

Se cumplió aquel mandato; las estrechas tiendas de la Alcaicería cargadas de telas se prestaban al incendio: volvieron Avila y Pedro, y se emprendió la retirada; la enamorada doncella iba temblando asida á Montesino de Avila.

XXII

Pero de improviso sobrevino una ronda de moros que venia por el camino que ellos debían seguir.

Verlos y acometerlos fué todo en un punto: gritaron los de la ronda, se abrieron ventanas, aparecieron luces, se echaron moros medio desnudos, pero armados, á la calle, y cundió la voz de alarma: los castellanos alentaron los corazones, apretaron los puños, y atropellando y destrozando cuanto encontraron por delante, ganaron al fin la azacaya, se echaron al lecho del río, cobraron los caballos y picaron, alejándose rápidamente sin perder uno. Avila llevaba á la grupa á Aidalajarah.

XXIII

Aun no habían ganado la anchura en donde á la salida de Granada se unen el Darro y el Genil, cuando todo era estruendo en la ciudad: la campana de la Vela tocaba precipitadamente á rebato, y un resplandor rojizo empezaba á estenderse por la vega, haciendo que todos despertasen en el real de Santa Fé.

El fuego había prendido en la Alcaicería, y se había comunicado á la gran mezquita, segun dijeron despues los corredores.

XXIV

Antes del amanecer habían llegado al castillo del Salar Hernan Perez, con sus quince escuderos y Aidalajarah.

XXV

Don Fernando y Doña Isabel apadrinaron y dotaron y casaron con su enamorado á la mora, y añadieron al blason de los Pulgares una banda azul en donde en letras de oro se lee el mote *AVE MARIA*.

XXVI

Post scriptum: Hernan Perez del Pulgar está enterrado bajo el altar de una oscura y pequeña capilla contigua en el hueco de la puerta por donde se pasa de la iglesia del Sagrario á la Capilla Real de los Reyes Católicos. El buen alcaide del Salar, primer marqués de su título, reposa en el mismo lugar donde llevó á fin y remate la mayor de sus hazañas. Allí estaba la puerta de la gran aljama de Granada.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

RAREZAS NATURALES.

Sabido es que la fisiología es la ciencia de la vida, y nosotros añadiremos que la vida es una série fenomenal de manifestaciones, pocas, muy pocas, conocidas de las eminencias que han dedicado toda su vida á las investigaciones de las leyes de la organizacion, tanto menos conocidas á veces cuanto más estudiadas, aun cuando la física y la química, hayan pretendido explicar la estática y la dinámica del cuerpo del hombre y de los animales, cuyo mecanismo orgánico y funcionalidad más se relaciona con la humana, y las vivisecciones iluminen á su vez, los oscurísimos fondos de la moderna biología.

Consiste esto en que, así como todas las ciencias de demostracion directa cuentan con hechos positivos, prácticos, de *visu*, que por sí solos constituyen reglas generales á que atenderse, en multitud de enunciados que terminantemente se *generalizan*, así tambien las de demostracion indirecta, mejor dicho, de observacion, no pueden en manera alguna sentar bases de inmediata realidad, que demuestren todo lo que se pretende conocer de las mismas.

En las ciencias de observacion, lo imprevisto es lo comun, y por eso no puede formarse cuerpo de doctrina absoluta, porque la excepcion camina al par de la regla comun ó general.

La anatomía dá lo positivo, lo tangible, lo absoluto en la evidencia demostrable, lo real y plástico: en la anatomía, la estática es lo normal; el cadáver y sus residuos se descomponen en cuerpos, y éstos en moléculas, y las moléculas en átomos; la física encuentra razones y relaciones de forma, color, olor, cristalización orgánica, derivaciones normales de aspecto y fondo, así como anormales; razones y proporciones de volumen, estructura, textura, solidez y otras.

La química acompaña al microscópio, y encuentra los factores de composicion, de todos los órganos y de las partes más diminutas de los mismos, del fundamento de toda la trama orgánica; pero lo anteriormente dicho, se estudia y conoce en el cadáver, empañado espejo que no revela ni una de las leyes activas de la vida, residuo enorme de la apagada intensidad funcional, molde de lo que fué, continente de lo que ha desaparecido, vaso roto que ha dejado libre el *quid occultum* de la vida.

Ese *quid occultum*, ha sido el escollo en que han naufragado los pensamientos, los esfuerzos, las teorías, las titánicas soberbias, los embrollados conceptos de los fisiólogos, con el experimento y sin el experimento, con el conocimiento profundo de las Matemáticas, la Física, la Química y la Historia natural, y sin la posesion de esas ciencias, porque una cosa es la máquina, cuyas piezas se examinan, tocan, palpan, y descomponen por el análisis, y otra cosa, los agentes que han movido la máquina, las fuerzas que han determinado el movimiento, cuya esencia jamás conocerá el hombre, á pesar de las novelas, invenciones y artificios de humoristas, solidistas, vitalistas, positivistas, materialistas, y todos los ortodoxos hoy, heterodoxos mañana, de la moda, que tambien á las ciencias alcanza el tiránico imperio de esa señora, cuya imposicion es absorbente en absoluto, gracias á las soberbias de los sábios y los orgullos de escuelas, cada uno de los que supone el encuentro de la verdad absoluta, en el modo íntimo de actuar, la íntima profunda actividad orgánica de los seres vivos, particularmente los animales, más particularmente el hombre.

Consiste esto en que cada sér es un mundo en pequeño, y refiriéndonos al hombre, cada individuo es una esencialidad, que obedece á la identidad de algunas manifestaciones, en cuanto á limitado número de hechos, campando por sus respetos la funcionalidad en otros muchos, que forman las multiplicadísimas excepciones, estudiadas constantemente por la fisiología; excepciones que rompen el armonioso conjunto de la regla general, el todo admirable de las leyes asignadas á la realidad comun de los fenómenos todos de la vida, conocidas solo del sapientísimo Autor de la Naturaleza, sabidas, regidas y modificadas por el Creador, digan lo que quieran y declamen cuanto les plazca, los *nililistas* científicos modernos, para quienes no hay más que átomos, moléculas, fuerzas, acciones, reacciones y toda la sublime bambolla y logomaquias que se condensan en las payasadas y romances, pregonadas á trompetazo rónico, por la doctrina flamante de la evolucion, con sus cuentos de las *Mil y una noches*, y el trasformismo, con sus delirios anglo-germanos y sus caricaturas neo-científicas.

Tan es exacto lo que decimos, cuanto lo demuestra el trabajo, recientemente publicado por el estudioso jóven doctor D. Angel Pulido, acerca de la lactancia paterna.

Funcion encomendada á determinados órganos de las hembras mamíferas, es la produccion de la leche, primer alimento del mamífero sér, órganos extrínsecos de generacion, que se relacionan íntimamente con los intrínsecos, hasta el extremo de dar señales ciertas de movimiento funcional, momentos antes y á luego del parto, movimiento funcional, á cuyas expensas viven los seres recién nacidos.

¿A quién se hubiera ocurrido que este privilegio de las hembras vivíparas, había de anularse ante la presentacion de fenomenalidad igual en los machos?

Y circunscribiéndonos á la humana especie, ¿quién no hubiera calificado de locura rematada, la teoría que *supusiese solamente* la posibilidad de que el hombre pudiera ser nodrizo, si vale el masculino de la palabra que indica, un precioso atributo de la mujer, tan precioso, que se relaciona sustancial y profundamente con el hermosísimo sublime ideal de la maternidad?

¿Un hombre, por sí solo, amamantar una criatura!

¡Error, blasfemia, necedad, demencia!... Con estos y otros nombres se hubiera calificado una aseveracion que los sábios más sesudos y desprevénidos considerado hubieran como imprudencia temeraria ó gen alidad de algun bromista saturado de buen humor.

Y sin embargo, nada más natural y completamente probado, segun todos los datos con que evidencia esta aberracion sexual el diligente doctor mencionado en el folleto (1) en que se ocupa de tan curiosa curiosidad.

Encabeza el Sr. Pulido la parte expositiva de hechos, con una comunicacion de D. José Castellar, médico y cirujano del real hospital de Cumaná, dirigida al real colegio de San Carlos y leida en la sesion de 7 de Octubre de 1798.

Lamentase Castellar de la incredulidad de las gentes acerca de cierta clase de fenómenos naturales, diciendo despues:

«El día 11 de Febrero de 1786 fué citado de órden del señor gobernador en casa del Sr. D. Manuel de Navarrete, tesorero y administrador general de Real Hacienda, para reconocer á un hombre que se llamaba Antonio Lozano, natural de la villa de Panplie, arzobispado de Búrgos, y á su hijo Juan Lozano, que residia en San Fernando, de la Gobernacion de Cumaná, de oficio labrador, y aplicado á la enseñanza de los indios en primeras letras.»

«Examinó detenidamente Castellar á ambos individuos, y encontró en el primero, un hombre de cincuenta años, perfectamente conformado, sin preternaturalidad alguna de su cuerpo, robusto, casado, y de cuyo matrimonio, cuando contaba treinta y seis años, parió su mujer dos hermosos gemelos, varon y hembra.»

«Tenia poca leche la mujer, andaba escaso de intereses el matrimonio, y de tal modo protestaban las criaturas contra aquella dieta relativa, á que su mísera condicion social y orgánica les sujetaba, que aburrido el infeliz Lozano, y no encontrando recurso más al alcance de su inteligencia ni de sus posibles que el de engañar á sus inocentes hijos, dió en aplicarlos á sus pechos (aun conociendo ser sin sustancia, sólo para entretenerlos), cuándo uno cuándo otro, durante el día, y en dormir con el varon, sin que por esto dejara la madre de alimentarlos con lo que sus rechupados senos podían segregar.»

A este paternal engaño, triste, final recurso del infeliz que, privado de toda clase de los necesarios para mantener á la naciente prole, acudia á una superchería, dictada por acerba desesperacion, comprensibles mejor á todo desdichado padre que se haya visto abrumado por tan desconsoador acontecimiento, produjo la sorpresa increíble, al parecer, que relata el folleto en las siguientes líneas:

«Sucedió tras este simulacro de lactacion, que cual si la Naturaleza se hubiera compadecido de las estrechuras de aquella familia, ó se hubiera indignado de las mañas del humilde Lozano, y quisiera castigarlas tornándole en verdadera nodriza, hizo que comenzáran á segregar leche sus senos, y notada, no sabemos con qué sentimiento, por ser impresion que han callado los cronistas, es decir, si con espanto ó regocijo, pero indudablemente con profunda sorpresa, su nueva funcion, sacó buen partido de ella criando durante cinco meses al hijo varon, que con este refuerzo alimenticio se desarrolló vigoroso y admirable.»

Para probar que el notable hecho á que se refieren las anteriores líneas no es el único, por lo insólito, dice más adelante el doctor Pulido, refiriéndose á varios que cita, lo que copiamos, suprimiendo la máxima parte de aquellos:

«Registran los libros científicos otros muchos casos de lactancia paterna, que aun cuando todos no sean de veracidad tan garantida como el expuesto, concuerdan con él en su causa, lo cual es un motivo para admitirlos, y carecemos de razones para negarlos como no empleemos la adocenada y grosera del no haberlos visto.»

«De uno de ellos da cuenta Benedictus en los siguientes términos (2).»

Maripetrus, sacri ordinis equestris, tradidit, Syrum quemdam, cui filius infans, mortua confuge, supererat, ubera sapius admovisse, ut famem filii vagantis frustraret, continuatoguctu lacte manasse papillam; quo exinde nutritus est magnus totius urbis miraculo.

«Veremos despues que algunos autores del siglo XVII reproducen esta indicacion.»

«El ilustre anatómico Bartholino, de imperecedero nombre, en un pasaje que presentamos más adelante, habla de otros casos análogos, cuyos observadores cita, y detalla el de un

(1) LACTANCIA PATERNA (Y GINECOMASTIA). Comunicacion dirigida á la *Sociedad gineológica española*, y leida en sesion de 18 de Marzo de 1880, por el sócio D. Angel Pulido y Fernandez.—Madrid, librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, núm. 8, 1880.

(2) Maripetro, caballero de sagrada órden ecuestre, consignó que un hombre, natural de Syra, á quien muerta su mujer le había sobrevivido un hijo recién nacido, tuvo frecuentes congestiones de sus pechos con los que entretenia el hambre de su hijo cuando lloraba; pero la continua aspiracion de los senos llegó á producir leche, que sirvió para nutrir en lo sucesivo á su hijo, no sin grande admiracion de toda la ciudad.»

individuo que pasó de Inglaterra á la Calabria, le examinaron Rhodio y Santorello, y el cual crió un hijo; otro que observó Waleo de un hombre que todavía á los cuarenta años segregaba leche, y por consiguiente caso muy parecido al de Lozano; y otro que él mismo pudo observar, referente á un niño scanico.»

«Gaspar de Reyes, autor portugués, se ocupa de un compatriota suyo que crió sus hijos, y Robert cuenta otro caso que referiremos.»

«Es posterior el siguiente, consignado en algunas obras de fisiología (Debreyne), diccionarios y de historia natural, entre éstas la de Chao, quien en su celebre libro *Los tres reinos de la naturaleza*, dice, á propósito de la lactancia en la especie humana, que un marinero, habiendo enviado á bordo, tuvo que poner un hijo á sus pechos para hacerle callar con el engaño, y que á los tres ó cuatro días notó, no sin grande admiración propia, que la criatura extraía leche.»

Extiéndese el doctor Pulido en atinadas y juiciosas observaciones, referentes á casos de la índole de los mencionados; examina los datos que arroja el exámen del líquido, segregado por los órganos masculinos pectorales, en los sujetos en quienes tan especial fenómeno ha sido comprobado; cita el curioso de secreción láctea de carácter determinado, en algunos recién nacidos, y añade á este contingente de observaciones, testificadas por respetables autoridades científicas, los recogidos, iguales en algunos machos de animales máfferos.

No contento con esto, aborda el autor del folleto la cuestión de si, dados los casos de que se ocupa ó solamente indica *es de precisa necesidad*, como algunos fisiólogos han creído la aparición del afeminamiento, es condición *sine qua non* de los individuos varones, en quienes se haya notado la secreción láctea, el cambio profundo de tendencia sexual, y amparado en el testimonio de cuarenta y seis profesores en medicina, que del asunto se han ocupado, entre los que se cuentan notabilidades como Ribes, Nélaton, Cliquet, Godard y Chaisaignac, Fedeli, Maestre de San Juan, Le-reboullet, Gonzalez Velasco, Sinel, etc., inserta un cuadro que, entre otros extremos, comprende cincuenta y nueve observaciones, referentes á manifestación clara de signos de virilidad ó afeminamiento, los cuales se descomponen del modo siguiente, por actitud sexual:

22 de individuos con caracteres absolutos de virilidad.

4 de id. con id. de afeminamiento.

1 de un niño de diez años.

A estos datos acompañan otros bibliográficos, sobre ginecomastia, secreción mamaria y conformación genital, con una casilla final de curiosas observaciones.

Admitida la certeza, segura de estas, entre las que se cuentan algunas del autor del folleto, ¿qué consecuencias se desprenden de las mismas, hoy que se tiende á generalizar, hoy, que como siempre, devora al hombre el afán de saber el por qué de todas las cosas, y el para qué de las mismas?

¿Puede, ni por un instante, suponerse que el hombre aspire á constituirse en providencia de la primera edad, por medio de la lactancia?

Semejante dislate podría ocurrir á quien con ánimo bonachon sostuviese que la mujer puede sustituir al hombre en el servicio militar, y otros que han sido, son y serán de la peculiar competencia del varón. digan lo que quieran trasnochados reformadores del bello sexo, ó marimachos con faldas, suponiendo que, dada la aptitud de la mujer para determinadas ocupaciones, que muy bien pueden ser ajenas á ambos sexos, que porque alguna vez, personas del débil, hayan señalado su existencia por manifestaciones intelectuales ó materiales, fuera de la comun y constante actividad civilizada, de la compañera del hombre, verdaderas excepciones de la regla general, aquella está llamada á ser lo que el varón es, en la vida pública y privada de las naciones cultas.

La lactancia paterna es una *aberración* de funcionalidad, que á veces se presenta acompañada de manifestaciones anatomo-fisiológicas especiales.

Es una excentricidad funcional que se observa y no se explica; es una desviación de modalidad, de naturaleza, que constituye una categoría, que llamaríamos de actividad semi-sexual perturbada, ni más ni menos.

Es, por otra parte, mucho que honra y distingue á la actual época de la medicina española.

El folleto del doctor Pulido prueba que en España no duerme el movimiento científico moderno, el movimiento activo, pensador é investigador del día; prueba que en nuestra nación se trabaja mucho, ya por los individuos á la ciencia consagrados, ya por sociedades técnicas, entre las que ocupa un lugar distinguido la naciente y laboriosa *Ginecológica Española*.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

Llegamos á Cartagena de Indias, la mayor de sus escalas, (1) á donde entran cada un año del Rio-grande, de Santo Domingo y del Zaire, Gambia, Cenaga, Poupous, Sierra Leona, San Tomé, Arda, Bini, Congo, Angola, Mozambique y otras partes, (2) veinte mil negros, más ó menos, los más llevados al Brasil, y todos se venden allí, como se venden en Argel. (3) Y el primero beneficio, después de haber llegado, es rapar con una navaja barbas, cabezas y cuerpos á los hom-

bres y mujeres, y con aceite untarlos todos, y fregarlos con una corcha quemada, para parecer más negros y más mozos, y con el lustre más sanos. Y advierta vuesa merced, que si dicen que en Angola hay venta de carne humana, y nos compran porque no nos maten ni coman aquellos negros bestiales, son poquitos los que sacan de este peligro, y millares los que, á vueltas dellos, traen.

Aquí me vendió mi amo á otro amo, que dió conmigo y con otros en Panamá, (4) que es la garganta desta féria infernal, y en lo demás una perrera, donde entramos con capitán y bandera, para mejor engañarnos. Allí fui vendido otra vez y de esta llevado por el mar del Sur; á la ciudad de los Reyes, (5) que es una gómia (6) que no la hartara toda Africa, ni Asia con sus islas, ni toda la parte incógnita con sus descubiertas provincias; en cuya plaza me sacaron á vender, á la voz de un pregonero vermejo, que pregonando decía, haciendo burla de mí:—¿Hay quién dé una blanca por el perro, que es muy bueno para muestra? y otros dichos que celebraban oyentes.

Llegaba uno y preguntaba:—Moreno; ¿dónde naciste?—Llegaba otro y decía: ¿Eres bozal ó ladino?—Y otro: Dime cuántos años tienes; muestra los dientes, bracea hácia las partes opuestas, junta los piés y pasea. ¿Tienes llagas ó algún otro mal secreto? Mira, negro, no me engañes, que doy por tí mi dinero y más, que me has de servir tan bien como lo he menester.—Y otro me dijo: ¿Quieres que te compre? pues sin tu consentimiento formo un gran monton de escrúpulos y de engaños para los dos.

Excuso decir lo demás, y que todo me miraban y palpaban, con grande amor de su bolsa y poco dolor de mí, que á todos estaba mirando; y si he de decir la verdad, ninguno me contentaba.

Mas al fin de uno en otro lance, fui á dar de punto en blanco en las manos de mi señora Clemencia, de cuya su gran bondad, y las mercedes que me hizo ya las dejo apuntadas; y sólo se me olvidó, que, cuando contenta, decía, que una negra que tenía era higuera, que le daba cada año una breva, que lo menos que valía era una barra de plata; sin reparar en que no era casada. Y lo que más mal sufría, que cuando yo le hablaba, aunque fuese en la iglesia en presencia del Santísimo Sacramento, y del obispo, y dos cabildos, y todo el pueblo, forasteros, blancos y negros, con audiencia y virey, hacia fuese de rodillas.

Esto es allá muy usado, y ahora no falta más que pedir la adoración; y fuera bueno se la diera con un puñal por los pechos, para acabar tanta soberbia.

Yo le dije:—Espera un poco, Periquito, porque te quiero contar lo que ví á un D. Pedro de Acuña, (7) caballero del hábito de San Juan, que en las Indias gobernó á Cartagena, y parece que por sólo pagarle Dios un sentimiento que tuvo, quiso yo fuese testigo, para que, puesto en la lista, viesen á saber los hombres que este hombre conocía que no era más que hombre. Y fué, pues, esta la historia.

Un negro, puesto de rodillas, le pidió justicia un día, acerca de su libertad; y D. Pedro, de verlo así humillado y con ambas las manos puestas, (8) fué tanto lo que se encendió, que tropicando palabras, ayudadas de ser algo tartamudo, fué corriendo y diciendo:—Levántate de ahí hermano: sea presto, que me abraso y no lo sufre mi ánimo: reverencia, adora y alaba al Soberano Señor del Universo, tan Dios tuyo como mio, que yo una sola hormiga soy, y á más subir soy un hombre; que luego te haré justicia, Y él mismo lo levantó y abrazó, y le alzó la antepuerta para que saliese á la calle, y se quedó dando vueltas por la sala diciendo:—Yo no soy Dios.

Y dijo más Periquito:—Mi señora me recambié á otra señora que, gallinas en costal que le traían á vender nunca las oí desechar, ni plato, ni cuchara ó gárfio de plata; sin reparo que aquellos á quien compraba no tenían minas, ni trato en España, China ó México, ni otro que sea por mar ó tierra, y lo daban á mucho menos del peso; y esto es lo que buscaba y quería. Era la señora golosa, amiga de guisadillos, ollas de toda mixtura, pasteles que llaman turcos, tortas que se dicen reales, y picantes escabeches con dulce, principio y postre; y le era muy aceto, aguar un vino con otro, beber con nieve ó salitre pasado por cantimploras: su mesa sembrada de flores y rosas, y á su rueda quien aventase las moscas, y lo mismo cuando dormía la siesta; y hacia que le trajesen los dedos de pies y manos, (9) que tenía puestos al aire, y le urgiesen las orejas con un poco de algodón; y quería, que para yo sustentarle estas y otras delicias, trabajase todos los días y noches, no obstante, que allá por otros caminos era grande buscavida ó buscamuerte, y tan mala su condición que por más diligencias que hice nunca la pude contentar. Era cólica, y pueden decir segunda mujer de Sócrates, y que por pasa ó no pasa aquí, me cargaba luego de palos, reía mucho de ver sonar en mis lomos los golpes de su garrote, y quería que siendo yo nuevo en la tierra y viejo en mil lengua, adivinase la suya y más á sus pensamientos. Yo, por no poder sufrir bestia tan desenfrenada, roguéla que me vendiese, entendiendo que saliendo de su casa saldría del purgatorio, y fui tan poco venturoso, que casi caí en el infierno de golpe en poder de un nuevo amo, á quien serví con el amor que á los otros.

Era tratante el señor, y de una en otra mina corrió todas las de oro, esmeraldas, azogue y plata; al fin en las minas de Potosí, á donde cuesta este metal las vidas de muchos indios, convirtió la ropa en piñas y en barras, y en otras partes hizo famosos empleos. (10.) Fué á Chile, Tucuman y Buenos-Aires; fué y volvió del Brasil, y á Santa Cruz de la Sierra y vertientes del Marañón: fué á Quito y á Popayan, Costa-Rica, Nicaragua, Guatimala, y en Guaxaca me vendió para Honduras (11) á un amo que por no poder soportarle todos sus negros, según que los acosaba, se le huyeron al monte, y le buscaron y hallaron en una estancia suya, en la hora de aquellas que dicen: «no ladran perros,» á donde atadas las manos, le colgaron en el umbral de la puerta, y así fué dejado allí con un título á las espaldas, que decía: «Tales para tal, es justicia;» y desta suerte murió.

Vendieronme por del difunto, y desta vez fui á dar conmigo en México, (12) á donde ví que la mujer de mi amo con otras muchas señoras jugaban días y noches á los alubres, primera, y con tres dados, tan franca y rasgadamente, que

hacian ventaja á los hombres más usados en estos cursos y artes.

Aquí, señor, sucedió, que un hombre muy ordinario me dió cuantas bofetadas quiso, sin yo formar queja desto ni dar causa; y no contento puso mano á un puñal, para darme por los pechos. Procuré de defenderme, viendo la muerte cercana; alzaron otros la voz, diciendo:—«Al negro, al perro, al traidor que se atreve á un honrado español.» Salieron muchos de sus casas, cada uno con las armas que halló, y, como á perro que ríbia, todos probaron la mano: al fin, luego fui preso allí, y sentenciado á ducientos, que me dieron por las calles á caballo y con trompeta, para atraer á los muchachos, que solemnizaron la fiesta; y para mí tan á traición fueron éstos como ellos á mí traidores. Echáronme de la cárcel, y encontré con letrados que dijeron que, conforme á buenas leyes, me hicieron grande merced; y... y tal se la hacen á ellos.

NOTAS.

(1) *Cartagena de Indias*.—Ciudad y capital de la antigua provincia de este nombre en el *Nuevo reino de Granada*, y actualmente capital del *Estado de Bolívar* en la república de Nueva Granada. Fué fundada por Pedro de Heredia el año de 1533 al lado de una gran bahía llamada *Calamari*, ó tierra de cangrejos, por los muchos que allí había.

(2) *Rio Grande, del Zaire, Gambia*, etc., fueron desde el siglo XVI y durante mucho tiempo los puntos escogidos para hacer el comercio de esclavos negros.

Rio Grande ó de Bolola.—Situado en la Senegambia y costa occidental del Africa á los 11° 30' lat. Norte, frente al archipiélago de Bissagos.

Congo.—Territorio del Africa occidental, en la *Guinea inferior*, situado entre el 3° y 9° latitud Sur, sobre el Océano Atlántico, donde desemboca el rio *Zaire*, llamado tambien *Congo*, que separa este país del de *Loango* por el Norte, como el *Danda*, que le limita por el Sur, le separa de *Angola*.

Angola.—Reino de la misma *Guinea inferior*, comprendido entre el *Coanza* y el *Danda*, (8° 20' y 9° 15' latitud Sur), con poblacion de unos dos millones de habitantes, y por capital á *Loanda*.

Gambia.—Territorio y rio de este nombre en la costa occidental del Africa á los 12° lat. Norte. Hoy es colonia inglesa, cuyo principal establecimiento existe en la isla de Santa María, situada en el rio Gambia y cerca de la ribera izquierda, con la que forma un canal navegable.

Cenaga.—*Senegal*.—Region y rio de este nombre en la costa occidental del Africa, en los 16° latitud Norte. Actualmente tiene Francia establecida allí una colonia que comprende la *isla de San Luis*, los puestos militares de *Richard-Tol* y de *Dagana*, el fuerte de *Bakel* sobre el rio *Senegal*, la *isla de Gosca*, la factoría de *Albreda* sobre el rio *Gambia*, y la de *Seghiou* junto al rio *Casamanza*.

Poupous.—*Pongo*.—Rio situado sobre los 10° latitud Norte en la costa occidental del Africa que sale al mar por seis embocaduras que son: *Barra de Fango* (Mid-bar), *Barra de Arena* (Sand-bar), *Common-bar*, *Yangouba*, *Taboorca* y *Bendé-Fehé*. El comercio de esclavos dió antiguamente mucha importancia á este rio.

Sierra Leona.—Gobierno colonial inglés en Africa, establecido en una península de la Guinea septentrional á los 8° 30' de lat. Norte, cuya capital se nombra *Freetown*. Es tierra mal sana y de escaso comercio.

San Tomé.—Isla situada en el Golfo de Guinea algo por fuera de la ensenada de Riaba, bajo de la misma línea Equinoccial.

Arda.—Rio de la Turquía europea, afluente izquierdo del *Maritza* cerca de *Andrinópolis*.

Bini.—*Benin*.—Territorio del Africa occidental, situado sobre el *golfo de Guinea* entre los 4° y 9° lat. Norte, cuya capital lleva el mismo nombre de *Benin*. Comprende aquel territorio la *Guinea superior*, y confina con los reinos de *Dahomey*, *Yarriba*, *Funda* y *Kalabar*.

Mozambique.—Region de la costa oriental de Africa, situada entre 10° y 26° de lat. Sur, y frente del canal que lleva el mismo nombre de Mozambique. En el día es colonia portuguesa administrada por un Gobierno general, y con el comercio arruinado, desde que fué una verdad la supresion del trato de esclavos negros.

(3) Después de muchas cédulas del Emperador Carlos V y del rey Felipe II, prohibiendo unas y limitando otras la introduccion de negros esclavos en las Indias occidentales, el progresivo aumento de las labores del campo y de las minas, y la falta de trabajadores, hicieron reclamar á los cultivadores, y los reyes de España empezaron á conceder licencias y arrendar los tratos de esclavos con armadores, que los extraían de Santo Tomé, Cabo Verde, Angola, Mina y otros puntos de la Guinea. El primer asiento que en la casa de la Contratacion de Sevilla se ajustó para este servicio, que rendía á la Corona diez ducados por cada cabeza, ó sean cien mil anuales, fué en 30 de Enero de 1595, con Pedro Gomez Reinel, por nueve años, para que en cada uno pudiese navegar ó trasportar á la América 4.250 esclavos negros, de los cuales se suponía que llegarían vivos 3.500; autorizándole además para tener casas abiertas en Sevilla y Lisboa, y disponiendo que pudiesen venderse licencias á los que las quisiesen, no excediendo de treinta ducados cada una.

Muerto Reinel en 1600, antes de cumplir su asiento, continuó con las mismas condiciones Juan Rodriguez Cutiño, desde 1601 á 1609; seguidamente se administraron estos derechos por el Rey, encargándole á uno de los oficiales reales de la casa de la Contratacion, hasta que en 1615 se hizo nuevo asiento con Antonio Rodriguez de Elvas, quien terminó la explotación de su negocio en 1622, y despachó en este tiempo 29.574 *piezas de esclavos*. ó sea á 5.000 cada año, considerando 3.500 para vivos y 1.500 para muertos.—La licencia de Reinel y Cutiño limitóse al desembarque en el puerto de Buenos-Aires, extendiéndose la de Elvas á los puertos de Cartagena y á Veracruz, y siendo la época del Ms. que publicó la comprendida en el asiento del portugués Cutiño, de ahí el que asegurase Periquillo que los más de los negros fueran llevados al Brasil y se vendieran allí.

Posteriormente, y en todo el siglo XVII, fueron muchas las licencias concedidas, numerosos los asientos hechos de ór-

del del Rey, y no conocidas exactamente las millaradas de negros que del Africa pasaron á la América; asientos y noticias que omito por no hacer esta nota extensa en demasía.—(V. NORTE DE LA CONTRATACION DE LAS ISLAS OCCIDENTALES... por D. Joseph de Veitia Linage.—Impreso en Sevilla, 1672.)

(4) *Panamá*.—Ciudad de la antigua gobernacion de *Tierra firme*, y hoy de la república de *Nueva Granada*, situada en la costa del Pacífico y fundada en 1518 por Pedrarias Davila, al pié del elevado monte que forma el istmo de su nombre ó del *Darien*, y en el sitio llamado posteriormente *Panamá la Vieja*.

(5) *Mar del Sur ó Pacífico*.—Ciudad de los Reyes, se llamó á la de Lima, metrópoli de los antiguos reinos y de la actual república del Perú. El primer nombre lo recibió al fundarla los españoles, el día de la *Adoracion de los Reyes*, en el valle de *Xauxa*; y al trasladarse la poblacion en 1535 á las orillas del río *Rimac* se la llamó *Lima*, que es corrupcion de aquel nombre, aunque sin perder en mucho tiempo el primitivo de *Ciudad de los Reyes*.

(6) *Gonia*, ó monstruo que consume y gasta y aniquila.

(7) Don Pedro Brabo de Acuña, caballero de la orden de San Juan, comendador de Salamanca y maestro de Campo, sucedió en el cargo de gobernador de Cartagena de Indias á Pedro de Lodeña, el año de 1593 y le sirvió hasta 1601, que obtuvo nombramiento de presidente de las islas Filipinas, del cual tomó posesion en 1602. Grande actividad demostró durante su mando en el Archipiélago: envió embajadores al Japon y estrechó las amistosas relaciones que ya existian con el emperador Dayfusama; desbarató los planes revolucionarios de los sangleyes (mestizos de chino é india), que pusieron en grave peligro la dominacion de España en Filipinas, y dedicado á limpiar de corsarios aquellos mares y los de las Molucas, tomaron sus tropas á Terrenate, cuya defensa dirigian los holandeses: conseguido su objeto regresó en 31 de Mayo de 1606 á Manila, en donde á 24 de Junio murió envenenado, segun declaracion de los médicos que le asistieron; sospechándose que lo fuese por instigaciones de los vencidos.

(8) *Con ambas las manos puestas*, era el signo de su mision y respeto, enseñado á los esclavos, y usado tal vez en el día, para demostrarla á sus dueños y á todo blanco que les dirigia la palabra. Esa humilde actitud reduciase á juntar las palmas y dedos de ambas manos y en esa disposicion preguntar y responder al dueño y superior, y á un conservarlas puestas mientras el negro permanecia en presencia del blanco.

(9) Que le rascasen, le frotasen, diesen friegas ó hiciesen cosquillas suavemente en los piés.

(10) Los arrieros peruanos.—En los siglos XVI y XVII era muy frecuente, aun en gente de calidad, llevar pacotillas de ropas de España al puerto de Buenos-Aires y dirigirse desde allí tierra adentro en numerosas árrias hasta las provincias del Perú y principalmente á los distritos mineros en donde cambiaban sus géneros por barras de plata. De esta clase de arrieros los hubo famosísimos por sus riquezas y especiales cualidades, pues el renombrado *Tupac-Amaru*, que tan en peligro puso la dominacion de España en aquellas partes, no era sino un arriero importante.

(11) *Chile-Chili*.—Antiguo gobierno y actual república de este nombre en la América Meridional, comprendido entre los 23° lat. S. y el estrecho de Magallanes. Fué aquel país sojuzgado por el inca Tupac Yumpanqui, explorado por D. Diego de Almagro, en 1535 y conquistado por Pedro de Valdivia en 1541, quien murió á manos de los indios en 1551.

Tucuman.—*Tucma*.—*Tucutma*.—Territorio de la América Meridional descubierto por Diego de Rojas en 1543, lindante con el Paraguay, que perteneció al Perú y luego á Buenos-Aires y tuvo por límites á las provincias de Chichas y Lipés del Perú, y Atacamas y Cuyo de la gobernacion de Chile.

Buenos-Aires.—Antigua gobernacion y virreinato de este nombre en la América Meridional y hoy República Argentina. La capital llamada La Trinidad de Buenos-Aires, la fundó D. Pedro de Mendoza en 1535 en el seno del río de la Plata á los 34° 30' de lat. austral.

Brasil.—*Tierra de Santa Cruz*.—Extensa region de la América Meridional, hoy imperio de aquel nombre, limitado por la república del Uruguay al S, las Guayanas y Venezuela al N., por los rios Uruguay, Paraguay, Guaparé ó Itines y el Yavari y por el Océano Atlántico.—Alvarez Cabral le puso el nombre de Tierra de Santa Cruz á esta region, que luego se llamó Brasil por la abundancia en que se encontró el palo así llamado.

Santa Cruz de la Sierra.—Antigua gobernacion del Perú y territorio de la América Meridional, limitado por el de Moxos al N., por el de los Indios Chiquitos al E., al S. por el de los Chiriguanoes y chaules, y al O. y S. O. por tierra de Tomina y de Mizque. La primitiva ciudad y capital de este nombre la fundó Nuño de Chaves en 1557.

Marañón.—*Amazonas*.—*Orellana*.—El mayor de los rios del Mundo, llamado con estos nombres y con el de Solimoes (ó río de veneno) que dieron los portugueses á la parte que baña el territorio del Brasil: nace en la laguna Llauricocha, y despues de recorrer 1.800 leguas de la América Meridional desagua en el Océano Atlántico. La boca de este gran río la reconoció Francisco Hernandez Pinzon en 1490 y recorrieron su trayecto Francisco de Orellana en 1541, Pedro de Ursúa en 1560 y otros despues.

Quito.—Antiguo reino del imperio de los Incas, y gobernacion de la Nueva Castilla y del Perú, despues que lo conquistó y pobló Sebastian de Belalcázar en 1534. Hoy es república del Ecuador.

Popayan.—Antigua gobernacion del río de Quito, llamada de Belalcázar por haberle descubierto este conquistador.—Hoy pertenece á la república de Nueva-Granada.

Costa Rica.—Provincia y gobierno de Guatemala en la América Septentrional, lindante con Nicaragua, Veragua y Tierra firme, llamada de Costa Rica por el mucho oro y plata que sacaron de sus minas, principalmente de la de Tisingala. Los misioneros españoles la sometieron en 1550, y el primero el franciscano fray Pedro de Betanzos. Hoy es república de este nombre.

Nicaragua.—Antigua provincia española, actualmente

república, de la América Central, entre las de Honduras y Costa Rica.

Guatemala.—*Goatemala*, *Cuauthemallan*, *Coctemallan*, etcétera.—Territorio de la América septentrional, que conquistó Pedro de Alvarado, confinante con las provincias de Oajaca, Yucatan y los dos mares, Atlántico y Pacífico. Actualmente es república del mismo nombre.

Honduras.—Antigua provincia y gobernacion de Higueiras ó Hibueras, en la América septentrional, limitada por las de Guatemala, Nicaragua y el Atlántico, y actualmente república de Honduras.

(12) *México*.—Capital del antiguo virreinato de la Nueva España, y hoy de la República Mexicana, fundada en el lago de Tezozaco por el pueblo azteca, el año de nuestra era de 1321 con el nombre de *Tenuchtillan ó Mexitly*, de donde procede el de México. Hernan Cortés se apoderó de ella en Agosto de 1521, y á los tres siglos ó sea en Agosto de 1821, se declaró independiente de España.

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará).

GALIANA.

(TRADICION TOLEDANA.)

El nombre de Galiana es uno de los que pronuncia más gustosa la tradicion. Brota de pronto en la fantasia revestida de los colores del iris la vírgen sarracena de melancólico mirar, ojos de fuego y cutis aterciopelado, rodeada de esclavas que bailan en torno suyo y la envuelven en sus velos transparentes, como en las gasas de una nube. La infanta mora ha dejado su nombre en las crónicas toledanas del siglo IX unido por el pueblo al nombre inmortal de Carlo-Magno. Es la rosa enamorada del sol que cierra su cáliz cuando el astro aparece en el cielo, temerosa de sus miradas, y sólo se atreve á abrirle por la noche al halago de las brisas.

Antes de llegar á la ciudad, siguiendo la orilla del río, sembrada de álamos corpulentos que agitan su penacho de verdes ramas; de cañaverales que chocan empujados por el viento, y de vistosas florecillas de varios colores que exhalan dulce aroma, álzase, cual si surgiesen de la tierra por el conjuro de la maga del pasado, unos viejos torreones casi derruidos, muros que el tiempo tiñó con su color amarillento y hundió á trozos bajo su paso vacilante. El pueblo dá á aquellas ruinas el nombre de palacio de Galiana, y se esmera en referir sus maravillas. El arte y la poesía habianse unido en estrecho abrazo para fabricarle. Desde él se percibian los rumores de los campos al despertar bañados por la luz de la aurora ó al dormirse envueltos en la sombra de la noche. Habia en él grandes *clepsydras* que seguian con el flujo y reflujo de sus aguas el movimiento de la luna á través del espacio indefinido. Todos los refinamientos del lujo, todos los sueños de la molice, tenian allí viva representacion.

I

Era de noche. Toledo, arrullada por el Tajo que parecia adormecerla con su murmullo eterno, descansaba de las fatigas del día. Las estrellas lanzaban sobre los campos silenciosos su deslumbrante claridad, iluminando con vago tinte la alta cumbre de las montañas, lejanas como la realizacion de un deseo; la luna, sultana hermosa del espacio, cruzaba sus vastas soledades, seguida de un ejército de puntos diamantinos como relámpagos de luz.

Todo era silencio en los jardines del palacio de Galiana. La brisa de la noche habia calmado el ardor sofocante del día y daba aire más puro á los pulmones; aire aromado que, mediándose blandamente en el follaje, murmuraba colgado de sus hojas cantos sencillos llenos de misteriosa melodía.

Y en medio de aquella calma muelle y voluptuosa, en medio de aquel silencio que parecia invitar á los placeres del amor, dos sombras altas, esbeltas, sentada la una sobre florido banco de verdura y arrodillada la otra á sus piés, vestidas las dos con blanca túnica flotante, bajaban la cabeza y parecian abandonarse al misterio de aquella hora, al encanto de aquel retiro.

De cuando en cuando, la mujer, mejor dicho, la niña, levantaba la cabeza y, al hacerlo así, parecia que las estrellas palidecian en el cielo eclipsadas por el brillo de aquella estrella de la tierra que las vencia en hermosura. Un débil suspiro salia de sus labios encendidos como un clavel. Y la jóven sentada á sus piés en el menudo césped alzaba á su vez los ojos llenos de melancólica dulzura hácia el rostro de su señora, y tomando entre sus manos pequeñas las más pequeñas áun de aquella, se las llevaba á los labios con un movimiento de respeto y de cariño.

—¿Es posible, princesa,—la decia,—que huya el sueño de tus ojos y la calma de tu espíritu? Hija de un rey poderoso y fuerte á quien Toledo rinde párias y el califa de Córdoba no se atreve á herir; jóven, hermosa como uno de los ángeles que entrevió el profeta en su místico viaje al Paraíso en la yegua El-Borack; tú, cuyo nombre es tan dulce que parece una bendicion de Alláh, cayendo sobre la tierra como un rocío de misericordia; tú, en cuyos ojos se miraron los ángeles y las huries que te mecieron en sus brazos estaxiándose en tu sonrisa, ¿qué puedes desear? La nieve que corona en invierno la cresta de las montañas envidia la blancura de tu cutis; la noche, la negrura de tu cabello de azabache; el sol del mediodía los rayos que despide tu mirada. Los génius te formaron de un suspiro de las brisas, de un beso de la luz. El río envía sus espumas para que laman tus piés, la tierra flores para que te dén su aroma. Tienes padre que te ama, vasallos que te adoran y te respetan... ¿Qué falta, pues, á tu dicha? Compárate con la pobre esclava, separada de los suyos, vendida lejos del cielo de su patria, errante por los desiertos de la vida, y bendecirás á Alláh que de tal manera ha derramado en tu frente los dones de su bondad y su largueza.—

Calló la esclava, y su señora, con una voz dulce y cadenciosa parecida á la nota de un órgano armonioso, murmuró:—Tienes razon, Geloira. Mi tristeza ofende al poderoso Alláh que tantas mercedes ha derramado sobre mí. Nada me falta de cuanto deseo; la misma reina de las hadas envi-

diaría mis palacios. Y sin embargo, siento dentro de mi alma un vacío que nada de cuanto me rodea llenaría. Creo que no existe en la tierra objeto alguno capaz de satisfacer ese anhelo, esa aspiracion que en fuego inextinguible me consume.

—¿Cómo?

—Escucha. Cuando sola en la calma de mis retretes perfumados aspiro las más suaves esencias de la Arabia, no percibo entre ellas una que creo yo haber percibido en otra parte; cuando escucho los trinos de mis pájaros, falta en ellos un canto que yo he oido alguna vez, no sé si en sueños ó despierta; todo cuanto me rodea es hermoso, pero yo creo que existe algo que es más hermoso todavía; y no pudiendo llegar jamás á conseguir ese algo que quizá sólo existe en mi imaginacion, temo que el espíritu del mal me haya inspirado esos pensamientos que no he de ver realizados para que me canse de la vida.

—Princesa, yo nada sé del mundo; soy jóven como tú; quizá la misma luna presidió nuestro nacimiento. Arrancada á mi país desde mi niñez, sólo he aprendido de él lo que enseña la desgracia; pero me parece que esa aspiracion tiene un nombre en la tierra.

—¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Amor!... ¡Sí!... En estas noches deliciosas y calladas, las frases de amor deben sonar en los oidos como notas de un cántico divino; deben ser para el alma consumida por el deseo como una fresca lluvia que humedece los campos.

—Te oigo absorta, princesa. Hablas del amor como si no sintieses sus efectos. ¿Por ventura no amas á Abenzaide, el poderoso gobernador de Guadalajara?

Un ligero ruido se dejó oír, y algo como un soplo de viento movió, sin duda, las ramas del follaje que en verde banda se extendia á espaldas de la vírgen sarracena. Volvió ésta la cabeza y murmuró:

—Diríase que alguien anda cerca de aquí...

—Es el aire, señora.

—Eso será. Me preguntabas, Geloira, si amo á Abenzaide... no; no le amo. Sé que es fuerte y poderoso, que me ama hasta el delirio; pero no tiene el alma que yo he soñado para que fuese compañera de la mía. Es brusco, altivo, dominante; yo soy débil y humilde. Unirnos seria unir el torrente y el arroyo, el huracan y la palmera, el simoun de la tierra de nuestros padres y la brisa de nuestros jardines.

—De modo que no le amas?

—Por el contrario, le aborrezco.—

Volviéronse á mover las ramas de los árboles, pero ni Galiana ni Geloira se fijaron ya en ello.

—Esta noche vendrá—continuó la princesa.—Lleva sin verme una luna y ya me parece oír por el camino el galope precipitado de su yegua. Esta misma noche le rogaré que no vuelva á verme, ni me importune más con sus halagos.—

Aun no se habia extinguido el eco de estas palabras, cuando se entreabrieron las ramas del jardín, y un caballero, vestido con el airoso traje de los cristianos del Afranc, cayó á los piés de la doncella mora, que exhaló un grito de terror, estrechándose cuanto la era posible contra su esclava, tan atemorizada como ella.

—Perdóname, princesa, si oculto en tus jardines he sorprendido las noticias de mi ventura. Mientras creí que amabas á Abenzaide, la acogida que tu padre me ha hecho me impedia decirte una sola palabra que pudiera darte á entender mis sentimientos. Hoy, que sé que no le amas, no vacilo en decirte. La fama de tu hermosura me ha movido á venir desde el lejano reino de mi padre á ser huésped del tuyo. Te he visto y moriría sin tu amor. Princesa, mi padre me llama, mi reino me espera impaciente; ¿quieres cambiar tus jardines por los jardines de mi patria?—

Enmudeció Galiana de sorpresa. Cuando su primer movimiento de terror se hubo desvanecido al reconocer en el caballero que estaba á sus piés á Carlos, hijo del poderoso rey de Afranc, que hacia un mes vivia alojado en su mismo palacio por orden de Galafre, el rey moro de Toledo, la alegría irradió en su rostro, dulcemente iluminado por la clara luz de la luna. Ella tambien se habia fijado en el gentil mancebo cristiano, deplorando que no fuese éste el régulo de Guadalajara. Carlos tomó una de sus manos y la llevó á sus labios, mientras imploraba con los ojos una contestacion á su pregunta. Sonó un ¡sí! débilmente pronunciado, y Galiana ocultó su rostro, teñido de rubor, en el pecho de su esclava favorita.

Una nube eclipsó la luna. Quedaron los jardines en la sombra. El eco de dos voces que hablaban á la vez, que á la vez se preguntaban y se respondian, turbaba el silencio. Parecia el arrullo de dos pájaros en el fondo del bosque dormido en brazos de la noche.

II

Ginete en una poderosa yegua tendida á escape por un estrecho camino, con la cabeza alta y la vista devorando el espacio que se extendia ante él, Abenzaide, envuelto en su jaique, destacándose como un punto blanco sobre el fondo negro de los árboles, animaba á su montura con palabras secas, furioso por que no podia dar á su carrera las alas de su pensamiento.

A su lado iba Hassan, el moro á quien más temian los cristianos de Guadalajara por la doblez de su carácter.

Largo tiempo corrieron en silencio: cuando al dar una vuelta el camino apercebieron en el fondo del palacio de una hermosa hija de Galafre, un grito de alegría se escapó del pecho del enamorado moro.

—Ya llegamos, Hassan.

—Hora es ya, señor, de dar fin á esta carrera que traemos. Mi caballo no puede ya más.

—Que aguante un poco, y pronto podrá descansar.

—Ya hacia tiempo, señor, que no cruzábamos este camino.

—Una luna, Hassan; una luna hace que no veo el rostro de la princesa. ¡Malhayan los asuntos del gobierno que de tal modo abstraen nuestra atencion! Pero sea bien empleada la ausencia si ha servido para ablandar su corazon y hacerlo más fácil á mis palabras.

—¿Y por qué, siendo tú el poderoso Abenzaide, á quien las mismas huries del Paraíso acogerán con agrado cuando

llegues á ellas teñido en sangre nazarena, por qué suspiras á los piés de Galiana, que se burla de tus suspiros, cuando otras hermosuras languidecen por que no las miras, como languidecen las flores sin las miradas del sol?

—¿Lo sé yo acaso? Es verdad que Galiana es hermosa, muy hermosa; más que todas las damas mahometanas que envidian su belleza y su esbeltez; pero no es solo esto lo que me une á ella con fuerte lazo que siempre temo ver roto. Es quizá su indiferencia el misterioso encanto que me hace volver siempre los ojos hácia el sitio en que vive para enviarla mi amor. Ni amante, ni desdeñosa, siempre me escucha distraída, como si mientras yo la refiero mis penas al pié de su ajimez, ella á su vez hablase con algún sér invisible oculto á mi espalda. ¿En qué piensa entonces? No lo sé. Contesta con evasivas á mis palabras, y se retira luego sin que un rayo de esperanza descienda á mi corazón.—

La voz de Abenzaide era muy triste al decir esto; su rostro se oscurecía al recuerdo de sus pesares amorosos, y al acabar guardó silencio: un silencio triste y forzado que Hassan no se atrevió á interrumpir. Siguió su señor abstraído en sus pensamientos, cuando de pronto se serenó su semblante; pintóse en él una profunda decision y volvió la tranquilidad á sus facciones; pero en el mismo instante su yegua tropezó y dió un violento bote para saltar por cima de una enorme peña atravesada en el camino.

—¡Mal agüero! La primera vez que tropezó mi yegua estuve á punto de perder la vida; quizá me anuncie la segunda la pérdida de mi amor, que es la pérdida de mi felicidad.

—Desecha, señor, tan lúgubres ideas.

—Estoy resuelto, Hassan. Esta noche va á ser decisiva para mí. Obligaré á Galiana á que me dé una respuesta categórica, y me uno á ella dentro de pocos días ó parto para no volverla á ver jamás. El príncipe del Afranc está aquí, ha venido no sé con qué objeto, quizá á verla atraído por su hermosura y no puedo resistir los celos que me atormentan.—

Llegaban en esto, frente al palacio de la princesa, y como obedeciendo á secreto impulso, los caballos se detuvieron á un tiempo, conocedores ya del terreno en que se encontraban Adelantóse Abenzaide algunos pasos más, dejando á Hassan oculto entre los frondosos álamos, y ya se preparaba á hacer la acostumbrada señal, cuando giró sobre sus goznes una pequeña ventana cercada por primorosa banda de flores talladas en piedra por un cincel maravilloso, y apareció apoyada sobre el alfeizar la hermosa Geloira, la esclava favorita de la princesa.

—¡Geloira!—dijo en voz baja Abenzaide.

—¡Alláh te guarde, señor!

—¿Dónde está tu señora?

—En este momento pide al poderoso Alláh que conserve tus días.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Las dos te hemos visto desde las ventanas de su cuarto.

—¿Y no viene?

—Perdona, señor, á la esclava que cumple las órdenes que recibe sin poder atenuar su crueldad.

—¿Qué dices?

—Galiana te ruega por mi boca que nunca más vuelvas á turbar con tus cantares amorosos la calma de sus jardines. Comprende que no puede ser tuya, y pidiendo al santo Profeta que te haga muy feliz, se niega á verte.—

Mudo de sorpresa quedó Abenzaide al escuchar tales palabras. No podía creerlas; juzgábase juguete de un mal sueño y se restregaba los ojos para despertar.

Pero no podía estar más despierto. Geloira, apoyada en la ventana, le miraba con aire compasivo.

Por fin levantó el moro la cabeza.

—¡No quiere verme!—murmuró.

—Dá tu venia, señor, á la esclava, para que se retire conmovida por tu dolor. Mi señora me espera y voy á darla cuenta de que te he dado mi mensaje. ¡Alláh te guarde.—

Cerróse la ventana, y Abenzaide permaneció en la misma posición, sombrío y mudo como debió quedar el primer hombre al ser arrojado del Paraíso por la espada de fuego de los ángeles. Pero de pronto se rehizo, dejó escapar un grito de rabia que sonó ronco y estentóreo y montando en su yegua partió como una exhalación, por el mismo camino que había traído, siguiéndole Hassan y desapareciendo ambos en una nube de polvo que á poco se perdió en el horizonte.

Al día siguiente, de regreso en Guadalajara, esforzabase Abenzaide en buscar la causa de la conducta de Galiana, y se desesperaba al ver que la cuestión era para él un enigma, cuando á la caída de la tarde llegó la solución de aquella duda. Un caballero cristiano, procedente de Toledo, le trajo un mensaje de su señor, el príncipe del Afranc en el cual se declaraba éste pretendiente á la mano de Galiana, desafiando á su rival y señalando como lugar en que, según la decision de Galafre debía efectuarse el duelo, los campos próximos á Balsamoral, pequeño lugar situado á legua y media escasa de Toledo. Al recibir este mensaje Abenzaide no pudo ocultar su alegría. Iba por fin á vengarse, y para ciertos caracteres la venganza es tanto como la felicidad.

III

Cuajado estaba de gente el empolvado sendero que conducía desde Toledo á Balsamoral. La multitud caminaba apresuradamente como temiendo llegar tarde. Galafre y los nobles señores de la corte habíanse trasladado ya al pequeño pueblo, orgulloso de contener en su recinto tan numeroso y escogido séquito.

Pero no era una fiesta lo que se preparaba. Aquel sol, manantial perenne de vida, aquella fresca campiña todavía salpicada de rocío, parecían reflejar la dicha; y sin embargo, la multitud, llena de animación y de alegría, se citaba en aquel sitio para presenciar un duelo á muerte, una escena de dolor; aquel campo iba á empaparse pronto en sangre humana, aquel sol iba á caer sobre un cadáver.

Había llegado el día señalado para el desafío entre Carlos, príncipe cristiano, y Abenzaide, régulo de Guadalajara. Galafre el rey de Toledo, se dignaba autorizar el duelo; Galiana, su hija, la más bella princesa mahometana, era el premio del vencedor.

Y contra lo que, al parecer, debía esperarse de aquel público, compuesto en su mayoría de sarracenos, todas las sim-

patías estaban por el cristiano. Diferentes causas había para que así sucediera. Por un lado, Abenzaide era aborrecido de cuantos le conocían; su feroz carácter y su crueldad habíanle enagenado las simpatías de sus vecinos, y héchole odioso á sus vasallos. Por otra parte, el cristiano era un jóven y hermoso caballero que, abandonando su patria, había venido á pedir hospitalidad á sus enemigos en religion. La fama de su valor habíale precedido, y todos contaban de él grandes proezas, presentándole como galán á los ojos de las mujeres y temible cerca de los guerreros más valientes. ¿No era una pena que tanta juventud, tanto valor, tanta lealtad, sucumbieran á manos de un tirano como Abenzaide? Había, además, otra razón que aumentaba las simpatías hácia Carlos. Galiana era el ídolo de Toledo; tenía la como un ángel enviado á la tierra por la misericordia de Allah, que así quiso dar á su pueblo una prueba de estimación, y Galiana amaba con toda su alma al cristiano, que por librarse de un rival odioso espionaba su existencia al valor y pujanza de Abenzaide. De aquí que los musulmanes hicieran votos por el jóven príncipe; y si á estos se unían los votos de los muzárabes, que naturalmente habían de elevarse en su favor, bien puede decirse que en la concurrencia que iba á presenciarse el duelo, pocos, muy pocos habían de ser los que no desearan la derrota del régulo agareno.

Galiana formaba también parte del concurso. Sentada en elegante estrado, sobre blandos cojines de las sedas más ricas de Oriente, reflejando el dolor en sus grandes ojos, negros como el fruto de las moreras, la pobre niña temblaba por su amante, el apuesto caballero que pronto iba á combatir para librarla de aquel perseguidor eterno que la enojaba con el relato de sus males. Y ante la idea de que Carlos podía ser vencido, su corazón latía más deprisa y sus ojos se cerraban de terror. En cuanto á Galafre, inquieto también por el dudoso resultado de la lucha, no ocultaba su preocupación.

Llegó en esto el momento del combate. Los dos adversarios, vestidos de sus más ricas armaduras, montando sus caballos más briosos y blandiendo sus armas mejor templadas, se hallaban uno enfrente de otro mirándose con expresión de odio, á duras penas contenido. Levantóse Galafre de su asiento, dió con la mano la señal y Galiana bajó su cabeza cerrando los ojos para no ver y tapándose los oídos para no oír. Aún no se había extinguido el eco de la voz de Galafre, que excitaba á los combatientes á la lucha, cuando los caballos de Carlos y Abenzaide, partiendo en el mismo momento á escape como movidos por oculto resorte, chocaron con horrible estrépito. Oyóse el ruido de las armaduras oprimidas una contra otra por la fuerza del choque, saltaron en pedazos las lanzas, y caballos y caballeros se fundieron en una masa que desapareció entre una espesa nube de polvo. Durante un minuto nada pudo verse á través de ella; el grupo informe, del que salían roncadas imprecaciones, osciló á un lado y otro algún tiempo; por fin cayó pesadamente al suelo. Disipóse la nube de polvo, y entonces la multitud fijó en la arena su mirada ansiosa. Solo Galiana se mantuvo en la misma posición sin atreverse á alzar la vista, temiendo reconocer á su amante en el vencido. Pero el grito unánime del pueblo que aplaudía al vencedor la dió fuerzas, y ella también miró, y un ¡ay! supremo de reconocimiento y gratitud brotó de su pecho. Carlos, de pié sobre su adversario, cuyo tronco inerte y sin vida yacía tendido á sus plantas, caído el casco y suelta al aire la rubia madeja de sus cabellos, miraba con amor al sitio que ocupaba la princesa sin paramientos en las alabanzas de que era objeto.

Recogieron los servidores de Abenzaide los despojos de su señor, y en fúnebre cortejo regresaron á Guadalajara, de donde la vispera habían salido con marcial aparato y ciega confianza en la victoria, mientras Galafre disponía grandes fiestas para festejar al vencedor.

Pocos días después Carlos volvió á su país, llevando consigo á Galiana, acompañada del obispo Cixila, encargado de verter las aguas del bautismo en la cabeza de la princesa, y celebrar su casamiento con el príncipe del Afranc. El tiempo ha caminado mucho desde entonces, pero aún se conservan en algunas poblaciones francesas huellas del paso de la hija de Galafre: la tradición añade, que casada con el que fué más tarde Carlo-Magno, dió á éste cinco hijos, entre los que se cuenta Ludovico Pío, heredero de la corona á la muerte de su padre.

IV

Quedaron los palacios de Galiana silenciosos y solitarios en medio de la espléndida vega de Toledo, como un nido abandonado, cuyos alados huéspedes vuelan en busca de otro mejor á la llegada del invierno.

En esos días en que no salía de ellos ninguna voz, ningún murmullo, nuncio de la vida que otro tiempo tuvieron, los que habitaban en la orilla opuesta del Tajo tenían grandes motivos para estar asustados y mirar con espanto á su alrededor. Todas las noches veíase una larga sombra, gine en una yegua, que caminaba pesadamente, rondando en torno al palacio, y lanzando lastimeros ayes, que conmovían á cuantos los escuchaban, y en los cuales creían algunos distinguir el poético nombre de Galiana. Era la sombra de Abenzaide, que turbando la paz de su sepulcro, subía á la tierra á deplorar la ausencia de la que fué su amada en otro tiempo, y á lamentarse de su mala fortuna en aquellos lugares en que soñó su dicha.

Algunas veces, veíasele volver el rostro á la ciudad y amenazar con la mano á aquel pueblo que por odio hácia él había aplaudido la victoria de su contrario, sectario del Cristo y enemigo del Profeta. Entonces el viento que pasaba por sus entreabiertos labios descoloridos, parecía repetir una maldición y una amenaza. El espectro juraba vengarse de aquel pueblo veleidoso.

Y se vengó. Hé aquí cómo.

Pasaron las épocas y los hombres, y todos los que en Toledo presenciaron el singular desafío de Carlos y Abenzaide bajaron uno tras otro á la tumba y fueron á dar á Alláh cuenta de sus acciones y sus pensamientos. La sombra del vengativo moro, sin embargo, seguía errante por entre los álamos del río, gine en su esquelética yegua, lanzando rayos de furor por las vacías cuencas de sus ojos; y constantemente, antes de retirarse, se volvía hácia la ciudad y la amena-

zaba como en pasados días. Su odio se conservaba inextinguible.

Un día, el desierto palacio de Galiana se animó; Al-Mamun, rey de Toledo, concedía en él generosa hospitalidad á Alfonso, rey de Leon, desposeído de este reino por su hermano, y fugitivo del monasterio de Sahagun. Muchos meses pasó en Toledo el leonés; una noche los habitantes ribereños le vieron pasearse bajo los álamos en compañía del espectro.

Era una noche de luna; Toledo, cubierta por leve cortina de niebla, se destacaba en el horizonte. Volvióse el espectro en todas direcciones, señaló las campiñas que la rodean, el río que las fertiliza y el camino de Madrid. Siete veces siguió estos movimientos y siete veces se inclinó hácia Alfonso, como si le hablase al oído; siete veces también hizo el de Leon un signo de asentimiento.

Todos los que vieron esta escena se preguntaban en vano lo que significaba. Más tarde lo supieron por su desgracia, y el tiempo se encargó de contestar á sus preguntas. Hecho Alfonso rey de Castilla, olvidando deberes de hidalguía y gratitud, vino á Toledo en són de guerra y siguió para conquistarla el único medio posible; el de talar siete años seguidos sus campiñas, privándola así de abastecimientos y viéves tan necesarios á su numerosa población.

¿Quién le había inspirado este diabólico plan? Para los habitantes de la ribera del Tajo no fué esta un misterio. Aquella era la venganza de Abenzaide.

Y dió cuerpo á este rumor el que durante los siete años que duró el sitio, el espectro surgía todas las noches amenazador, mirando con aire de triunfo á la ciudad atribulada. Cuando Toledo cayó en poder de los cristianos desapareció y no se le ha vuelto á ver.

Hoy sólo quedan del suntuoso palacio unos viejos muros coronados de hiedra, y en cuyos rotos torreones cuelgan su nido las golondrinas durante el verano; pero aún en las noches serenas y tranquilas parece vagar entre los árboles la sombra de Abenzaide que recorre los alrededores del arruinado alcázar sin atreverse á penetrar en él.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Deben carecer de exactitud las noticias que con referencia á telegramas de Londres publicamos en uno de nuestros últimos números sobre el convenio de paz celebrado entre las repúblicas de Chile y el Perú. Los periódicos de ambos países nada contienen que se relacione con aquel fausto suceso, que haría deponer las armas á los combatientes. Después de la enérgica declaración del presidente de la república del Perú, no podía esperarse más que la continuación de la guerra, que sumergirá al fin á aquellos hermosos países en un mar de infortunios.

Un telegrama de Panamá dice que, según noticias recibidas allí del Perú, el 11 del corriente fué ocupado Chimbote por el ejército chileno, el cual proseguía su movimiento de avance combinado con el de la escuadra, y se creía que muy en breve llegaría delante de Lima y pondría sitio á esta ciudad.

Otro despacho de Panamá, con referencia á otro de Valparaíso, dá noticias de Chile que alcanzan hasta mediados de Setiembre. El día 13 tuvo lugar un espantoso terremoto en algunos puntos de aquella república. En Valparaíso se sintió el fenómeno, pero el telegrama no hablaba de desgracia alguna. En cambio, decíase en aquella ciudad, que Illapel había quedado destruida, pereciendo 200 personas.

Se aseguraba que la escuadra chilena había bombardeado el puerto del Callao el 31 de Agosto.

CRÓNICA.

A las puertas del mes de Octubre se ha parado el verano. Ya no viste de trasparente gasa, ni trae en sus manos la dorada espiga, ni abraza al mirar, ni sale de noche para no exponerse á coger una pulmonía. Aunque el almanaque le ordena estar entre nosotros algunos días más, todos los años por ahora se subleva, y sin atender á razones, ni acordarse para nada de dejar bien puesta la veracidad del calendario, emigra con las golondrinas para no volver hasta que vuelvan ellas y le anuncien que ya tiene arreglada la casa. El verano, como los viejos verdes gusta mucho de que se le tenga por irresistible, y lleva muy mal que no se le mire con el mismo temor que las mujeres beatas miran á los hombres de mundo. Así es que en cuanto la gente que salió de Madrid, buscando emociones y fresco, vuelve, él se vá. No quiere exponerse á que ahora se rian de él los que tanto miedo le tenían en los calurosos días del mes de Agosto, y se retira á tiempo. Esta virtud que tanto convendría á los fracs y á los actores viejos, la posee en absoluto. Ver que las mujeres miran á su resplandeciente escudo, que es el sol, sin bajar los ojos y huir, todo es lo mismo. Al enemigo que huye, puente de plata.

Dejémosle marchar. ¡Cuántas impresiones llevarás escritas en su cartera de viaje! Las notas tomadas á orillas del mar, serán las más interesantes y sobre todo, las más frescas. El prólogo de ese libro, lo mismo que el de la creación, podría escribirse diciendo cómo se ha hecho el mundo. El epílogo es casi un milagro: agua de Lourdes y vestidos que han pasado por la frontera sin pagar aduana. La alegoría del verano podría hacerse también muy fácilmente. Basta pintar un tren de recreo, una señora abrazada por un bañero, una mesa de banca, y un grupo de hombres y mujeres negros,

porque se han entretenido en estar mirando al sol para que, tostándolos, los ponga del color de moda. Todo esto lejos de Madrid.

Madrid ha vuelto á recobrar su fisonomía propia, y está con ella muy interesante y en actitud de que cualquier mal pintor pueda retratarla sacando algún parecido. Es cosa indudable que en Madrid la primavera no existe, aunque sí una calle de este nombre donde se trata de construir un teatro económico como las cocinillas de viaje. Entre la capa y el traje de dril; entre la estufa y la horchatería, no hay más que una línea. La distancia que separa el gaban de verano del capote ruso, ya es mayor. Esa distancia se llama otoño y es un camino delicioso.

La tierra descansa; el sol asoma perezoso, como si después de habernos achicharrado no le quedase nada que hacer; las flores, más valientes, aún nos saludan con su fragancia, como los gladiadores romanos que morían riendo; la atmósfera, embalsamada y tibia, nos hace pensar en un largo domingo de la naturaleza; los teatros conviértense en joyerías, si hemos de respetar la comparación de los palcos con los estuches de diamantes; las aceras están llenas de gente que va y viene, que se empuja y codea, donde hay guardias de orden público que vigilan al lado de rateros que hurtan; las Universidades se ofrecen como terreno fertilísimo para la agricultura, dando en tres meses dos cosechas de calabazas; las tiendas elegantes exponiendo en sus escaparates telas riquísimas, viendo á sus puertas una larga fila de coches como en las casas donde hay entierro, abriendo cuentas, algunas de las cuales se cierran cuando la Puerta del Sol.

La ley india dice que la mujer es la casa, y un poeta indio que la mujer es la fortuna. Podrá ser entre los indios, pero entre los españoles el casarse va siendo un problema mucho más difícil de resolver que el problema social. Y eso que el hombre no es avaro. Michelet lo ha dicho: «El hombre dará su vida por el amor, y creará que no ha dado nada.» Muchos hombres hay, sin embargo, que darían su vida y no pueden dar un abono en el teatro Real. La última subida de precios, decretada por el señor Rovira misteriosamente, como el Consejo de los Diez en Venecia dictaba sus sentencias, tiene alarmadas á todas las gentes y es objeto de innumerables comentarios. Un antepecho se solicita más que un traje entero, y hay padre que creeria haber dotado bien á su hija con darla el talon de abono de una butaca para ir al teatro de la Opera, lo mismo si canta Gayerre que si cantase Perico el Ciego.

Una señora viuda de un intendente, que va siempre de luto, y tiene patillas, y manotea cuando habla, y habla en andaluz, y pone los ojos en blanco cuando se entusiasma, y no tiene dinero casi nunca, lo decía la otra noche:

—Yo no salgo ningún verano de Madrid, porque en el mejor hotel de Europa no encontraría las comodidades que en mi casa. De mi casa al Paraíso.

Y así lo hace.

Todas las noches de invierno, de su casa al paraíso... del Real.

No admite duda que ^{**}atravesamos un período de agitación científica, como pocos fecundo en ideas salvadoras y en resultados provechosos. Convenimos con Renan en que al gran movimiento filosófico que Descartes inicia y prosiguen el cartesianismo, Leibnitz, Locke, la escuela francesa, Hume y Kant, sucede un extraño y continuado silencio que anuncia el olvido de los estudios metafísicos no redimidos por Schelling.

Pero si el porvenir de la metafísica se presenta poco risueño, las ciencias antropológicas alcanzan extraordinario esplendor, merced á las investigaciones de Gerland, Xuxley y Hartman; las ciencias físicas y exactas se enriquecen con descubrimientos maravillosos; la historiografía se manifiesta en todos los países como fiel expresión de la vida política, y los estudios jurídicos ocupan lugar principalísimo en el concierto de todas las actividades de la inteligencia.

En nuestro país asistimos á un renacimiento provechoso de estos estudios, un día brillantados por los talentos de juriscultores famosos, gloria del foro y de la patria, olvidados más tarde y como oscurecidos por el afán de comentar, que si algunas veces ilustra las leyes nunca favorece los progresos de la legislación. Escritores de indudable mérito, maestros de autoridad reconocida, publicistas de gran talento persiguen incansables tan fructuosísima tendencia, y en su camino encuentran, la juventud, dispuesta á seguirlos con entusiasmo; la crítica, decidida á elogiarlos como se merecen.

Estas consideraciones, la tradición pocas veces interrumpida, las circunstancias del momento, su propia significación en la magistratura, obligaban al Sr. Calderon Collantes, al presidir segunda vez la solemne apertura de los tribunales, á pronunciar un discurso en que se vieran retratados, al maestro en la ciencia del derecho; el magistrado perseverante que consagra todos sus esfuerzos á la modificación de la ley injusta ó á la mejora del procedimiento difícil ó vicioso; las aspiraciones todas de la época presente en punto á reformas en la legislación.

Pero en vano hemos buscado en el discurso del señor marqués de Reinosa nada de esto. Bien es verdad que tampoco lo necesita. Léasle con dete-

nimiento; aceptemos todas sus conclusiones sin miedo á olvidar lo que en contra de ellas informan las necesidades de la ley y las verdades de la ciencia jurídica, y resultará que vivimos dentro de España en el mejor, en el más feliz, en el más ilustrado de los mundos posibles. No de otro modo se explica que diga: «No hay por qué avergonzarnos ni aun por qué temer la comparación con otras naciones. Antes bien, podemos con justicia sostener que en igual período de tiempo han progresado pocas ó ninguna tanto como en España; y esto á pesar de las profundas perturbaciones y guerras civiles que la han agoviado, entorpeciendo el curso progresivo de sus adelantos.» La confirmación de esto, añadia, puede encontrarse estudiando la serie de medidas dictadas desde 1870 á 1872, y desde 1876 hasta ahora.

No. La confirmación de que hubo una época en que llegamos á colocarnos, bajo el punto de vista de la administración de justicia, á tanta altura como el más adelantado de los pueblos de Europa, la tenemos con sólo recordar los grandes trabajos hechos durante la campaña legislativa de 1870 á 1872. Pero el Sr. Calderon Collantes no ha tenido un elogio para esos trabajos. Hubiera tenido que hacer entonces la apología de la revolución, y esto le asustaba. Sus compromisos de hombre de partido ligado á los conservadores, tanto como por los antecedentes como por la gratitud le han hecho olvidar de las grandes reformas para aplaudir medidas que sólo censuras merecen. A una agitación fecunda para el bien, ha sucedido ese marasmo que produce siempre el horror á la libertad. El trabajo de la restauración en este punto no ha sido reedificar, sino destruir. Pero en vano. Los proyectos legislativos de estos tiempos no pueden, aun queriéndolo, sustraerse á la inspiración revolucionaria. Es más poderosa que ellos. Porque la obra de la revolución es inmortal.

La política española ha hecho alto en ese calvario de la idea que se llama fiscalía de imprenta. Mirando al pasado, el nacimiento de la infanta heredera, ofrécesenos como una esperanza para los que aguardan ver convertido el periódico oficial en escaparate de gracias, y como un cruel desengaño para los que habían contado asistir á la protesta de la fusión ó al destierro de los conservadores del poder. En el porvenir no se ve más que en un escenario cuando tiene el telon echado. Ahora, no hay suceso de significación mayor que esa campaña contra los periódicos que recuerda las persecuciones que los emperadores romanos decretaban contra los defensores de la fe cristiana.

Acuerdos reservados; promesas de encontrar la protección de influencias poderosísimas; graves contestaciones diplomáticas entre Viena y Madrid; Cánovas obligado á firmar un decreto llamando Princesa á la infanta nacida; el partido liberal-dinástico presenciando su propia apoteosis; todo el brillante cuadro que los fusionistas habían pintado con los colores del deseo para convencerse de que el día de su regeneración y de su justicia había llegado, se ha deshecho juguete de la política canovista como es una pluma juguete del remolino de un río. Los acuerdos no han salido del misterio en tiempo oportuno, la protección ha resultado impotente, las contestaciones han sido, por lo visto muy finas y corteses, y la maquinaria que es menester para la apoteosis no funciona bien. Lo cierto es que el Gobierno continúa en su puesto, y que los fusionistas, en su rosario de decepciones, ya están en las últimas cuentas. Algo se ha dicho de una protesta que debió hacerse en el acto de la presentación. Pero la protesta no se ha hecho. Si la voz encargada de pregonarla enmudeció por miedo ó por diplomacia, no es fácil decirlo. Lo que sí puede decirse es que fué una medida tan repentina como trascendental.

Terminada la primera legislatura, gobernar será durante unos cuantos meses un paraíso sin serpiente. El carlismo envalentonado, provocativo, audaz, orgulloso del favor y de la protección que en las esferas del gobierno encuentra; las obras públicas paralizadas; el país invadido por un ejército de frailes; los presupuestos con déficit cuantioso; las provincias dominadas por el bandolerismo; las irregularidades y los fraudes que todos los días se descubren en la administración; el sufragio olvidado y la libertad desconocida, demuestran de manera indudable la necesidad y la urgencia de atender con enérgica mano á remediar tanto abuso, tanto defecto, tanta inmoralidad como se amparan dentro de la política conservadora. Pero el Gobierno, ó no entiende de demostraciones ó esta de que hablamos le importa poco. Decidido á vivir tranquilo, declara terminada la primera legislatura; anuncia por la millonésima vez que está dispuesto á emprender la campaña administrativa, más famosa ya que la que Napoleón hizo en Egipto, y eso que está por empezar, y no piensa más en volver á reunir el Parlamento que en un testamento para verse heredado por los fusionistas en breve plazo.

Seríamos, sin embargo, injustos atribuyendo á miedo ó á pereza este honor que el Gobierno tiene á sentarse en el banco azul. Miedo no puede tenerle quien como á todas horas dicen los periódicos ministeriales, es Aquiles sin talon y con una política inmortal. Pereza menos. La cruzada emprendida contra los periódicos, le acredita de inteligente, ya que no de muy caritativo.

Con esta persecución ha coincidido la nueva

actitud de los fusionistas, no tan oculta que haya dejado de traslucirse en sus periódicos, ni tan insignificante que no haya llevado el terror á las huestes ministeriales. Y no nos referimos á las inteligencias electorales entre los posibilistas y los elementos de la fusión, á esas agitaciones que son siempre precursoras de graves acontecimientos y abren la puerta, antes que á la libertad, á la dictadura á esas aproximaciones extremas que son, sino duda, efecto, no de impaciencias desbordadas, sino de abatimientos y tristezas que deben morir y transformarse en algo que nos aliente y fortalezca. Basta para definir esa actitud ver cómo los periódicos ministeriales la comentan. En una ocasión solemne para el partido constitucional, dijo el señor Sagasta, tendría nubes tranquilas ó nubes azarosas. Pues bien, para la prensa ministerial, para los conservadores, para el mismo Gobierno, es cosa fuera de duda que, en opinión de la mayoría de los fusionistas, ya no conviene seguir los primeros rumbos, sino emprender sin dudas ni vacilaciones los segundos.

Esto, de ser cierto, acusaría en los trabajos de la fusión un progreso, de cuya virtud ó desventura es sólo culpable el Gobierno. A la unanimidad en la adoración, ha seguido bien pronto la unanimidad en la desconfianza. La diversidad de pareceres sólo ha durado un día. Las heregías producidas por el Sr. Balaguer han pasado, por obra milagrosa del tiempo y de las circunstancias, á ser axiomas del evangelio fusionista. En reparo de la injusticia que con el Sr. Balaguer cometieron, los fusionistas están también de acuerdo en una cosa: en que debería comenzarse la predicación de la nueva fé por todas las provincias. El sistema es bueno.

Pero conviene tener muy presente una cosa.

Que entre el apostolado y la gloria está el martirio.

Los teatros han abierto sus puertas de par en par, para que el público entre y salga por ellas sin más trabajo que hacer estacion en la contaduría ó contratar con los revendedores. En Apolo, la zarzuela hace esfuerzos titánicos para remozarse: á fuerza de colorette y dientes postizos, quiere pasar por joven y hermosa. Pero no engaña á nadie: De tantos coros, brándis, declaraciones de amor puestas en música, redobles de tambor y tradiciones cantadas, no queda ya más que un recuerdo: la lógica del capitán Alegría.

Arderius, que se pinta solo para esto de introducir artistas del extranjero, de contrabando, y ponerlos de moda, se propone sustituir los Bufos con las Locuras. El nombre podrá ser distinto, pero la cosa es la misma. Decoraciones de gran aparato; chistes de pólvora, y poca tela en los trajes de las coristas. En el teatro de las Locuras la escena debería llamarse manicomio.

La compañía del teatro Español, inaugurado con *La Estrella de Sevilla*, del inmortal Lope de Vega, nos pareció, cuando en los carteles la vimos anunciada, muy excelente. Cansados de ver que los autores dramáticos no escriban más que para que se muera Vico ó cante versos Calvo y aun más de que las rivalidades hagan imposible que pisen juntos un escenario dos actores de primer orden, creíamos que la hora del remedio había llegado. Pero en vano. La compañía, que juzgamos excelente, se divide en dos secciones, y así necesariamente tiene que resultar incompleta. Cuando Calvo esté en Madrid, Vico representará en Zaragoza y vice-versa. De donde resulta que el primer actor de la compañía es el ferro-carril. Por de pronto, ya ha habido que lamentar que de la inauguración de la temporada haya estado ausente una actriz de mérito tan indisputable como la Mendoza Tenorio. Pero hay otro mal. La empresa, lejos de acallar rivalidades, las fomenta. Porque con ir y venir, no será difícil entre los Sres. Vico y Calvo, al *gun choque*.

Más que de que se hayan abierto los teatros, se ocupa la opinión pública de que estén abiertas ciertas casas.

Yo creo que por esto no debe censurarse al Gobierno, por que entra en su política.

Dice que somos dichosos, y para demostrarlo, quiere que juguemos.

La hora de los estrenos de sensación no ha sonado todavía. Inaugurase la temporada en los principales teatros rindiendo culto á la memoria de alguno de nuestros ingenios, y con las obras de ellos y la novedad relativa del espectáculo, pasan muy bien las empresas teatrales la primera quincena de su campaña. En el Español, alternan Calderon y Lope. En la Comedia domina sin rival, para estos casos, Breton de los Herreros. Pero en el teatro de la Comedia, los estrenos han empezado ya. Los ha abierto, con mano de santo, un disparate cómico musical de los Sres. Estremera y Chapi, titulado *Música clásica*.

Este disparate no tiene argumento, pero no es posible encontrar un diálogo más fácil, ocurrente y chistoso, ni una música más en carácter que el diálogo y la música que hay en él. Asistir á su representación es obligarse á estar riendo una hora. Mejor receta contra la melancolía no la conocemos.

Sus autores han hecho bien en llamarla *Música clásica*.

Porque se hará clásico.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie esclusiva des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,** con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las **Cápsulas** y las **Grageas** del **Dr. Clin** se emplean con el mayor éxito en las **Enfermedades Nerviosas** y del **Cerebro**, las **Afecciones del Corazon** y de las **Vías respiratorias** y en los casos siguientes: **Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Atacinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga** y de las **Vías urinarias**, y para calmar las excitaciones de todas clases.
— Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la **Marca de Fábrica** (deposítada) con la **firma de CLIN y C^a** y la **MEDALLA del PREMIO MONTYON.**

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las **Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau** son superiores á todos los demas **Ferruginos** en los casos de **Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños**, y las enfermedades causadas por el **Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre** a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas están debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANÍA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la **Marca de Fábrica** (deposítada) con la **firma CLIN y C^a** y la **Medalla del PREMIO MONTYON.**
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor **CLIN.** — PREMIO MONTYON.
Las **Cápsulas Mathey-Caylus**, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las **Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hienorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro** y las **Enfermedades de la Vejiga** y de los **Organos genito-urinarios.**
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instrucción detallada.
Las **Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus** se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la **Marca de Fábrica** (deposítada) con la **firma CLIN y C^a** y la **Medalla del PREMIO MONTYON.**

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (**Ambrosial Cream** para la barba.—Crema de **Fresas** para suavizar el cutis.—Polvos de **Cypris** para blanquear el cutis.—**Stilboide** cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua **Ateniense** y agua **Lustral** para perfumar y limpiar la cabeza.—**Pao Rosa.**—Bouquet **María Cristina.**—Ramillete de **Cintra**—Ramillete de la condesa de **Edia.**—**Heliotropo blanco.**—**Exposicion de Paris.**—Ramillete **Imperial Ruso.**—**Perfume de Francia**, para el pañuelo.—Bouquet **Imperial del Brasil.**—Agua de **S. M.** el rey **Don Fernando.**—Agua de **Cidra** y agua de **Chipre** para el tocador.—**Alcoolat de Achicoria**, para la boca.

BANCO DE CASTILLA.

En vista de los bonos del Tesoro amortizados en el sorteo de 10 del corriente, de los que forman la garantía de los billetes hipotecarios emitidos por este Banco, la Administracion del mismo ha acordado celebrar un sorteo de amortizacion de sus billetes hipotecarios como anticipacion al de la anual que deberá tener lugar en Febrero de 1881, cuyo sorteo será de cuatro decenas para los billetes de la serie española y para los señalados con la letra **A** de la inglesa, y de dos unidades por cada centena de los de la serie inglesa, marcados con las letras **B** y **C**.

El sorteo tendrá lugar en las oficinas de este Banco el lunes 27 del corriente, á las doce de su mañana, en acto público y ante Notario, y se realizará poniendo 52 bolas en un globo con los números 1 al 100, menos las 48 extraidas en los sorteos ya celebrados, cuyos números representarán los 52 docenas no amortizadas de cada millar para los billetes de la serie española, y para los de la letra **A** de la inglesa; y las 52 unidades no amortizadas de las 10 centenas de todos los millares para los billetes letras **B** y **C** de la serie inglesa.

Extraidas del globo cuatro bolas, sus números fijarán los de las cuatro decenas de todos los millares de la serie española y de los marcados con la letra **A** de la inglesa que han de ser amortizados, y los cuatro billetes que en todas las centenas de los señalados con las letras **B** y **C** de la serie inglesa han de serlo asimismo.

El Banco publicará los números de las bolas sorteadas, y pagará desde 1.º de Octubre próximo los billetes que resulten amortizados, y que habrán de presentarse con todos sus cupones no vencidos en la expresada fecha.

Al propio tiempo, la Administracion de este Banco tiene la honra de anunciar al público que desde el día 1.º de Octubre próximo, de once á una de la mañana, en todos los dias no feriados, puede ser presentado en sus oficinas, calle del Barquillo, número 3, el cupon núm. 19, que vence en dicho día, de sus billetes hipotecarios, serie española é inglesa.

La presentacion se hará con dobles facturas, que se facilitarán gratis, devolviéndose una á los interesados con el señalamiento para el pago y cancelacion de los cupones.

Madrid 17 de Setiembre de 1880.—Por acuerdo de la Administracion, el Secretario, J. Girona y Canaleta.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el primer sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, el día 15 de Octubre próximo, cuya amortizacion, conforme á la real órden del 26 del mismo Junio, se hará por milésimas partes, debiendo amortizarse en este primer trimestre cuatro mil quinientos billetes de los 750.000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona en la sala de sesiones de este Banco á las once de la mañana del referido día 15 de Octubre, y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la comision ejecutiva, gerente, contador y secretario. Del acto dará fé un notario, segun lo previere el real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las mil bolas sorteables numeradas del 1 al 1.000, y se extraerán

de ellas seis, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando por consecuencia amortizados los cuatro mil quinientos billetes correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados, y dejará expuestas al público en este establecimiento, calle Ancha, núm. 3, las bolas que hayan salido en el sorteo.

El pago de la amortizacion á la par tendrá lugar desde el 20 de Octubre en los puntos donde los billetes se hallen domiciliados.

Barcelona 17 de Setiembre 1880.—El gerente, P. de Sotolongo.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Paréciónos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un *guía de Paris y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de Paris y los del Louvre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocuere ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este

libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS Riccardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA
Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.^a C. 100, 1.